

Veinte días en el mundo de los muertos

Jorge Adoum (Mago Jefa)

Prólogo para la primera edición en español

PRIVADO

El Dr. Jorge Elias Adoum (MAGO JEFA) falleció el 4 de mayo de 1958, antes de concluir este libro, legándonos su mensaje sólo hasta el decimocuarto día. Es más, sintiendo cercana su muerte, escribió de prisa, consignando apenas apuntes algo desordenados de sus experiencias, mezcladas con ideas y recuerdos que usaría posteriormente. Por evidencias incontrovertibles, apenas los releyó fragmentariamente, si es que llegó a hacerlo, porque el tiempo le venía estrecho. De esta manera, no ordenó sus pensamientos, ni desarrolló literariamente sus ideas y, como lo hizo con todos sus libros anteriores, empleó, en sus apuntes, conceptos extremadamente lacónicos. Así, por ejemplo, cuando en algún momento se limita a decir «¿veía?», no estaba poniendo en duda la certeza de su testimonio, sino la posibilidad de hacerlo sin sus ojos físicos, que estaban cerrados, durmiendo. Sus notas manuscritas están llenas de recuadros encerrando párrafos enteros, con evidente intención de volver a escribirlos o reubicarlos en el texto. Donde es más elocuente lo provisional de sus apuntes, es en las notas al margen, escritas en árabe —su lengua materna— con orientaciones futuras para sí mismo que, en su mayoría, dicen algo semejante a «recordar mejor» y «pensar más», por cuanto no escribió mientras los hechos tenían lugar, sino con posterioridad, lo que le obligaba a consignar referencias bastante desordenadas y no concatenadas. Finalmente, en otro momento, deseó dar denominaciones a los capítulos —desde el Segundo en adelante— y dejó espacios en blanco, con la evidente intención de agregar, más tarde, ciertas experiencias sobre las que quiso meditar cuidadosamente, antes de escribirlas, pero jamás alcanzó a hacer esto.

La primera edición —póstuma— de este libro, la hizo en portugués su más abnegado, leal, dedicado y ferviente discípulo, señor don Paulo de Paula, presidente de la Comisión Divulgadora de las Obras de Jorge Adoum, con sede en Santos Dumont, Minas Gerais, Brasil, quien hizo una traducción al

portugués, absolutamente literal y fidedigna, de esos apuntes, aunque ignorando completamente las anotaciones al margen... Señaló expresamente en el prefacio: «Se aclara también que tradujimos este libro del español, siguiendo enteramente el estilo del autor, que lo escribió sin la preocupación de pulir sus pensamientos y frases».

En oportunidad de su primera publicación en español, por intermedio de editorial KIER de Buenos Aires, Argentina, he releído los apuntes del Mago JEFA y me he sentido obligado a retomar mi tarea de la adolescencia, de ordenar, corregir y mecanografiar sus manuscritos, ya que nuestro padre confiaba más en nuestro conocimiento del idioma español que en el suyo propio y, por otro lado, porque siempre fue poco hábil para usar la máquina de escribir. Al respecto, puedo narrar un aspecto gracioso de sus hábitos: es la única persona que yo he conocido, que, a diferencia de algunos reporteros y escritores, quienes usan sus dos dedos índices para golpear las teclas, el Dr. Jorge Adoum escribía a máquina con un solo dedo: el índice derecho, cazando las letras. Por eso, le llevaba un tiempo interminable redactar unas pocas líneas. De ahí que nuestro hermano mayor, Jorge Enrique, hizo la transcripción dactilográfica de «Adonay» y «Poderes» y, cuando él debió viajar a Santiago, Chile, yo pasé a ser el encargado del «editing» de los siguientes libros que escribió mientras vivía en Ecuador.

Al asumir esta delicada responsabilidad, procedí, como entonces, a hacer ajustes de expresión y desarrollo de las ideas, con la diferencia, lamentable por cierto, de que ahora ya no pude discutir con el autor las frases que había que aclarar, reubicar, suprimir o añadir, como lo hacía entonces. Por ello, he respetado rigurosamente, con toda fidelidad, sus ideas, ordenándolas según sus propias insinuaciones escritas y cambiando únicamente, por sinónimos, palabras aisladas. A estos efectos, he debido dejar repetidos ciertos párrafos que el Dr. Adoum no recordó que ya los había escrito antes, de suerte que yo agregué simplemente "como ya he dicho"; tan sólo he hecho una ligerísima modificación, que no altera en absoluto el contenido del libro, la misma que, estoy seguro, él habría autorizado, si hubiera sobrevivido para conocer ciertos acontecimientos que tuvieron lugar después de su muerte.

Handel O. Adoum A.

Enero 1997

Historia de este libro

En un día agradable, a fines de abril de 1957, en Río de Janeiro, después de mi regreso desde la Argentina, me encontré en la calle con una querida amiga, a quien invité a almorzar en un restaurante árabe de la calle Senhor dos Passos. El ambiente, el día, la comida, nos fueron muy gratos y me sentía contento. Al terminar el almuerzo la invité al cine, para que pasáramos un par de horas distraídos, sin pensar en nada importante. La película, intrascendente, estaba cumpliendo el propósito cuando, a las 15.40 exactamente, momentos antes de que terminara la función, sentí un malestar general de todo el cuerpo, mareos y dolor de cabeza. Percibí que mi pierna y brazo derechos se movían sin control, balanceándose de izquierda a derecha y, por último, lo más grave, había enceguecido. No veía nada; absolutamente nada...

Hice un esfuerzo y miré —mejor dicho— moví la cabeza de un lado a otro y sólo veía tinieblas. En el cine, sabía yo, había una luz roja sobre la puerta de escape y la busqué, angustiado. Allí estaba, pero yo la veía como a través de gafas sin transparencia, totalmente opacas, que tuvieran una hendidura de un centímetro de alto y un milímetro de espesor. La luz se me manifestaba como si fuese de tres colores: blanca, roja y amarilla.

Traté de que mi amiga no percibiera lo que me estaba pasando, para no asustarla, pero evidentemente, ella se dio cuenta de que algo anormal me acontecía y preguntó:

—¿Le pasa algo, doctor Jorge?

—No me siento bien.

—Es mejor que salgamos, entonces.

—Bueno, pero será necesario tomar un taxi, porque creo que tendré dificultad para caminar.

—Voy en seguida a buscarlo. Espéreme aquí, que ya vuelvo.

Ella salió y yo permanecí inventando métodos para reponerme.

Dos minutos más tarde terminó la función y la gente comenzó a salir de la sala, mientras yo recuperaba paulatinamente la vista. Fue entonces cuando advertí cómo mi pie derecho se comportaba a la manera de un metrónomo. Lo mismo acontecía con mi mano derecha. Luego de otros dos minutos pude levantar

tarme e intenté salir a buscar a mi amiga, pero, sin que yo la hubiera visto, ella había regresado y ya estaba a mi lado.

Me ayudó a llegar hasta el taxi, que nos esperaba en la puerta. Ella dio la dirección de su casa y no podía hacer otra cosa, porque sabía que yo era como el Hijo del Hombre, que no tiene dónde reposar su cabeza.

Llegados a su casa, me condujo a un dormitorio muy confortable, claro y ventilado. Me ayudó a acostarme sobre el mullido colchón; de inmediato llamó a un médico conocido suyo y mientras llegaba, preparó una cocción de hierbas medicinales que me dio a beber.

Mientras tanto, yo permanecía en un estado tan extraño que ahora se me hace especialmente difícil describirlo, porque estoy seguro de que el mero hecho de contarlo podría hacer reír y provocar las burlas del lector. Cuando cerraba los ojos, me encontraba en otro mundo, en otro estado físico: entre tanta gente que veía, reconocí a personas que habían muerto hacía varios años. Me encontraba compartiendo su vida; ellos me hablaban y yo les respondía, mas, cuando abría los ojos, volvía al mundo presente, a la habitación donde me hallaba.

Llegó el médico, una persona madura. Me preguntó, me examinó con sus instrumentos, con sus dedos. Me hizo una autotransfusión de sangre, me recetó, cobró y ofreció volver a la mañana siguiente. Y volvió varias mañanas, en las cuales yo pasé literalmente por una docena de diagnósticos y, mientras tanto, al cerrar los ojos, me veía entre los muertos que viven y, al abrirlos, me encontraba entre los vivos que mueren.

Varias veces aconteció que, en el momento en que yo conversaba con un ser del «más allá», la señora de la casa me preguntaba algo y mi contestación resultaba incoherente y tonta, como por ejemplo:

—¿Le pareció bien el almuerzo? —averiguó mi amiga.

—No lo sé todavía —respondí al abrir los ojos; pero mi contestación no estaba dirigida a ella, sino a otra amiga, muerta hacía muchos años, que me había preguntado: «¿Te agrada estar con nosotros?»

Pero, para qué estoy adelantando el relato de los sucesos, ¡si todo debe llegar a su debido tiempo!

Capítulo Primero

El Primer Día. El Desprendimiento

El mismo día en el que se presentó mi malestar, a las nueve de la noche, mi amiga me deseó buenas noches, apagó la luz y cerró la puerta tras de sí.

Yo estaba acostado de espaldas, pero tenía la cabeza alta, reposando sobre tres almohadas.

Me sentía cansado de una manera diferente a todo cansancio físico. Si cerraba los ojos para meditar, experimentaba un ansia rara y vehemente deseo de librarme de mi cuerpo, como si éste fuera una carga pesada.

En ese trance, con un definido sentimiento de que estaba al borde de la muerte, reflexioné y percibí que yo no sentía apego a la vida y que, mientras lo común era que todos se aferraran a ella, para mí, en esos momentos, era como si ya hubiese vivido mil años, llevando un enorme fardo, en búsqueda de un propósito que no pude conseguir y, lo peor, ya no tenía esperanzas de alcanzar.

Haciendo el lógico balance propio de esas circunstancias, sólo llegué a la conclusión de que mi vida había sido totalmente inútil y, yo mismo, un ser insignificante. Fue ella, mi vida, como una falsa alarma, que se veía bien representada en el refrán árabe que dice: «Oigo el ruido del molino, pero no veo la harina». Siempre busqué la superación en todo, mas en nada sobresalí. No podía culpar a nada ni a nadie y eso tornaba más dolorosa aún esa inutilidad e insignificancia. Siempre actué sabiendo que era mi obligación dar mucho al mundo y, ahora, sólo podía inferir que lo había defraudado. Sin disponer ya de tiempo, lo único que tenía sentido era morir...

En forma violenta fui sacado de esa meditación, por lo más extraño e imposible que yo haya jamás sentido o visto, al extremo de que sólo podía explicármelo a mí mismo con la pregunta: ¿Será esto la muerte? De no serlo, entonces es el principio de la locura. Pero, ¿Es que la locura tiene esta lucidez?

Seguramente, el lector a quien interese este relato deseará saber qué es lo que sucedía, pero me cuesta mucho esfuerzo

describirlo, por lo raro, insólito e increíble. Trataré de hacerlo mediante una narración lo más detallada posible.

Estaba yo parado al pie de la cama, contemplando mi cuerpo tendido sobre la espalda, con la cabeza algo levantada, apoyada sobre las almohadas. Así me vi, así sentí, de una manera muy precisa. No era, como en los sueños, una imagen irreal, sino como si se hubiese producido una duplicación material de mi ser. Tenía plena conciencia de lo objetivo del hecho y traté de analizar esta situación rara y extravagante, la misma que se complicó más aún cuando me percaté de que, aunque no había luz en la habitación, yo veía todo —hasta el mínimo detalle— de una manera desconocida, porque todos los objetos estaban rodeados de una aureola luminosa de diferentes colores.

Al principio, estuve más preocupado por no comprender cómo podía yo ver mi cuerpo tendido en la cama, emanando luz y, simultáneamente, estar de pie junto a él; pero luego, cuando la primera sorpresa pasó, reparé —como dije— en que todo emitía luz de diferentes colores e intensidades. Los árboles del parque que se veían por la ventana, irradiaban tonos cenicientos y claros. Todo emitía luz, hasta el mármol de la mesa, aunque la de ésta era más tenue y opaca.

Entonces comprendí que todo tiene vida, la cual se manifiesta a través de un aura que emana de su interior.

Súbitamente sentí un fuerte deseo de regresar a mi cuerpo. Era una atracción irresistible e incontrolable, aunque yo nada sabía hacer para conseguirlo; pero sin que pudiera explicar cómo, de pronto estuve en él, afectado por un tremendo dolor de cabeza. La bolsa de hielo, que me habían colocado en la frente, había resbalado hasta el hombro.

No tengo la menor idea de cuánto tiempo había transcurrido...

«¡Qué puede haberme pasado!» me pregunté. «Debo estar muy enfermo, para tener estas alucinaciones. Bueno, —acepté— ha llegado el momento de devolver, al barro de donde procede, este pobre cuerpo que ya vivió suficiente y que tanto soportó en la presente vida. Sí, sí; así tiene que ser...»

Otra vez he salido del cuerpo. «Seguramente este estado debe

ser el preludio de la muerte o es el resultado de estudiar tantos libros de espritualismo», reflexioné, recordando a Don Quijote. Pero ya no estaba tan sorprendido como en la primera ocasión y pude contemplar con curiosidad y extasiado, mi cuerpo, el cuarto, los muebles y, por primera vez, me vino la sensación de que yo no era aquél que estaba acostado en la cama. El seguía tendido, con la cabeza levantada, pero ahora era transparente, acribillado por miles de agujeros que dejaban ver los órganos internos funcionando muy lentamente. Envolviendo esa masa transparente había otra mucho más sutil, que se asemejaba a una lamparilla eléctrica inmersa en una densa neblina.

Y acudía la misma pregunta: «¿Será esto la muerte?». «No creo, porque rae siento vivo, aunque esté fuera de mi cuerpo». Entonces me percaté de la verdad que encerraba aquello que, hace años, había leído en libros de ocultismo, sobre la existencia de varios vehículos o cuerpos que tiene el hombre, además del físico. Después de razonar sobre el hecho, concluí que el cuerpo físico es como la bujía; el cuerpo luminoso, llamado astral, es como la llama que la enciende, y la mente o cuerpo mental es como la luz que emite.

Pero, ¿por qué estoy sacando ya conclusiones si lo que tengo que escribir, en este momento, es un relato y no un tratado de metafísica o una obra sobre ocultismo!

Mi cuerpo me llamaba mucho la atención, pero más me intrigaba cómo estaba yo fuera de él. ¿En qué estado me encontraba? ¿Soñaba? No obstante, estaba en mis perfectos cabales. Veía con la objetividad de quien está en vigilia; razonaba y argumentaba conmigo mismo; mas no sentía como si fuera una sola persona, sino como un conjunto de seres que, al mismo tiempo, estaban unidos y separados. Evidentemente, mi estado era anormal, más aun si experimentaba un gran bienestar y me sentía feliz por hallarme en un proceso de descubrir la dulzura del dolor, el encanto del sufrimiento y la amargura de la alegría. ¿Puede describirse de alguna manera esa sensación que tenía, donde el dolor y el placer se mezclaban, sin poder separarlos?

Me hallaba inmerso en dulce calma, que podría extenderse por una eternidad. Fue entonces cuando inclusive creí percibir que esa calma estaba envuelta en una música incomparablemente más bella que cualquier otra que hubiese oído alguna vez. En ese momento pensé en los ascetas, los budistas y los

morfinómanos: tanto los unos como los otros se embriagan por la feo por el opio. Los primeros se elevan en sus ensueños, más allá de la naturaleza, y los otros, a su vez, descienden a lo más bajo de sus elementos.

Todo hablaba a mi alrededor, con su brillo propio; todo emitía sonido y color distintos, en armonía con los demás.

¿Veía u oía yo? No sé qué contestar. Las palabras ver y oír son empleadas aquí para la comprensión de percepciones; mas no era ver y oír lo que experimentaba. ¿Qué era, entonces? No lo sé. Lo único que puedo agregar es que me sentía más ágil, más sensible. Mi voluntad me guiaba sin alteración y conservaba mi juicio intacto.

Al final, llegué a convencerme de que mi estado era anormal y concluí que, si esto no era la muerte, sólo podía ser su prelude.

Por primera vez me alejé del sitio donde reposaba acostado mi cuerpo y me desplazé hacia el dormitorio de mi amiga. ¿Cómo llegué allá?, ¿caminando? No lo creo. No caminé, pero allí estaba. Mi pudor me hizo pensar: «¿No tienes vergüenza de entrar en el cuarto de una mujer, sin llamar a la puerta? Caramba, los pacientes con mi enfermedad pierden los escrúpulos». Lo que vi me retrajo de esos pensamientos y me alarmé de nuevo ante la gravedad de lo que me estaba pasando. ¡Cómo era posible esto!, ¡Mi amiga se encontraba sentada junto a su cuerpo y hasta la vi pensar! Estaba rodeada de una aureola luminosa, manchada por algunas nubes de varios colores. La aureola en torno a su cabeza era grande, mas no de color definido o nítido. Se me ocurrió tratar de ver lo que pensaba y lo conseguí: mi amiga estaba haciendo cálculos y ansiaba varias cosas a la vez. Deseaba invertir en inmuebles, buscando grandes lucros; viajar mucho, comprar vestidos y joyas; poseer propiedades, todo esto en una forma atropellada y confusa. Súbitamente se detuvo y se acordó de mí y, de inmediato, entró en su cuerpo, se levantó, caminó descalza hasta mi habitación y se detuvo ante mi cuerpo, contemplándolo. De su cabeza, en especial, y de su cuerpo, en general, emanaban luces coloreadas, en tonos confusos. Entonces yo no comprendía el lenguaje de las luces, pero ahora, cuando escribo esto, ya puedo descifrarlo: de su cabeza emanaba un color amarillo verdoso que expresa simpatía; luego cambió a rosado claro, que denota ternura. Al verme dormido, retrocedió con cautela y volvió a acostarse en su cama.

Mientras esto sucedía, aprendí que habito en dos cuerpos: un cuerpo denso, que lo veo dormido ante mí y otro al que sigo adherido. El segundo cuerpo de mi amiga no era muy diferente del otro físico, sino que estaba rodeado por un aura de colores brillantes y era de una naturaleza muy sutil, vaporosa y fina. También comprendí que éste es una especie de vehículo, un puente o un medio de transporte entre el cerebro físico y la mente; que actúa en un medio más diáfano y sutil, al cual podría denominarse el Cerebro de la Mente o Cuerpo Mental.

En verdad, este cuerpo luminoso sólo difería del físico porque estaba rodeado de aquella aura de colores centelleantes y compuesto de materia mucho más fina y sutil. Más tarde supe que es el que transporta los sentimientos, pasiones y deseos, según se explicará después. Es también el puente que une el cerebro a la mente.

Mi cuerpo físico seguía dormido, mientras yo comencé a ir de un lado a otro. Me acerqué a la ventana que daba al parque que hay frente al edificio y nuevamente tuve una sorpresa indescriptible: el parque estaba repleto de gente, unos de pie, inmóviles, otros caminaban y, finalmente, otros se desplazaban muy lentamente, como si fueran empujados por una leve brisa. Pero lo más sorprendente es que, aquéllos que caminaban, atravesaban los cuerpos de quienes estaban inmóviles, sin que ninguno de los grupos se percatase de la existencia del otro.

El fenómeno me llamó tanto la atención, que quise acercarme al lugar; mejor dicho, tuve deseo de verificar el misterio de la penetrabilidad de esos cuerpos y ... acto seguido, estuve en el parque, de una manera que me dejó más perplejo aún: ¡Estuve en el parque, pero sin ningún cuerpo! ¿Cómo? ¿De qué manera! Ojalá pudiera explicarlo. Estaba en el parque, como dije, sin ningún cuerpo. ¡Sentía pero sin sentidos y estaba junto a la gente del parque, mientras mi cuerpo astral parecía estar esperándome en la ventana, cerca de mi cuerpo físico!

¡El asunto se complicaba más! Al escribirlo, reparo que está tornándose en un texto apto para lectores aficionados a las novelas de suspenso o de ciencia ficción.

Seguía sintiéndome un solo ser, con varios cuerpos o como si estuviese vestido con varias piezas de ropa superpuestas: camiseta, camisa y saco. En el parque estaba como con una camiseta, en la ventana, con una camisa, y en la cama, como con el saco. Curioso, ¿verdad? Sí, querido lector, yo también

estaba pensando —como probablemente piensa usted— que era una alucinación, un principio de locura, pero voy a continuar el relato, porque después de todo, es una locura inofensiva.

Me confirmó mi estado de anormalidad, el percibir la vestimenta de la gente que se hallaba en el parque aquella noche. Unos iban normalmente vestidos, como cualquier persona que se ve en la calle; otros vestían como en épocas pasadas, aun de tiempos muy remotos, y otros no llevaban ropa alguna y sus cuerpos eran gaseosos, como si estuviesen constituidos por una neblina densa, apenas iluminada por los últimos rayos del Sol poniente.

Otro fenómeno sorprendente me llamó la atención: yo veía a las personas que estaban en el parque, pero ellos no se percataban de mi presencia y algunos pasaban a través de mí, como si mi textura fuera la de una brisa imperceptible. Así mismo, cuantos estaban allí, se interpenetraban con aquella materia diáfana y flotaban en un mar de partículas elementales luminosas que los envolvía y llenaba todos los intersticios de la materia física.

Algunos de aquellos seres estaban rodeados de una aureola mal organizada, en cualquier dirección, tosca, de color oscuro y denso. En muy pocas personas era muy grande y de hermosa luminosidad; lo más sorprendente eran sus colores.

Vi que no sólo el cuerpo físico del hombre posee aura luminosa, sino que también todo objeto material tiene su grado propio, en permanente acción. Todo objeto tenía su aura luminosa en constante movimiento.

La mayoría de los cuerpos de aquellos seres estaba cubierta en toda la superficie, por pequeños remolinos y corrientes entrecruzadas, como si batallaran entre sí, en loco conflicto. Presté más atención a esa característica y me imaginé que era el resultado de las emociones y preocupaciones que ocupan al hombre. Vi también que un ser tenía cinco colores bien definidos en diferentes zonas de su cuerpo, con cinco grados de vibración, entre ellos, amarillo brillante alrededor de su cabeza, rosado en el cuerpo, con un carmesí que matizaba todo el conjunto. Aquellas nubes de luz en rápido movimiento eran de una belleza que no podría definir con palabras ni intentar siquiera plasmar en pintura.

Miré nuevamente hacia la ventana por donde había salido y vi allí mi cuerpo luminoso —al que en adelante llamaré así—; descubrí que él era como un verdadero puente entre mi vida mental consciente y mi vida física y que actuaba como transmisor de vibraciones entre mi cuerpo físico y el mental.

Más tarde, analizando cuanto estaba viviendo en esos instantes, llegué a las siguientes conclusiones:

1.- Durante el sueño, el cuerpo luminoso puede separarse del físico y actuar libremente, en su propio plano, pero sin alejarse mucho del cuerpo físico.

2.- Que el hombre o YO, puede separarse también del cuerpo luminoso, dejándolo cerca del físico, mientras él puede actuar libremente en su estado o, mejor dicho, en otro plano, al que algunos llaman Plano Mental.

Al contemplar más detenidamente a aquella multitud, percibí que todos los seres emanaban un ovoide de colores diferentes. En la mayoría de ellos, se erguía sobre su parte más ancha, apuntando hacia arriba la parte más estrecha; sus colores eran muy turbios y sucios y sus vibraciones muy lentas y groseras. Un pequeño número de ellos, por el contrario, llevaba la posición de su ovoide invertida, con pocos colores, muy nítidos, definidos y brillantes, constituidos por materia más fina y transparente. Entre estos últimos, algunos tenían la cabeza rodeada de un color amarillo, otros de rosado y otros, de azul. Supuse, por la sensación que me produjeron, que éstos eran, respectivamente, sabios, afectuosos y devotos.

Había otra característica particular en las luces emitidas: los colores nítidos y brillantes se hallaban siempre en la parte superior del cuerpo, en tanto que los colores turbios, sucios y confusos se encontraban en la parte inferior, como si cada cualidad se manifestara en un color particular, en un tipo especial de materia y color de luz. Los colores limpios permanecían inalterados por mucho tiempo, en tanto los colores sucios desaparecían y cambiaban con mucha rapidez, como si fuesen devorados por el viento.

Sentí antipatía por los seres de colores turbios y deduje intuitivamente que se debía a que eran faltos de desarrollo

mental y psíquico, mientras que los de colores limpios habían alcanzado un nivel muy adelantado de esas facultades.

Después de contemplar muy detenidamente todo aquello, sentí que comprendía lo siguiente:

El YO SOY - Dios, mora en la parte superior, más alta, de nuestra mente y a EL, por afinidad, sólo se puede llegar por pensamientos elevados y altruistas, en tanto que los pensamientos inferiores no tienen acceso sino a sectores también inferiores del yo inferior.

Entre otras características de las auras de los seres de luminosidad límpida, me percaté de que algunos la tenían salpicada de motas opacas y borrosas de color escarlata; otras tenían el cuerpo más definido.

El cuerpo luminoso de algunos, muy pocos, era de una sorprendente belleza, muy bien delineado y brillante, con una franja de color lila sobre la cabeza, envuelta en una nube brillante de color amarillo, debajo de la cual había una ancha franja azul; a través del cuerpo otra franja rosada y, la parte inferior del cuerpo, de color verde.

Algunos cuerpos vibraban de muchas maneras distintas al mismo tiempo, generando un aspecto feo, molesto y hasta horrible, con sus vibraciones contagiosas, que causan enfermedades nerviosas a quienes fueren sensibles y estuvieren agobiados por inquietudes y preocupaciones. Esos seres me dieron la impresión de ser enfermos que padecían tumores que les arrebataban la vitalidad.

Aquéllos con aura blanca o descolorida me produjeron miedo y repugnancia, como si estuviera ante seres infames y malignos, dispuestos a devorarme.

Miraba yo a un niño, de colores hermosos y brillantes, libres de toda mácula, cuando sentí una urgente necesidad de volver a mi cuerpo y, casi instantáneamente, me introduje en él y desperté asustado.

Mí amiga estaba cerca de mí y trataba de cubrir mi espalda destapada.

¿Cómo está? —me preguntó.

Estaba bien... estoy bien.

Y la luz del día llegaba a mí a través de las persianas.

Capítulo Segundo

El Segundo Día

Por la mañana, mi estado general era calamitoso. Sentía que la muerte aleteaba a mi alrededor y ese aleteo me producía un raro placer. Nunca tuve miedo a la muerte, pero en aquel estado, la idea de morir se había convertido en una sensación grata.

Vino el médico. Mientras me examinaba, tuve que ocultar mi impaciencia, porque anhelaba estar solo, para poder analizar con calma lo que había vivido en la noche pasada. Finalmente, me inyectó penicilina; recetó otros remedios; cobró su visita, y salió prometiendo volver al día siguiente.

Cuando pude estar solo, hice los siguientes razonamientos y llegué a las siguientes conclusiones.

La experiencia de la noche previa fue algo muy especial. Mi mente permaneció tan lúcida durante la noche, como lo estaba en esos momentos. Según mis observaciones, el hombre sin desarrollo, mientras duerme, vive una existencia muy vaga y, al despertar, su cuerpo físico recuerda muy poco o nada de su vida durante el sueño, en tanto que el hombre desarrollado, a través de su sueño físico se convierte, por medio de su poder mental y deseos, en servidor del mundo y trabajador consciente en la obra universal.

Ahora era urgente para mí, comprender bien cuanto había visto. Particularmente necesitaba darme una explicación para esa insólita penetración recíproca que se hacían aquellos seres que se atravesaban entre sí sin siquiera percatarse de la existencia del otro.

Si no se trataba de entes de naturaleza inmaterial, como los campos electromagnéticos, las ondas de radio o los rayos X, por ejemplo, podría explicarme su comportamiento recordando que el espacio vacío dentro de los átomos es infinitamente mayor que el volumen de la materia que los constituye y que ese hecho permite, a un ser que vive en el mundo luminoso, que pueda ocupar el mismo espacio de un ser que habita en el mundo físico.

O tal vez, ¿sería esta substancia lo que las ciencias ocultas han llamado *éter*, presente en toda la materia conocida, desde

el sólido más denso, hasta el gas más rarificado?

¿Será, quizás, un fenómeno producido por el espacio relativista? ¿Será un mundo que se desenvuelve en una dimensión espacial adicional?

Sólo así un ser que vive en el mundo luminoso o astral —como lo llaman los místicos— puede ocupar el mismo espacio que un ser que vive en el mundo físico, sin que ninguno esté consciente de la existencia del otro, ni se estorben en sus movimientos. Una de esas hipótesis necesariamente debe ser la correcta, según pienso, porque no encuentro otra explicación.

Mi amiga y anfitriona quiso darme de comer, pero le rogué que no lo hiciera, porque no tenía apetito; en cambio quería dormir. Ella, entonces, acomodó las almohadas, me cubrió y, después de decir «hasta luego», salió cerrando tras sí la puerta.

Cinco minutos después, me sentí otra vez fuera de mi cuerpo.

Nuevamente comencé a estudiar mi cuerpo. Le tuve cariño, sin saber por qué. Lo contemplé un rato, durante el cual le di gracias por haberme alojado durante tantos años. En aquel momento no sufría y lo veía como algo ajeno a mí, después de ser mío, privativa e inseparablemente, durante toda mi vida.

No me detuve mucho tiempo en el análisis de mis sensaciones, porque en ese estado me volvía como un niño al que cualquier novedad le distrae.

Era de día y veía las cosas y los seres tan claramente como lo había hecho durante la noche anterior. Ahora descubrí, al ver el Sol, que me parecía ser un inmenso órgano tocado por seres invisibles; no se oía sonido alguno, pero mi hábito de asociar sensaciones con música, me había llevado la noche anterior y ahora, a imaginar que cuanto veía estaba acompañado por sonidos indescriptiblemente bellos.

Aquella luz tan intensa no provenía del Sol ni de otra fuente similar, lo que me convenció de que se trataba de una ilumi-

nación inmaterial, como la luz de todo lo que me rodeaba, razón por la cual no se la podía ver con los ojos del cuerpo físico. Lo único parecido a ello era el fenómeno que me acontece siempre, antes de entrar en el sueño profundo que, según creo, lo ha constatado la mayoría de las personas. En el momento de entrar en el verdadero sueño y perder definitivamente el estado de conciencia, con los ojos cerrados, se comienza a ver nítida y claramente ciertos paisajes con muchas personas. Varias veces he dibujado aquellos parajes y caras por completo desconocidos para mí. Muchos amigos me han confirmado que han vivido este fenómeno a la hora de dormir.

De nuevo me asomé a la ventana y vi, como si fuera con los ojos y al igual que la noche anterior, una multitud de seres, en el mismo estado que ya describí, con aquella quietud y lentos movimientos; pero esta vez me percaté de que había también mucha gente con sus cuerpos físicos, que caminaban por el parque rápidamente, atravesando los cuerpos etéreos que se encontraban allí, sin percatarse los unos de la presencia de los otros. Los transeúntes entraban en la atmósfera de aquellos seres, como si pasaran por el campo luminoso de un farol de la calle.

Otra vez quise estar en el parque, y allí estuve. Para ello me dividí, como antes, en tres seres. A decir verdad, no encuentro las palabras adecuadas para relatar y describir el fenómeno que tenía lugar en ese instante: yo sentía que mi cuerpo físico estaba acostado en la cama. Veía (¿Podría decir que yo veía? ¿con qué ojos veía, si los míos estaban cerrados, en mi cuerpo que dormía?). No sé, pero tenía la evidencia de que mi cuerpo luminoso estaba en la ventana contemplando (contemplando, ¿cómo?). Perdón: estaba de pie, junto a la ventana frente al parque en el que yo me encontraba.

No me satisface esa descripción y no se me ocurre otra que pudiera ser más comprensible para el lector. Tal vez tenga mejor suerte con un ejemplo, aunque resulte un poco burdo. Suponga, querido lector, que usted está enamorado y que se halla lejos de su amada. En un momento de nostalgia, saca

de su cartera un retrato de ella y lo mira con plena atención, con toda su ternura y todo su sentimiento. En ese estado, podría decirse que usted está entres partes simultáneamente: mientras su cuerpo físico se halla en un lugar distante del ser querido, su atención está fija en el retrato, ajena a cuanto sucede a su alrededor, y su corazón y todo su amor están en torno al original de esa fotografía, alejados de la percepción emotiva que podría inspirarle su contorno.

De esa manera, se puede decir que usted es una unidad, pero en ese instante se ha dividido en tres, para atender a su mente y sentimientos.

Esta es la mejor explicación que he encontrado. Sólo añadiré que yo sentí que mi cuerpo estaba acostado y dormido; que mi otro cuerpo me esperaba en la ventana, mientras que mi yo consciente estaba en el parque, junto con la multitud. Por lo tanto, estaba separado de mis cuerpos y, al mismo tiempo, unido a ellos.

Es un principio de física que dos cuerpos materiales no pueden ocupar el mismo lugar, al mismo tiempo; pero millones de vibraciones y notas musicales pueden ocupar el mismo lugar, en el mismo instante, como sucede cuando una orquesta interpreta la Novena Sinfonía de Beethoven.

De aquí podemos deducir que, al hablar del cuerpo físico y de los otros cuerpos invisibles del hombre, debemos comprender la idea de los diversos «Planos de Existencia».

La palabra «planos», en su acepción general, significa capa o superficie plana de sustancia material. Esta es una manera de comprenderla, limitada al concepto de lugar. Por "plano", en nuestro caso, se entiende un estado de conciencia —como lo son la alegría o la tristeza— y no un lugar.

Cuando muchos instrumentos suenan al mismo tiempo, innumerables vibraciones llenan el aire; sin embargo, quien escucha, puede fijar la atención de su oído en determinado instrumento y hasta seleccionar ciertas notas; simultáneamente, ninguna de las demás se pierde, porque todo el conjunto orquestal se reúne en el pequeño espacio del tímpano auditivo.

Otro ejemplo nos ofrece la naturaleza: cada color tiene su lugar en la escala vibratoria de la luz. Por medio de un prisma

de cristal se puede descomponer la luz blanca en siete colores visibles. Todos ellos están en cada punto del espacio por donde pasa el rayo del Sol y se manifiestan por descomposición de la luz. Pero existen, más allá del campo de la visión humana, colores invisibles, porque sus vibraciones son demasiado altas o demasiado bajas, de modo que no pueden ser percibidas sino por medio de instrumentos apropiados.

En ciertos sistemas telefónicos pueden pasar varios despachos en varios idiomas, por los mismos conductores, sin interferirse unos con otros.

La atmósfera puede estar llena de emisiones de radiodifusión, sin que haya interferencia porque, normalmente, cada una de ellas no advierte la presencia de las demás ni recibe su influjo.

De la misma manera, podemos concebir varios mundos que ocupan el mismo lugar en el espacio, pero cada uno con diferente tónica de vibración, de suerte que los seres vivientes en uno de dichos mundos (y aquí está la solución del misterio), por la diferencia vibratoria, desconocen totalmente la existencia de los otros seres que cohabitan con ellos.

Luego, «los planos de la vida representan grados diferentes de vibración o de energía vibratoria, y no de materia».

«La Materia, aun en su más sutil modalidad, es una muy baja modalidad de energía vibratoria» (Ramacharaka).

De esta manera, no se debe comprender que se trata de «lugares», cuando aquí se habla de los planos de existencia extramaterial que constaté fuera de mi primer cuerpo físico.

Ahora surgen miles de preguntas: ¿cómo puede existir un parque que esté lleno de gente sin su cuerpo?, ¿cómo asomarse a una ventana sin estar físicamente allí?, etcétera.

Perdón, querido lector: he descrito hasta ahora el primer plano de mi existencia. En mi vida física, puedo mirar por aquella ventana, al parque y sus árboles, que están frente a mi habitación. En esas condiciones, no se podría explicar, cómo pude bajar desde el séptimo piso —donde yo estaba ubicado— hasta el parque, para juntarme con aquella multitud, en la que nadie percibía siquiera mi presencia a su lado.

Por lo tanto, decir «bajar» y «subir» resulta confuso, porque estaba en el parque, sin tomarme la molestia de usar el ascensor o descender por la escalera, y tenía la sensación de encontrarme abajo y arriba al mismo tiempo y por añadidura,

acostado en la cama. Yo era como una cuerda de violín que emite notas diferentes según la tensión a la que esté sometida. De esta manera, el paso de un estado a otro puede concebirse como un cambio de vibración de la energía que anima a todas las cosas.

No puedo explicar más, querido amigo lector. El asunto es inaccesible a los sentidos corporales; pero la mente lo comprende sin palabras.

Este plano, llamado por los espiritualistas plano astral o luminoso (San Pablo), parece estar compuesto, según se ha visto, de numerosos planos y subplanos que se extienden desde el más cercano al mundo físico hasta el más distante de la percepción humana o mundo espiritual y, entre estos dos extremos, puede observarse una innumerable variedad de fenómenos y fases de existencia.

Como ya dije, mientras estaba en aquel estado tan raro y nuevo para mí, me pareció ver espectros y otras apariciones de seres muertos que yo había conocido; aunque lo más curioso era la presencia de algunos animales y de muchas personas que vivían todavía en el mundo físico. Así mismo, ya dije que todos en general tenían cuerpos luminosos, si bien con luces muy diferentes unos de otros, a quienes yo percibía de manera muy detallada, en tanto que muchos de ellos no se percataban de la existencia de sus vecinos, a punto tal que se interpenetraban y atravesaban sin darse cuenta de ello. Entre tanto, por el color, yo podía distinguir intuitivamente lo bueno o superior, de lo inferior. Lo que correspondía a sentimientos elevados, según el concepto humano, tenía colores nítidos, claros y brillantes, mientras que lo burdo poseía colores sucios y confusos.

Al parecer, mi vida en este estado ha dejado de ser una serie de días de conciencia despierta y de noches de olvido.

Comencé a actuar e ir de un lado a otro, porque descubrí que poseía gran movilidad y podía trasladarme a grandes distancias de mi cuerpo físico —que estaba sumido en sueño— y de aquél que se hallaba junto a la ventana, que vigilaba a los dos: al dormido y al que se le alejaba.

No puedo definir ni decir nada de mi tercer estado, pero sí puedo describir lo que sucedía en mí entorno.

El estado astral, el luminoso, tiene muchos fenómenos que han sido descritos en sesiones espiritistas.

Quienes han estudiado teorías sobre la cuarta dimensión, analizada con matemáticas y geometría, pueden explicarse en mejor forma los fenómenos del mundo llamado astral luminoso.

Parece que, cuando el hombre muere o cuando duerme, al instante entra en el mundo luminoso astral, como viene sucediendo conmigo desde hace dos días solamente.

Y ahora me pregunto: ¿por qué antes de mi enfermedad, nunca tuve conciencia de aquel estado? ¿Será que, cuando enferma gravemente el hombre, se acerca, por su estado, al reino de la muerte, para que pueda ver lo que estoy describiendo en estas páginas? Creo que así debe ser, por lo que veremos después.

Pude percibir que todo cuerpo físico flota en el mar astral que envuelve y llena toda la materia. Como he dicho antes, los núcleos de los átomos no pueden tocarse, porque el espacio que los separa es mucho más grande que el átomo mismo. El lector puede tener un símil al contemplar las estrellas en el firmamento. Cada astro dista de su vecino millones y millones de kilómetros, sin embargo, a simple vista, parece que algunas estrellas se tocan. Esto nos conduce a preguntarnos: ¿serán las estrellas en el firmamento, glóbulos de sangre en el cuerpo del Cosmos, o serán núcleos de átomos en el seno de lo Infinito?

La ciencia espiritualista sostiene y enseña que el éter penetra en todas las sustancias conocidas, desde el sólido más compacto al gas más rarificado. Así como este éter circula en perfecta libertad dentro de los átomos, de la misma manera la materia astral interpenetra al éter y se mueve libremente dentro de él.

Al acordarme de estas lecciones olvidadas por mí hace mucho tiempo, comencé a descifrar el secreto de que, un ser que vive, lo hace también en este mundo al que llamamos astral por su brillo, porque en él no hay oscuridad o noche y en él se puede ocupar el mismo espacio de otro ser, sin que

ninguno sea consciente de la existencia del otro, de modo que no estorban en sus movimientos. Todo esto es posible por la vibración de cada uno, que es diferente de las de los demás. Existe una explicación muy sencilla para entender el fenómeno. En la habitación donde escribo estas líneas hay luz, aire y calor. Tres elementos distintos que no se interfieren entre sí y de cuya existencia yo puedo dar fe, sin recurrir a más que mis sentidos; pero un ciego sólo puede constatar aire y calor y, si la especie humana careciese de ojos, no podría tener noción de la presencia o ausencia de la luz.

Entre aquella multitud que se hallaba en el parque, se veían seres con la nube a su alrededor, vagamente delineada, opaca y mal organizada, de colores oscuros y densos. Su extensión era de unos 25 a 30 centímetros en torno al cuerpo. En otros, aquella atmósfera era más grande y, en otras personas, la luminosidad era aún de mayor tamaño.

El describir los colores que irradiaban aquellos cuerpos requeriría un tomo entero; pero por ahora baste decir que, en ciertas personas, los colores eran toscos y borrosos y en otras se hacían más luminosos y nítidos.

Parece que los antiguos, al usar la palabra «astral» —que proviene de astro— querían aludir a la apariencia luminosa de la materia que no se ve con los ojos físicos, mas sí con los ojos psíquicos o internos.

Entonces, el cuerpo astral, el luminoso, no sólo compenetra el cuerpo físico, durante la vida del hombre, sino que, además de tener la propia figura del físico, extiende su luminosidad como si fuese una nube, alrededor de él, en todas direcciones. Esta es el aura que tantos escritores místicos y ocultistas describen en sus libros.

Muy pocos de los seres que estaban allí tenían una aura extensa. La porción interior o central del aura forma el cuerpo astral, mediante el cual se distinguen entre sí los que llamamos muertos. Esta porción del aura tiene la misma forma de lo que fue un día el cuerpo físico y se distingue muy fácilmente de la atmósfera que la rodea. Es ni más ni menos que la contraparte del cuerpo físico.

Como he dicho, no sólo el hombre tiene su aura, sino todo objeto físico tiene su contraparte astral, incluyendo las pie-

dras, los metales, etc., que se proyecta en alguna forma sobre la superficie. Dicen que los clarividentes ven todo esto; mas yo no soy clarividente y lo que anoto aquí no es más que mi percepción en un estado cercano a la muerte.

En aquel día, para mi sorpresa, vi a un joven conocido mío, caminar con sus piernas sanas, a pesar de que se las habían amputado muchos años antes de que muriera. Pasó a mi lado; quise llamarle la atención, pero él siguió sin mirarme o, mejor dicho, sin verme siquiera. Recordé entonces lo que había aprendido al respecto: al cortar un miembro del cuerpo físico, la contraparte astral no acompaña al miembro físico amputado. Muchas personas, después de una operación como la de este joven, siguen durante años con los dolores de las piernas amputadas. La medicina atribuye el dolor al subconsciente; los espiritualistas explican que la parte astral ha adquirido el hábito de mantener la forma propia del miembro y continuará manteniéndolo astralmente hasta muchos años después.

Esta vez presté atención al hecho de que un noventa por ciento de aquella gente tenía la punta dirigida hacia arriba del llamado astral, que he descrito como de forma de huevo. Basta meditar un momento en ello para deducir que, en el hombre sin desarrollo, la porción baja del ovoide tiende a ser mayor que la superior y deja entrever cuan grotesco e inferior es su dueño. En muy pocos seres humanos de aquella masa ocurría lo contrario: la parte estrecha estaba abajo y, al observarlos detenidamente se veía que eran monjas, sacerdotes y, probablemente, profesores y benefactores anónimos.

El grupo más numeroso, es decir, las personas vulgares, tenían en sus cuerpos muchos grados de vibración que batallan entre sí en loca confusión. Esto, deduje, es el resultado de sus preocupaciones y emociones; mientras que una monja tenía en su cuerpo luminoso, cinco colores de una belleza indescriptible que atraía mi atención, cuando contemplaba a otros seres de aquella multitud, lo que veía me provocaba inquietud y preocupación. Esto me hizo recordar los mismos efectos que sufrí en mi vida diaria al juntarme a una persona pesimista y cómo me esforzaba para no dejarme afectar por las emanaciones de su aura. Entonces comprendí que los hombres pesimistas son como las enfermedades contagiosas, que contaminan a los sanos.

Vi un niño en los brazos de su madre. Su cuerpo áurico

era tan hermoso, que me atrajo muy especialmente y le seguí unos pasos, disfrutando de sus colores puros y brillantes, sin ninguna mancha. En cambio, llegó a horrorizarme un hombre que tenía un aura sin colores y, ante la percepción de que se trataba de un ser infame, sentí la necesidad de huir, a pesar de tener la seguridad de que él, como los demás, no me veía.

Como resultado de mi sueño, descubrí el significado de la aureola que suele pintarse alrededor de la cabeza de los santos. Su color es generalmente amarillo, debido a que éste es el más conspicuo de los colores del cuerpo astral.

Seguramente hubo en mi estado algo de fantasía o de irreal, por lo que voy a relatar: mientras yo vagaba por el parque, me llamó la atención una flor muy hermosa. Me acerqué a ella y comencé a acariciarla con ternura, por su belleza y, en ese estado, sentí que la flor respondía a mi admiración y cariño por ella.

Probablemente, los animales responden a las caricias y afecto, pero nunca pensé que las plantas pudieran tener simpatía o antipatía. Por eso deduje que todo ser y todo objeto existente siente y experimenta agrado y desagrado.

Después de mucho pensar, he deducido lo siguiente: mi cuerpo astral, que no se aleja mucho de mi cuerpo físico dormido, es un verdadero puente entre la vida física y la mental. El actúa como transmisor de vibraciones del cuerpo físico al mental y viceversa; de hecho, se desarrolla por el constante pasar de vibraciones en ambas direcciones.

Otro fenómeno que expliqué antes es que, en dicho estado, no se oye ninguna voz, ni sonido, aunque mi hábito me hizo asociar con música mis sentimientos. En esta serie de experiencias nuevas, al comienzo no me había percatado de que en este mundo, la gente se comunica por medio de pensamientos. El pensamiento sustituye a las palabras y tiene un lenguaje muy vasto y más rico que cualquier idioma conocido. Los pensamientos son como las palabras: elegantes, seductores, atrayentes y repugnantes también.

Cada pensamiento produce un color alrededor del sujeto, según la índole del sentimiento. Una mujer estaba orando y

lucía como una fuente de llamas de colores atractivos, que se elevaba hacia arriba en forma de cono.

Como acabo de decir en esta ocasión, constaté algo que no había percibido antes: que siempre, alrededor de cada individuo y, sobre todo, cerca de su cabeza, flotaban ciertas formas como globos esféricos, que se desprendían de él y se reunían en su derredor. Esta imagen se mantuvo así por un tiempo. Otro fenómeno: vi a muchos, pensativos, que creaban un pequeño retrato de una o varias personas. Esas figuras y retratos tenían a veces un color muy claro y nítido, pero en la mayoría de ellos era borroso e incoloro, sin una forma precisa.

También vi varias veces, que aquellas formas están siempre en la vecindad de la cabeza de su dueño. En un momento dado, se precipitan y desploman sobre él. Otras veces vi a muchos seres humanos rodeados de aquellas formas, las cuales atraían de la atmósfera, hacia sí, a otras iguales a las suyas. En cierta oportunidad vi a una mujer en oración y sin embargo, flotaban alrededor de ella, ciertas imágenes obscenas. Se veía a sí misma con un hombre, ambos desnudos y, lo más curioso, es que, en su sentimiento o pensamiento, estaba presente un diablo que bailaba y se reía.

Parece ser que en ese estado, cada persona contempla al mundo según sus propios pensamientos y les asigna un color, a su criterio.

Cada pensamiento reaccionaba sobre su propio creador y le envolvía en sus redes, como si fueran tentáculos.

Un autor dijo: «El hombre es el creador de su mundo» y parece también que forzosamente cada creación debe tener su forma propia. Los pensamientos del hombre son sus creaciones que, aumentando en número e intensidad, con el tiempo llegan a dominar su mente y sus emociones de tal manera, que preferirá responder a ellos, en vez de crear nuevos pensamientos. Así se forman los hábitos, que son expresiones externas de la fuerza acumulada en el carácter, el cual es modelado por esos hábitos.

Cada ser humano deja tras sí una estela de formas de sus pensamientos. Son grave responsabilidad del hombre las consecuencias de tomar formas nefastas, reflexionar con placer sobre ellas y luego lanzarlas de nuevo, fortalecidas.

Por eso debe ser que la religión prohíbe el pecar por pen-

samiento, pero son pocos los fieles verdaderamente devotos que no unen ideas triviales a sus oraciones

Al hombre le gusta filosofar, como lo estoy haciendo ahora, sin recordar que, hasta el momento, sólo estoy en la puerta de la comprensión. Nunca he estado muerto conscientemente, como para poder describir el estado de los muertos que viven y, sin embargo, estoy escribiendo como el mejor conocedor.

¡Flaquezas humanas...!

¡Vamos, despierte! Tiene que comer algo y reparar sus fuerzas perdidas —me despertó mi anfitriona.

—No tengo hambre —respondí.

—No importa. Va a comer de todas maneras...

Capítulo Tercero

Tercer Día

No me sentía bien. Tenía dolor de cabeza y el lado derecho de mi vista se nublaba. No me dejaba ver las cosas de manera integral. Al mirar la cara de una persona, no alcanzaba a ver su ojo izquierdo, ni la región frontal izquierda. Evidentemente, el nexo de mi nervio óptico con el cerebro estaba afectado.

Tomé un libro para verificar si podía leer y sentí gran aflicción al comprobar que, si la palabra era mayor de diez letras, tenía que leerla por partes; es decir, no podía ver sino cinco letras y las otras debían esperar hasta que moviera la mirada, para poder leerlas.

Cavilé por muy largo rato y...

Y... estoy en un templo egipcio de muchos siglos atrás. Visto una túnica de lino blanca; tengo la cabeza rapada y cubierta con una capucha de igual tela, con la diferencia de que en ella estaban bordados varias figuras y signos. De mi cintura pendía un mandil triangular y, en el centro de éste, estaban diseñados una regla y un compás.

Delante de mí, sobre una mesa a manera de altar, un pebetero dejaba salir un humo denso, como de incienso. En mi mano derecha tenía una espada, cuyo puño, en forma de cruz, era de marfil y, en la izquierda, sujetaba una cruz ansata.

En este estado, sonó un gong. Antes de que se extinguiera su última vibración, entró una joven vestida apenas con un echarpe de tela muy fina que, cubriendo sus senos, se extendía hasta ocultar su bajo vientre.

Ante el altar, frente a mí, al son de instrumentos musicales semejantes a la cítara, comenzó una danza frenética, lasciva y excitante.

El templo se alumbró con luces cuya fuente era invisible. Reconocí que era el templo de Ra. A ambos lados aparecieron dos hileras de sacerdotes que, de pie frente al altar, guardaban absoluto silencio y tenían los ojos fijos en aquella mujer que se retorció rítmicamente en el centro del magnífico aposento o templo.

Las luces aumentaron, y el brillo de oro que se reflejaba en

las paredes, a veces era tan deslumbrante que lastimaba los ojos. Poco después, la danzarina se detuvo en el centro de la nave del templo y comenzó a tambalearse paulatinamente hasta caer exhausta por tanto esfuerzo.

Entonces yo grité: «¡ANK ANU!» y todo desapareció, porque desperté del sueño.

Me contrarió mucho, porque no conseguí llegar al final de la escena y comprender su significado.

Al cabo de algún tiempo, sin percatarme, entré nuevamente en el mundo del sueño y me encontré con una bella joven, cerca de mi cama. Como no me di cuenta de mi estado, pensé que era una visita para la dueña de casa que, por error, había entrado en la habitación. Como no se fue al verme, creí haberle preguntado: —¿Es a mí a quien viene a ver, señorita?

Ella, sonriendo, contestó o creí haber escuchado su voz, que me dijo: —Me han enviado para enseñarte y aclararte algunas cosas. Comienzo por decirte que, en este estado, no se oyen voces como en el mundo físico. Se escuchan los pensamientos. De esta manera, cuando se habla aquí, no se lo hace por medio de palabras, transmitidas por el aire, como ondas sonoras, sino por ideas. De hoy en adelante debes recordar que, en este plano, no hay voces, ni ruidos, ni sonido de palabras, sino vibraciones luminosas. El que recién entra en este estado —o mundo astral— al principio cree que habla por su voz y que escucha por sus oídos, pero en verdad, se comunica a través de sus pensamientos e interpreta los de los demás como si fuesen palabras. Después de la muerte, las luces del mundo astral o del deseo que emanan del cuerpo de la persona, son las que le sirven como medio de comunicación con los demás. En el mundo astral, el idioma se expresa por el alfabeto de la luz, idioma y alfabeto que son mucho más ricos que los del sonido.

* * *

Aquí deseo hacer un paréntesis, para señalar una comprobación que hice cuando retorné al estado de vigilia: las ondas sonoras —que no son sino vibraciones del aire— dentro del campo audible para el hombre, se encasillan entre las 435 y las 38.000 oscilaciones por segundo, en cambio, las ondas luminosas visibles pueden alcanzar hasta 562'949.959'421.312 oscilaciones por segundo. El campo abarcado por la luz es, pues, inconmensurablemente mayor que el del sonido.

Retomo la narración y las enseñanzas de mi bella visitante:
Entonces pregunté: —Si los muertos no oyen, ¿cómo podemos entendernos y ellos se entienden entre sí?

—Para que puedas comprenderme, te pondré un ejemplo: si tu amada se encuentra en el balcón de un quinto piso y tú estás en la calle, camino del trabajo, llevas tus dedos a tus labios y, soplando, haces la señal de un beso volador: ¿qué interpretación daría ella al gesto tuyo que está viendo? ¿Crees necesario vestir el hecho con palabras, para que comprenda el significado? En el mundo del deseo o astral, el lenguaje es el del pensamiento, a través de luces de colores determinados por los deseos. No obstante, quien ha desarrollado el oído astral, puede escuchar inclusive a grandes distancias.

Volví a preguntar: —Por la misma *razón* que no se puede oír después de muerto, ¿cómo se pueden ver luces para entender el lenguaje de los demás?

—Debes comprender que el hombre es un ser compuesto de varios cuerpos. Por lo pronto, baste citar los cuerpos: físico, astral (al que San Pablo llamó «El Luminoso») y mental. El cuerpo físico se configura de tal manera, que su oído puede percibir sonidos hasta llegar al límite de lo inaudible. El ser humano, al morir, lleva consigo los cinco sentidos —por no decir los siete que realmente son, para no complicarnos innecesariamente por ahora—. De los cinco sentidos que están en su cuerpo astral, utiliza la vista astral en primer término, porque capta con más facilidad las vibraciones de la luz. El oído astral capta también muchos sonidos lejanos, pero deben ser producidos necesariamente por agentes físicos y, en cuanto al tacto, al olfato y al gusto, hasta cierto punto, quedan completamente inutilizados. Para que lo comprendas mejor, fijate en ese hombre que ya no tiene cuerpo y quiere comer con sus hijos...

Miré y, como por encanto, vi junto a un grupo de comensales, a un hombre que no tenía cuerpo, que quería agarrar un pan y una cuchara, lo que, obviamente le era imposible. Quiso lamer un plato, con el mismo frustrante resultado. Eso sí, él les veía comer.

—En resumen —continuó— el mundo astral o de deseos tiene siete etapas. La primera o inferior se confunde con la séptima etapa superior del mundo físico; lo que debo hacerte comprender es que no ocurre cambio repentino alguno en el tránsito del hombre a la muerte pues, al contrario, se mantiene

igual y cree estar exactamente como era antes de morir, excepto que no tiene un cuerpo físico. Posee la misma inteligencia, la misma disposición de ánimo, el mismo carácter, los mismos vicios y virtudes. La pérdida del cuerpo físico no lo convierte en un ser distinto. Dejar el cuerpo físico es como desvestirse para entrar al baño. Las condiciones en que se encuentre son el producto de sus propias creaciones, de sus pensamientos y deseos. No existen ni un castigo ni una recompensa decretados por un ser ajeno, sino que son sus propios hechos, pensamientos y palabras los que vienen a su encuentro, al entrar en este mundo diferente. Es más: las manifestaciones y movimientos del hombre en este mundo son iguales a los del físico. Se pelea, se odia y se ama. El sufrimiento y la felicidad se tocan con sus vibraciones, sin que sus generadores se den cuenta del hecho; todo es por medio de la vibración de la luz y del color. Por último, todo pensamiento preciso produce dos efectos: una vibración radiante y una forma flotante. De esta manera se entienden los muertos que viven en el mundo astral. La vibración radiante tiende a producir pensamientos de la misma índole de los que dieron origen a las vibraciones.

Calló la joven un momento y, captando mi pensamiento, agregó: —Sí. Comprendo tu inquietud. Quieres preguntar cómo es que estoy habiéndote en este instante, con medios del mundo físico, si no hay palabra hablada en el estado en que te encuentras. Primero, debes recordar que, hasta ahora, aún no estás muerto. Debes vivir y continuar ciertas tareas, incluyendo la que te ha traído hasta acá. El lenguaje que uso contigo es el que bordea el último plano físico y accede al primero del astral. Hablamos aparentemente con palabras, hasta que aprendas el idioma de los colores del mundo luminoso o astral. Inclusive todos los que deban comunicarse contigo, lo harán como si tradujeran sus pensamientos a palabras y yo deberé hasta emplear términos que ya no tienen sentido en este estado, particularmente cuando me refiera a tamaños y a tiempo, dimensiones que aquí carecen de sentido, como te explicaré más adelante. Tú estás, en este momento, como en los sueños, donde alguien te habla y le respondes; y—tú lo sabes— no se articulan palabras ni se dicen frases. Pues bien, tengo que comenzar contigo, habiéndote como en sueños, hasta que aprendas el idioma del color y de la luz. Entre las tareas que me han sido encomendadas, está la de enseñarte precisamente eso. Para comenzar, veamos:

La escena cambió radicalmente y se presentaron ante mi vista, seres humanos que desfilaban como autómatas.

Dime qué sientes ante este ser cubierto de nubes negras.

—Odio y malicia —contesté sin titubear.

—Muy bien, ¿y ante este rojo?

—Cólera.

—¿Ante este escarlata?

—Irritación.

—Ahora: ¿que sientes ante este escarlata brillante?

—Noble cólera e indignación.

—¿Cómo interpretas el rojo sanguíneo de esta mujer?

—Sensualidad.

—Magnífico. Parece que tienes un sentir más desarrollado de lo que yo esperaba.

—¿Qué! ¿Acaso no tiene usted la facultad de la clarividencia?

La joven rió, como si le hubiera hecho mucha gracia mi pregunta y, de inmediato, respondió: —¿Quieres explicarme qué es clarividencia?

Me dio una horrible vergüenza. ¡Estoy en el mundo de la clarividencia y hago esta estúpida pregunta!

—No te preocupes —me dijo — todos, al principio, medimos el mundo astral con unidades del mundo físico. Pues bien: tu trabajo en arte pictórico abrió tu centro de percepción astral con respecto al color. Ahora vamos a otro trabajo. Mira a este hombre. ¿Cómo lo analizarías?

Después de pensar un momento, contesté: —Por el resplandor y la ondulación que tiene, parece ser un individuo alegre y contento. Diría que, tal vez, es amor...

Mi frase fue cortada por una carcajada estrepitosa, como la llamaríamos en el mundo de los que viven, que me aplastó, porque me sentí tratado como si fuera un niño petulante: —Ahora no acertaste; pero debo prevenirte de que, en lo sucesivo, trates de no profanar otra vez esa palabra —dijo. Como otras más, ella es divina: Amor es Dios y Dios es Amor.

—Tiene *razón* de burlarse y me disculpo. Esto me sucede porque siento que mis pies están en el mundo físico.

—No te culpo, porque muchos de los que hace muy largo tiempo que están aquí, siguen procediendo como en el mundo físico... Ahora debemos continuar el estudio, porque, cuando vengas, debes llegar con conocimiento de causa, puesto que te espera mucho trabajo.

Luego prosiguió: —Mira a las personas que desfilaban ante ti; estudia sus emociones áuricas, entre tanto, yo analizaré si puedes interpretarlas y así sabrás si soy clarividente o no.

Cuando dijo esto, se rió nuevamente y, nuevamente también, yo me avergoncé.

Pasaron delante de mí varios seres humanos cuyos colores eran expresiones silenciosas de sus sentimientos, pasiones y emociones.

Todo me pareció de fácil interpretación. Por último, ella me dijo: —Para poder obrar aquí, debes aprender el lenguaje del sentimiento. Por ejemplo, la sorpresa agradable se manifiesta por el resplandor intenso; la sorpresa desagradable, por el marrón; el afecto, por el rosa; la devoción, por el azul. Todos los colores puros se ven en la parte superior del cuerpo astral, mientras que los impuros, como el del egoísmo, siempre están en la parte inferior del cuerpo. Con ello puedes distinguir al hombre desarrollado y al que no lo es. Cada cualidad se manifiesta por un color, como ves, y está constituida por un tipo especial de materia astral. El principio general de ésta es que las cualidades malignas se expresan con vibraciones lentas y materia grosera, sin brillo puro, mientras que las elevadas —como la abnegación—, se revelan con brillantez pura. También las emociones elevadas y nobles, por fortuna, duran más tiempo. Con estas instrucciones ya podrás distinguir los varios tipos de seres humanos. En cuanto a los seres elementales, los colores les son tan inteligibles, como las palabras para los hombres. Los animales sienten profundamente los bajos deseos en los seres humanos y aman a los que son cariñosos y caritativos. En este momento, tú estás trabajando en tu cuerpo astral, que es el verdadero puente entre la vida física y la mental. Después de la muerte, la conciencia queda recogida por el cuerpo astral y así la vida puede continuar en este plano, variando, como ves, en intensidad y duración, como lo comprobarás más adelante por ti mismo. —Adiós. Ahora debo irme. Tengo tareas que realizar en otro plano. Volveré después.

Y así, mi guía desapareció de la misma manera como vino.

Capítulo Cuarto

Cuarto Día

Parece que mi estado físico no mejora. Me hicieron beber varios remedios y me inyectaron otros. Mi amiga comenzó a preocuparse y yo sentí su temor. Después de las visiones de los dos días precedentes, tuve la sensación de que mi estado de salud era grave.

Hubiera querido estar solo, completamente solo, para recibir a la muerte sin causar molestias a nadie. ¡Qué pesado y molesto es un muerto: vestirlo, cargarlo, enterrarlo, fastidiar a medio mundo, tan sólo para echarle encima un poco de tierra, mucha tierra!

Quise decirle a la dueña de casa que me trasladara a un hospital; pero de inmediato supe que habría sido inútil, porque no lo aceptaría de ninguna manera. Pensé mucho en ello, buscando una solución posible al problema. No deseo morir aquí, creando incalculables molestias a mi anfitriona.

Sufría verdaderamente con esos pensamientos y, al mismo tiempo, intentaba aprender más. Esa noche, mi guía o instructora no vino hasta muy tarde. Aprendí muchas cosas en aquellos instantes. En el lapso de dos minutos tuve este sueño que describo a continuación; vi y desarrollé ciertos trabajos que voy a relatar a vuelo de pájaro, porque requerirían varios volúmenes el transcribirlos in extenso.

Aquí el autor dejó un amplio espacio en blanco, postergando su redacción, que jamás llegó a concretar. (Nota de HOA)

Cuando llegó la noche y dormí al fin, apareció mi guía; sin preámbulos, me dijo: —Todo pensamiento precisa de dos factores: una vibración radiante y una forma flotante. La vibración radiante lleva consigo el carácter del pensamiento. Ahora, piensa en una rosa.

Yo pensé y la rosa apareció delante de nosotros.

Ella continuó: — Mira cómo flota cerca de ti, frente a tus

ojos. Mira cómo se está desvaneciendo porque se debilitó tu pensamiento. Después aprenderás a llamar por medio del pensamiento, a las personas y seres queridos.

Calló un instante y luego dijo: — No. Ahora tengo que terminar contigo y no hay tiempo para dejarte jugar con pasatiempos.

—¿Es que aquí se llama pasatiempos el deseo de ver a una persona amada?

—No, pero es necesario ser médico primero, para auscultar y medicar.

Yo me callé y ella prosiguió: —Debes saber tres cosas importantes para poder sacar provecho de tus trabajos:

1.- Aprender a reconocer la calidad del pensamiento, por su color.

2.- Descifrar la acción del pensamiento, por su forma; y

3.- Interpretar la precisión de la emoción, por la nitidez de la forma.

El hombre es una víctima de sus pensamientos. El pensamiento tienta al ser humano y él cree que es el demonio quien le está seduciendo, con lo cual, con la prolongada reflexión sobre el demonio, crea él ese demonio con poder inmenso. Ese ser creado por el hombre puede durar muchos años y poseer el poder que le fue atribuido. *Todas las cosas se ven del color del cristal a través del cual se mira* y así, la forma mental de una persona reacciona sobre ella misma. Luego, es menester quitar de la mente la idea histórica del demonio y su poder contra el hombre, porque él no es sino una forma mental creada y sostenida por el pensamiento, que reacciona sobre el propio creador. El hombre es víctima de sus ideas y fantasías y, al mismo tiempo, causa perturbaciones en los demás. Estas ideas forman los hábitos y a su vez, los hábitos crean el carácter. Ahora vamos a hacer prácticas: —Mira a ese transeúnte. ¿Qué ves en él?

—Que deja detrás de sí un rastro de formas.

—Esas son las formas mentales del pensamiento. Ahora mira a este otro individuo.

—Una mujer lo encadena con sus rayos.

—Su pensamiento sobre aquella mujer le otorga a ella el poder de atraparlo. Con esto se comprueba que el hombre no es responsable por los pensamientos que flotan y se introducen en su mente; pero sí es responsable cuando los toma y se

apropia de ellos para gozarlos y luego lanzarlos de nuevo, fortalecidos. Ahora entremos en esta iglesia y dime qué ves.

—Es increíble. ¡Esto no puede ser una iglesia!

—Lo es, pero el nivel de la devoción es bajo y por ello, flotan en su interior, cifras, cálculos de operaciones financieras y comerciales. Mira a las mujeres: rezan el rosario y, entre tanto, crean formas de vestidos y sombreros. Ahora, mira a aquella mujer.

—De su mente lanza la forma de un collar de perlas hacia su marido, que está bañándose, y esa forma flota alrededor de su cabeza. El tiene la mente ocupada en su negocio y la forma persiste. Ahora se está aquietando y ya entró el pensamiento de su esposa en el suyo: él piensa ahora en su mujer.

—Mira a ese joven,

—¡Qué sucio! Salen de él bolas del color del estiércol.

—Fíjate a dónde van.

—Se dirigen a esa hermosa mujer, pero no llegan a ella. Flotan por un tiempo y vuelven hacia quien las genera.

—Has visto ya el fundamento del dicho: «La maldición y la bendición vuelven a quien los emite». Pues bien, el corazón y la mente puros son la mejor protección contra todo pensamiento y sentimiento maligno. Por otra parte, una forma de amor dirigida a un ser amado actúa como ángel guardián que lo protege en toda oportunidad.

Calló por un rato y continuó: —Desde ayer has estado ansioso por ver a dos personas. Ahora voy a llevarte a ellas. Míralas.

—¡Eva!— grité.

—¡Jorge!— exclamó ella.

Corrí hacia ella para besarla y abrazarla. Abrí los brazos para estrecharla, pero, cruel decepción, en aquel estado no tenía boca ni brazos que pudieran sentir los efectos como en el cuerpo físico, ni ella los tenía para recibirlos.

Las dos mujeres rieron y Eva dijo:

—¡Amor mío! Te agradezco mucho, mucho, porque tu amor fue como agente protector y de resguardo. Siempre me ha defendido y fortalecido. Me siento muy feliz por amarte. Ahora...

Al decir esto, desapareció y, en su lugar, surgió otra joven. Era Ashtarouth.

—Adonay, mi Dios, estoy muy feliz y siempre te veo. Yo siempre estoy esperándote, para reanudar nuestro encuentro. Tu amor me abrió la puerta del cielo. ¡Te agradezco tanto!

Después de decir esto, la mujer trató de envolverme con sus radiaciones áuricas y desapareció.

Yo no dije ni una sola palabra. Ella seguía igual a como fue en la vida física: ¡Sólo vive para amar!

* * *

Los personajes que intervienen, aparecen como fueron en vida en mi obra *Adonay*. Quienes se interesen sobre el contenido de los diálogos, deberán remitirse a esa novela. (Nota del autor).

* * *

Mi instructora reanudó el diálogo y dijo: —Tuve que acceder a tus deseos, porque así ya podrás atender mejor a la obra. Estas dos mujeres fueron tus dos ángeles guardianes. Siempre piensan en ti y su amor te defendió en muchas ocasiones, pues el pensamiento amoroso puro es el ángel protector del ser a quien va dirigido, como los pensamientos de la madre por su hijo. Ya has visto cómo el pensamiento toma forma y —en alguna ocasión— se materializa y deviene visible físicamente. De esta manera se comprende que el pensamiento de amor enviado de una persona a otra, actúa como el ángel de la guarda. Ahora ven a mirar a tu amiga y verás lo que está haciendo.

En ese momento vi a mi anfitriona que, con formas mentales, construía casas y a veces las adquiría. Algunas estaban rodeadas de jardines y otras eran edificios de varios pisos.

—¿Puedo preguntarte qué relación tengo con esa mujer?

—Algún día sabrás cuándo y dónde. Ahora vamos a cosas más interesantes y dejemos estas nimiedades. Por lo pronto, es importante que tengas conciencia de la responsabilidad y el poder que tiene el pensamiento. Como viste, tus pensamientos pudieron atraer a Eva y Ashtarouth y podrían, al igual que los hechos, impregnar cosas y lugares, con su vibración. Por medio de ellos puedes convertirte en santo o en asesino. Puedes ayudar a Dios, digámoslo así, para que evolucione el Cosmos; pero, por otro lado, el puñal de un criminal lleva en sí la vibración del crimen hasta la mano que lo sujeta y allí permanece por muchos años. Quiero que veas a este hombre, lanzando una carga de pensamientos saturados de odio negro, contra esa persona que está sentada escribiendo, pero como su fuerza no pudo afectarla, se convirtió en una especie de demonio que retornó a su progenitor. En las tribus semisalvajes abundan los elementales que se convierten en dioses familiares. Unos son benignos y se conten-

tan con ofrendas de frutas, granos y flores; mientras que otros piden sangre y hasta sangre humana. Ahora quiero decirte algo que es desconocido por casi todos los que no han tenido una educación espiritual. Los elementales y los elementarios son hijos del mismo hombre que los creó. Un pensamiento de energía y concentración fenomenales, sea de bendición o de maldición, convoca a la existencia a un elemental, que será como un instrumento de descarga para provocar el bien o el mal, respectivamente, según las intenciones de su creador. Estos elementales son los demonios de las religiones. En el mundo físico, el pensamiento del arquitecto crea un edificio. El hombre santo crea un ángel, y el malvado genera un demonio con las correspondientes formas, como has visto anteriormente. Los sentimientos raciales, patrióticos, religiosos, etc. se convierten en formas mentales o elementales que a su vez generan en el hombre sentimientos racistas y nacionalistas, propulsores de prejuicios. De esta manera, separa al mundo en naciones, amparados en posturas llamadas patrióticas, nacionalistas y racistas. Los hombres actúan como marionetas y reproducen automáticamente los pensamientos que les llegan; así es como se forman las naciones, los partidos políticos y demás organizaciones. Esto es lo que se llama la conciencia colectiva. Mira hacia allá: ¿Qué te inspira?

—¿Qué horror! Estoy viendo una guerra.

—Pues sí. Es el pensamiento de un solo hombre que piensa en conquistar el mundo, pero, en cambio, mira hacia acá.

—Veo una guerra de pensamientos o, mejor dicho, de las formas de los pensamientos.

—Efectivamente, y las formas de color celeste están triunfando, pues aquí hay también guerras como en el mundo físico o, más precisamente, aquí comienzan las guerras y los crímenes que se manifiestan después en el mundo físico. Por lo tanto, todo comienza por el sentimiento, se madura en el pensamiento y se manifiesta por el acto físico. Pero ahora mira a ese hombre: ¿Qué ves en él?

—Veo salir ganchos largos que se clavan en una caja fuerte.

—Pues bien. Este es un egoísta cuya codicia le induce a robar la fortuna de su hermano. Mira cómo su pensamiento se mueve en curva cerrada, de modo que se vuelve y se descarga en su propio nivel. Contempla ahora el sentimiento de esta madre.

—Su pensamiento va en curva abierta y no vuelve hacia sí; penetra en lo infinito, pero... ¡qué raro!... se convirtió en un canal

inmenso por donde fluye algo superior hacia lo inferior.

—Así es. Es el caso de alguien que cree en una oración que ha escuchada. Al respecto debes tener en cuenta lo siguiente. En lo Superior existe una fuente infinita de Fuerza, lista para fluir en cuanto se le proporciona un canal. Este canal es el pensamiento de devoción altruista. Su respuesta es siempre el descenso de la gracia divina. Esta gracia fortalece y diviniza al constructor del canal. Fluye en su derredor una poderosa influencia para ayudar a la humanidad. Así se forman los santos y bienaventurados de todas las religiones. Ahora mira cómo este santo en meditación está conectado con una línea de luz que termina en una flor radiante. Ese fue el origen de la costumbre de adornar los altares y ofrendar flores, en los cultos religiosos.

—¿Qué significa ese color amarillo que emana de la cabeza de ese hombre?
— pregunté.

—Ese es el deseo de saber; en cambio, el color pardo oscuro, que tiene aquel otro, indica que siente celos rencorosos. Así mismo, mira el fruto del efecto de la ira en ese otro. Quien por primera vez dijo: «Se puso rojo de ira», debió haber visto el aura de algún colérico. Aquí tenemos a varias personas unidas en pensamiento y orando por la salud de un enfermo. Ahora vas a ver al enfermo por cuya salud se está pidiendo.

En una lujosa cama se veía a un hombre acostado, en estado grave; los médicos le rodeaban y se consultaban entre ellos. Al fin optaron por inyectarle algún medicamento y lo hicieron. Entre tanto, unas rayas de color azul verdoso llegaban al enfermo; luego los colores se tornaron verde manzana brillante y un tiempo después, el enfermo reaccionó. Los médicos, que no esperaban un efecto tan instantáneo, quedaron estupefactos y alguno de ellos habló de un milagro.

—Antes de abandonarte por esta noche, debo decirte que el estudio de las formas mentales hace comprender, a quien quiere rasgar los velos de la naturaleza, la tremenda responsabilidad que contrae con el empleo de las facultades psíquicas. Los pensamientos no sólo son objetos, sino objetos de enorme fuerza. Con el pensamiento se puede ayudar en todos los casos, mientras que sólo en muy pocos se puede ayudar físicamente. El pensamiento siempre produce un resultado definido. Es deber de todo hombre hacer uso de este poder, para colaborar con Dios a impulsar el plano de evolución.

Capítulo Quinto

Quinto Día

Ya no es necesario repetir que cada día venía el médico con algún nuevo invento y me inyectaba, por lo que yo lo comparaba —según la descripción de los efectos maravillosos que producía— el estanque de Siloé, a donde enviaba Jesús el Cristo, a sus enfermos, para que se bañasen y curasen totalmente.

En casa de aquella señora, que me atendía como madre, no me faltaba nada. Era la suya una atención esmerada; pero yo sufría mentalmente, porque sentí que causaba muchas molestias y trabajos. Pido a Dios que se lo pague por mí, puesto que yo muy poco podría retribuir por su esmero y el afán que empleó en mi curación.

El quinto día tuve muchos lapsos de videncia. A veces veía a mi joven guía a mi lado o bien me veía al lado de ella, sin explicación. Yo tenía gran deseo de que viniese la noche, para que se reanudasen mis visiones.

Finalmente dije a mi amiga que, esa noche, deseaba dormir temprano, y ella cerró la puerta de mi cuarto, a las ocho. Esos días ya me levantaba ocasionalmente y, en cuanto salió, me acosté y comencé a analizar mi estado ¿Era sueño lo que experimentaba o visiones de un enfermo grave? Sea lo que fuere, me agradaba mucho y mi mayor anhelo era vivir siempre así.

—No todavía. No ha llegado tu hora para estar definitivamente con nosotros —dijo mi guía—. Tienes cosas que hacer en tu mundo físico. Este estado tuyo es provocado intencionalmente para un fin que está teniendo lugar. En este tiempo son necesarios para el mundo, ciertas instrucciones y detalles más cercanos a la razón y a la verdad. Fuiste escogido, no por merecimientos, sino por aptitud. Eres un instrumento dócil en manos de ciertos seres que trabajan por el adelanto espiritual del hombre. Tú eres ahora tan sólo como el lápiz que agarrarás un día para escribir estos sucesos. No te vanaglories

demasiado. Eres meramente un lápiz.

—Perdona, querida guía, que te contradiga por esta vez. Yo soy Dios en forma corpórea. Con mucho agrado obedezco y hago la voluntad de todo ente superior; pero con lucidez y juicio completos y no como un autómata, como sería un lápiz. Obedeceré todo, pero también quiero tener fe y razón de que he contribuido en la obra.

La joven me miró sonriendo y sentí su amor y cariño. Luego calló y dijo: —No me he equivocado al pedir yo que se me enviara a ti. Tú me proporcionas mucha felicidad.

—¡Cómo! ¿No es éste el mundo de la felicidad?

—Ya lo vas a comprobar por ti mismo. Ahora vamos a estudiar.

—Una pregunta más: ¿Quién eres para mí?

Ella me sonrió y dijo: —También en este mundo existe la curiosidad. Pues bien, cuando lleguemos a subplanos superiores, todo te será claro; sin embargo, te diré ahora que fui hace un tiempo una amante tuya. No preguntes más, porque no te responderé.

Quise rasgar el velo del pasado, pero no pude introducirme tras su tupida trama. Ella continuó:

—Un cuerpo físico bien nutrido es un estorbo para los trabajos intensos. Fui enviada a ti, porque actualmente tu espíritu domina a tu cuerpo y puedes relacionarte con el mundo astral. Tu cuerpo astral está refinado —por los ejercicios que has practicado y la vida que llevaste— y responde fácilmente a las aspiraciones más elevadas. No son compatibles para fines elevados y refinados un cuerpo físico tosco y la organización de un cuerpo astral y mental. Los ascetas y ermitaños supieron estas verdades y se alimentaron con nutrientes puros como frutas y vegetales. Ahora voy a decirte el motivo de tu grave enfermedad: tú trataste de despertar tu conciencia superior y desde un tiempo acá, seguías con tus esfuerzos, pero te relajaste en materia de alimentación, comiendo de todo y hasta bebiendo, ocasionalmente, en reuniones, algo de alcohol. Así, tu cuerpo físico se volvió a llenar de partículas impuras, entonces, las funciones de tu cuerpo físico tenían que desarreglarse, por la frecuencia que había adquirido tu respiración. Al despertar la conciencia superior en ti, encontró que tu cuerpo estaba impuro. Felizmente, tu glándula pituitaria no se afectó y por ello no dio

origen a las visiones anormales de los enfermos de delirium tremens. Tú has tenido ciertas acciones en tu vida que sirvieron para defenderte e impedir que algunos entes se te acerquen durante tu debilidad física y mental. Entonces yo pedí venir a ti, para conducirte a que hagas algo en bien de la humanidad. Fue un error de tu parte beber café, alcohol, comer carne y cosas similares, si estabas haciendo los ejercicios respiratorios que tú practicas. Tú lo sabías muy bien, pero te comportaste como aquel médico que trabajaba con microbios y, de tanto manejarlos, perdió la cautela debida y, en un descuido se tornó fácil presa, que le hizo pagar muy caro su temeridad. Felizmente, ya no te afectan el estrépito y los ruidos del lugar donde te encuentras, que son capaces de enfermar hasta al más sano. Eso permite que tu cuerpo astral no sea irritable, a pesar de que eres un ser sensitivo y refinado. En cuanto a tu enfermedad de ahora, la práctica de curar a los enfermos gratuitamente te ha salvado, por esta vez. Cada actividad mental está registrada en el cuerpo de deseos, si es de mala calidad, y sus vibraciones se registran en la parte baja del cuerpo físico, así como la de buena calidad se fija en la parte superior del mismo. Como hemos visto, la materia astral responde más rápidamente que la física, a las pulsaciones procedentes de la mente. Mira a esa pobre mujer que tiene un cuerpo astral que responde con presteza a los malos pensamientos. Ella es un imán de los pensamientos afines a los suyos. En cambio, contempla a esa otra. Todos los deseos bajos chocan contra su coraza áurica y retroceden sin ninguna fuerza.

Toda persona de mal humor continuo, en mayor o menor grado es víctima de las influencias astrales emanadas por seres vivos o espíritus descontentos. Mira esa nube de diversas figuras. Es el resultado de pensamientos y emociones de los hombres. Estas nubes chocan con los hombres y les hacen vibrar a su ritmo. Gran parte del mal humor de la gente se debe a estas influencias. Aquí tenemos a un hombre que vaga en busca de simpatía, con la esperanza de encontrarla en alguien de su familia o amigos. Acá está un hombre con furias. Mira cómo se apodera de él el que se halla a su lado, que murió por un ataque de ira. Nadie jamás debe entregarse a la depresión de ánimo, porque esto impide la mejoría de la salud y el progreso espiritual, ¿sabes por qué?, porque la depresión

significa egoísmo de un ser que piensa en sí mismo más que en obrar el bien. «La persona preocupada y pesimista no sabe ir al cielo», decía un maestro entre nosotros. Ahora voy a llevarte al departamento de los ángeles de la guarda. Mira. Y los ángeles de la guarda eran mujeres y hombres. Cada uno de ellos tenía a su cargo uno, dos o más seres humanos, a los que cuidaban y les insinuaban buenos deseos y. buenas obras.

(Estudiaremos esto otro día). (Nota del autor).

—Ahora voy a enseñarte un método que te servirá como una coraza contra los agentes de los enemigos del bien en este mundo. Cuando quieras meditar, curar, ayudar u orar y desees no ser interrumpido por pensamientos ajenos, forma a tu alrededor, por medio del pensamiento, una aura-coraza que impida la penetración de ideas, deseos y vibraciones flotantes en el mundo de deseos o astral. Toda persona que verdaderamente quiere orar, debe practicar esto, para que no penetren en su mente las vibraciones de orden inferior. También esta coraza, si está bien formada, es una protección contra toda enfermedad y hace que el hombre se vuelva inmune. Los médicos practican inconscientemente este poder. Todo impulso enviado por la mente al cuerpo físico ha de pasar necesariamente por el cuerpo astral o alma, en el cual produce su efecto. Una mente pura y desarrollada, limpia y perfecciona el cuerpo astral; pero nunca se debe matar el deseo —como algunos enseñan— mas sí se debe gobernar el deseo, por medio de la *razón*. Por el momento, la humanidad en general se encuentra dedicada a desarrollar el deseo y la emoción, en tanto el superhombre desarrolla el intelecto.

—Ahora bien. Tú, antes de entrar en el sueño, ¿qué ves?

—Cuando presto atención, veo con los ojos cerrados a muchas personas, si bien no permanecen mucho ante mi visión astral: unos piden ayuda, otros lloran y otros ríen, pero todos desfilan ante mí.

—Bueno, ya te darás cuenta de la enorme carga que van a ponerte sobre tus hombros. Tú fuiste escogido como un

simple trabajador en la Viña del Señor. Todos tus «ismos» sirvieron como gradas para llegar a esto. Debes agradecer, antes y después obrar.

—Desearía preguntarte algo: Si todos los libros dicen que el cuerpo astral viaja a largas distancias, ¿por qué mi cuerpo astral no sale del cuarto donde está mi cuerpo?

—Tú y todos los que han escrito sobre este asunto están en una ilusión psíquica. Voy a darte una prueba de ello. Voy a llevarte a tu país natal. ¿No es verdad que ya estás allá?

—Sí, aquí está la casa donde nací y allá está la iglesia de San Jorge, donde oré en mi infancia.

—Muy bien. Ahora mira tu cuerpo físico dormido en una república de América y tu cuerpo astral al lado.

—Sí, efectivamente veo los dos. ¿Es posible, tal vez, que en este mundo las dimensiones no sean similares a las del espacio físico?

—Esa es la pura verdad. Aquí no existen distancias según el concepto terrenal. Aquí se mide por... no sé qué decirte... ¿por planos?... no sería exacta la expresión... creo que debería decirte por vibraciones. La idea de caminar en cuerpo astral y viajar en él a largas distancias, se asemeja al volar en sueños. El hombre, en sueños, cree que está caminando como su cuerpo físico y cuando despierta, se siente fatigado, como si hubiera recorrido a pie grandes distancias. Después de la muerte, no se produce cambio alguno en el hombre. El se siente igual como antes de dejar su cuerpo. Hay algunos casos en que, al comienzo, el fallecido cree que todavía está en su cuerpo físico. Pues bien, después de morir sigue poseyendo la misma inteligencia, los mismos vicios y las mismas virtudes. Con la pérdida del físico, no se transforma en otro ser. Al principio cree que, para llegar de la casa a su trabajo, tiene que ir a pie y, efectivamente, camina como con el cuerpo físico, a pie, pero, cuando se da cuenta de su estado, aprende el nuevo método de pensar, con el que se da cuenta de que, en el mundo astral, no existe el viejo método de caminar; y, como aquí somos verdaderos «demócratas», todos tenemos un solo medio de locomoción y transporte, que es el desplazamiento astral, que se lleva a cabo gracias al deseo que actúa sobre la mente.

—¿Qué hace el cuerpo astral durante el sueño del cuerpo físico?

—Descansa, como lo hace el cuerpo físico. Mira el tuyo, cómo está inmóvil cerca de la ventana.

—¿Acaso el astral se cansa como el cuerpo físico?

—Ni más ni menos. El cuerpo físico se cansa no solamente de los esfuerzos musculares, sino también de los pensamientos y de los sentimientos. Para recuperar la energía perdida por el trabajo y el pensamiento es menester el sueño, prolongado o breve, según los individuos y los casos. También el cuerpo astral se cansa muy pronto del pesado trabajo de mover todas las células del cuerpo físico y las partículas del cerebro, por lo que necesita estar separado del cuerpo durante algunas horas, para recuperar las fuerzas perdidas y con éstas reanudar su trabajo fatigante. Existen ciertos seres que no sienten fatiga y trabajan muchos días, a veces sin dormir o durmiendo poco; pero éstos son casos raros.

—Pero, por otro lado, podemos decir también que no es el cuerpo astral el que se fatiga, sino el organismo físico, por el cual se expresa una emoción.

—Está muy bien, pero un organismo fatigado es un mal instrumento del astral. Algo similar suele ocurrir con el cuerpo mental en el que tú estás trabajando ahora. Cuando adviene la fatiga cerebral, la gente la llama equivocadamente «fatiga mental». Nada hay que pueda fatigar a la mente; pero, mientras duerme el hombre, el cuerpo astral casi siempre está cerca del físico, porque la mayoría de estos seres tiene muy poco desarrollo espiritual. El cuerpo astral duerme junto al físico, en casi toda la gente, por cuanto su conciencia astral es muy limitada. A veces trata de alejarse un tanto del cuerpo dormido y, luego, despierta sobresaltado.

—Con esta enseñanza se derrumban todos los libros que enseñan y describen los viajes astrales pregonados por los ocultistas y sus discípulos.

—Efectivamente, pero necesito aclararte algo más sobre el asunto: sólo el Maestro puede manejarse conscientemente en cuerpo astral. ¿Cómo? No sé. Todo lo que puedo decirte es que el hombre evolucionado forma su cuerpo astral con partículas diferentes y se hace ver en varios lugares en el mismo momento. Este ser no está nunca inconsciente cuando su cuerpo astral se separa del físico. El cuerpo astral de este ser es un vehículo que tiene la imagen de quien lo ocupa y es mucho más cómodo que el físico. El Maestro y los verdaderos dis-

cíbulos son los únicos que pueden trabajar conscientemente en su cuerpo astral mucho más que en el físico y con mayor poder. Son los únicos que pueden alejarse del físico, con extraordinaria rapidez, a cualquier distancia. Cada uno puede reunirse y cambiar ideas con amigos encarnados e incorpóreos, que vibran en la misma tonalidad que él. Mira tu cuerpo astral. Hasta el momento no se le ha tomado como ejemplo de pureza ni de belleza. Has perdido mucho de tu tiempo en cosas inútiles, dejando abandonada tu verdadera evolución. No tienes, pues, en ti, ningún mérito para que fueses escogido para la obra.

Yo respondí con tristeza:

—Tal vez los males son muchos y los trabajadores son pocos y por eso me escogieron.

—Tal vez, y ellos saben por qué lo hacen.

Hubo un silencio de unos cuantos segundos en el reloj del mundo físico. Luego ella continuó:

—Mira. Aquí también se aprende como en el mundo físico. Esta gente está reunida para escuchar la palabra de un sacerdote. Aquí está otro grupo que estudia medicina. Aquí están orando en una iglesia y aquéllos en una mezquita. Este hombre está dominado por su pasión y se vuelve loco al pensar que no puede casarse con su amada, pero cuando se despierta de su sueño, se controla. Aquí pueden aprenderse cosas sobre las que ni siquiera se soñó en el mundo físico. Los adelantados que saben viajar en el astral dan la vuelta al mundo en pocos minutos, por decirlo en términos terrenales. Hay que tener en cuenta que no es que el hombre no puede actuar a voluntad en el cuerpo astral, sino que durante muchas vidas, él lo ha modulado y acostumbrado a actuar solamente impulsado por las impresiones recibidas del físico. Por eso te he dicho antes que sólo los adelantados pueden obrar a voluntad en el mundo astral. Te explico todo esto, porque es necesario que lo sepas íntegramente antes de que te dediques a la obra. Cuando estés sano, tienes que trabajar de prisa y desarrollar determinados asuntos tan pronto como te sientas capaz de hacerlo y, en algunos de ellos, el trabajo puede ocuparte todas las horas del sueño. Deberás persistir en tus esfuerzos para vencer los obstáculos, porque no tienes mucho tiempo. Ya sabes cómo hacerlo. Cada vez que te entregues al sueño, trata siempre de despertar en tu cuerpo

astral. Las mieses son muchas, como dijo Juan en el Evangelio y como tú mismo lo insinuaste; y se necesitan muchos auxiliares en el plano astral. Son tantos los que se necesitan, que los Maestros ya están ocupando hasta a los niños que poseen las condiciones requeridas. Aquí triunfan el Amor y la Caridad. Fácilmente se puede despertar a una persona en el plano astral, pero es imposible hacerle dormir de nuevo, si no es por medio del hipnotismo, que está prohibido para el verdadero espiritualista, en este caso.

—¿Por qué es que no recuerdan su trabajo en estado de vigilia, todos aquéllos que trabajan durante el sueño?

—Es porque no tienen el cuerpo astral desarrollado, ni sus centros etéricos. Pero esto no interesa por el momento; tú tienes un caudal de conocimientos sobre los centros energéticos que otros llaman chakras. No has establecido todavía la perfecta conciencia entre la actividad astral y la física, pero puedes hacer mucho aunque no estés consciente de ello. Sin embargo, puedes desarrollar más tus centros y podrás llegar paulatinamente. Todo impulso enviado por la mente al cerebro físico ha de pasar por el cuerpo astral; por eso, el efecto en este cuerpo es más pronunciado que en el físico. Por tal motivo, el último pensamiento antes de dormir, debe ser noble y elevado. Un pensamiento impuro y perverso atrae entidades de la misma índole. Mira, por ejemplo, a esta monja que, antes de dormir, tuvo pensamientos elevados y santos y atrajo para su sueño, elementales afines a la nobleza de sus pensamientos. Estos son los ángeles de la gente común, de los cuales hablan las religiones. ¿Te parece que ya has aprendido a manejarte para tener buenos sueños?

—Creo que sí. Antes de dormir cierro mi cerebro al tropel de pensamientos negativos que me llegan de afuera. Para ello, visualizo mi aura como broquel o escudo que me protege de la influencia externa, y rae dedico a pensar en elevados términos y sentir hondo, profundamente.

—Eso es todo, efectivamente, porque antes de dormir, hay que tener pensamientos nobles y elevados, para tener sueños de la misma naturaleza.

Capítulo Sexto

Sexto Día

El sexto día amanecí más débil que de costumbre. Mi médico me inyectó uno de tantos fortificantes que hacen maravillas en otros seres, pero conmigo no producían ningún efecto.

Mi amiga se esmeró en prepararme alimentos muy nutritivos y me obligaba a comer o tomarlos. A veces le obedecía y otras, protestaba.

—Quiero dormir. Tengo sueño. El médico aconsejó el sueño. Y con esto salvaba ciertas horas de mi día.

Por la noche se presentó mi guía en el mundo de los sueños y, lo primero que me dijo, fue: —Está bien arraigada tu alma en tu cuerpo. No puedes tener la ventaja de morir por ahora.

—Para mí es indiferente vivir en el cuerpo o fuera de él.

—Yo creía que estabas más apegado a tu carne.

—A mí me parece más bien que la carne está muy apegada a mí.

Mi amiga sonrió y dijo: —Después de la muerte, la conciencia se retira del cuerpo físico.

—Sí, lo sé. Y pasa al etérico, donde permanece un lapso de pocas horas y luego sigue al cuerpo astral. Lo he aprendido de memoria.

—Entonces, actualmente estás como el estudiante de medicina: tienes que practicar, después de estudiar. Aquí estamos ante un enfermo. Estúdalo.

Contemplé al sujeto moribundo. Era un anciano, tal vez muy fatigado de tanto vivir y vi que salía del físico y se desprendía de su envoltura, con un proceso muy curioso.

El hombre estaba acostado de espaldas, lo que salía de él era otro cuerpo sutil y transparente.

El que estaba dormido quedó inmóvil, mientras que, el que salió, se movía lentamente como el ser que se despierta de un sueño placentero y tranquilo. Todo permitía creer que la muerte para este anciano debía ser agradable.

El cuerpo sutil quedó por unos segundos inmóvil y yo no conseguí explicarme el porqué. Mi guía, leyendo mi pensamiento, dijo: —Está reviviendo todos los actos de su vida y va a juzgarse a sí mismo, sin adornos ni engaños.

Momentos después, el viejo se movió, no muy satisfecho de su examen de conciencia, pero parecía conforme. Con lo que no estaba conforme era con su achacoso y enfermo cuerpo. Sintió un profundo e intenso deseo de tener un cuerpo joven, como el que tuvo a la edad de veinte años y poco a poco comenzó a rejuvenecer hasta alcanzar el aspecto que deseaba, con la misma fisonomía y energía de aquella edad.

Tan pronto lo consiguió, el primer deseo que le vino a la mente fue ver a su amada mujer, quien había muerto varios años antes, en un lugar muy lejos del sitio en el que el hombre estaba dejando su cuerpo físico. De inmediato se encontraron y se interpenetraron.

* * *

Aquí conviene repetir y advertir que en este plano se anulan las distancias y es posible que dos seres se relacionen sin interposición de espacio. Es decir que, aunque dos almas no estén en el mismo sitio, pueden relacionarse con la mente y el espíritu como si estuviesen juntas. La telepatía puede darnos la clave del fenómeno. Dos almas pueden comunicarse sin que para ello sea obstáculo la distancia.

Aquél que hasta hacía poco era un anciano, se consoló al reunirse con la mujer querida.

Entonces pregunté a mi guía:

—He leído que en el momento de la muerte, el cuerpo astral queda enlazado con el cadáver por un tenue cordón de materia etérea, pero yo no lo veo en este cuerpo muerto.

—Es porque está todavía unido a su físico. Tiene primero que dormir, para poder separarse definitivamente y después tener libre voluntad de obrar.

Efectivamente, momentos después, el hombre durmió como un niño.

—¿Todos los seres deben dormir después de morir?

—No —respondió mi compañera— los Maestros y discípulos no necesitan de este sueño. Los demás sí, porque se requiere tiempo para adaptarse a la vida en el mundo astral y tener la fuerza suficiente para la nueva vida. ... es un niño, por ahora. en el mundo astral y debe dormir como un niño

recién nacido en el mundo físico.

La propia esposa estaba vigilando su sueño.

—¿Todos tienen el mismo sueño y requieren el mismo tiempo

—No. Cada ser tiene su propio sueño, según la tranquilidad de su propia alma. Pero dejemos a este anciano, por el momento, y veamos a este joven. El no puede dormir tranquilo. Obsérvalo.

Había, efectivamente, un joven que no podía dormir con la tranquilidad necesaria, porque había dejado en el mundo físico una mujer y dos hijos.

—Mira este otro caso.

Era un hombre maduro, del que emanaban intensas nubes de colores repugnantes de odio contra todo el mundo.

—Este, en cambio, también sufre por la inquietud de no haber terminado una tarea y por eso no puede dormir. Su desasosiego le atrae hacia las cosas de la tierra. En ello tendrás una de tus tareas futuras. Escucha bien: muchos de estos seres no pueden dormir tranquilamente y retrasan su evolución en su nueva fase de existencia. Tratan de presentarse visiblemente ante sus deudos y comunicarse con ellos, como lo comprueban las apariciones ectoplasmáticas. Ahora bien: una de tus misiones es la de convencer a estos seres de que no miren hacia atrás. Tú adquiriste, por medio de ciertas prácticas dadas por tus instructores, el don de envolver las almas con la envoltura de paz, de tranquilidad y de convicción. Esta es una de las tareas que se han puesto sobre tus hombros.

—¿Acaso yo tengo tanto poder para realizar ese trabajo?

—No lo sé. Te metiste en camisa de once varas y tendrás que desenvolverte. Por otro lado, ¿acaso no estás tú también protegido y guiado?

—Perdón. Todavía me siento dentro de la carne. Tienes toda la razón.

—Trata de impedir la perturbación de las almas, echando sobre ellas el velo de la paz. Hay que anular el efecto de las lamentaciones y el llanto sobre el muerto que, por ello, rechaza el descanso y trata de volver al cuerpo y al mundo. Mientras estás en sueños, tienes que convertirte en protector o auxiliador invisible, para asistir a todo el que pasa a la otra vida, y ayudar a los que deambulan en la vida corporal, hayan

accidentes o los que han dejado recientemente su cuerpo. Después de la muerte, el hombre siente la influencia de los

sentimientos de sus amigos de manera más fácil que cuando estaba con ellos en la tierra. Muchos, después de muertos, creen que tienen necesidad de trabajar para vivir. Mira a aquel sido «buenos» o «malos» en la tierra; porque todo hombre es Hijo de Dios y, por lo tanto, es tu hermano. Ahora volvamos a nuestro hombre dormido.

Luego ella continuó: —Ya comienza a dar señales de despertar. La memoria subconsciente descubrió sus secretos y él comprende la causa y los efectos de cada suceso de la vida que acaba de pasar. Las acciones de la vida pasada imprimieron en su alma el carácter individual en futuras vidas. El alma después de la muerte del físico o, mejor dicho, el ser, después de abandonar el cuerpo, pasa a la condición de Estado, perdiendo el de Lugar. Así, pues, cuando se emplean las expresiones de: «dormir en la paz del Señor» y «descansar en paz» o «a su amado dará Dios el sueño», etc., en verdad el ser está levantándose a la vida eterna. La frase que enseña que «La muerte es el nivelador universal», es absurda. La muerte del físico no cambia absolutamente el carácter ni la inteligencia de la persona, por consiguiente, aquí hay tanta variedad de grados de inteligencia entre los muertos, como la hay entre los vivos. Como has visto, la muerte no es más que la continuación de la vida en el plano físico, bajo ciertas condiciones diferentes. El quiere abrazar a su mujer con toda su ternura, pero sus brazos no cobijan nada; vuelve a intentarlo, porque no se convence de que ha muerto y no comprende en qué se diferencia el mundo astral del físico. Está consciente y no nota la diferencia entre su actual estado y el estar vivo. Allí están las paredes, las sillas, la cama y más muebles a los que mira igual que antes, y a los que está acostumbrado. Todavía no comienza a examinar y no distingue el rápido movimiento de las partículas que componen y forman los objetos físicos. Ahora mira a este esposo amoroso.

En la calle camina una mujer vestida de luto. El marido, que falleció en un accidente automovilístico hacía un mes, no puede convencerse de que está muerto. El siempre acompañó a su esposa y ahora le habla, quiere detenerla, pero ella no le ve ni oye y sigue su marcha. El trata de tocarla y, como nota que no puede hacer impresión alguna en ella, cree que está soñando, porque a veces, cuando su mujer duerme, le habla como antes.

—En este plano, los deseos y pensamientos se expresan en formas visibles, como has visto, pero no para los que mueren comerciante que se dirige a su negocio; a éste que trata de preparar su comida y a ese otro que

52

quiere continuar la construcción de su casa, fastidiado por tener que pagar tanto alquiler. Así, «cada loco con su tema», actúa la mayoría de la humanidad. Observa a esos obreros. Casi todos están muertos y sin embargo, acuden a su trabajo; entran y salen por la puerta de la fábrica y aún no se dan cuenta de que podrían atravesar la pared con la misma facilidad; caminan sobre el suelo sin percatarse de que podrían flotar y desplazarse enormes distancias en un instante. Yo llamaría a todo esto «Analfabetismo Astral» y por ello necesitan de la ayuda de muchos trabajadores conscientes. Otra tarea puesta sobre tus hombros es el enseñar esto a quienes quieren aceptarlo, para que estén familiarizados, con conciencia, sobre lo que deben hacer. Estos conocimientos son de enorme beneficio para el hombre, después de la muerte. Cuando el alma se desprende del cuerpo astral, ya no tiene forma alguna ni figura. Nadie podría saber cómo es el espíritu sin cuerpo.

—Efectivamente —dije yo—. Mas a veces tuve una chispa o impresión, cuando me excluía del mundo físico y repetía la frase «YO SOY», me sentía «YO», sin forma y sin figura.

Mi guía me contempló por un rato con el espíritu y me dijo:

—Esto es algo magnífico. ¿Cómo no se me ocurrió antes? Es más fácil que la otra forma de trabajo.

Después de una pausa, continuó:

—En el mundo físico, algunos se introducen en los fenómenos psíquicos; sin la debida preparación y sin darse cuenta, se encuentran en los subplanos inferiores del astral. Míralo Por ti mismo.

Se presentó ante nosotros la siguiente escena: un salón enorme repleto de asistentes, unos de pie y otros sentados. En una especie de escenario, se encontraban una hermosa joven y cinco personas delante de ella, a quienes llamaba Médium. La joven reunió en forma de círculo a los sujetos, Pidiéndoles que agacharan un tanto la cabeza y, sin invocación o pase magnético alguno, a los pocos minutos penetra-

ron en ellos ciertos entes. La joven gritó: «¡Hey!» e inmediatamente los cinco se separaron y comenzaron a gesticular y danzar, cada uno de manera diferente, pero todos sin compás o ritmo alguno.

La joven directora de la escena se dirigió al público, predicando que los elevados espíritus curan a los enfermos por medio de los cinco médium. De esta manera, dejó que la gente desfilara ante ellos. Los médium saltaban, bailaban, se inclinaban, gritaban y hacían muecas. Entre ellos estaba una mujer que no levantaba el busto, sino que permanecía siempre inclinada, dando gritos estentóreos. Entre tanto, los pseudo pacientes pasaban ante los médium. Cada uno de éstos tenía su propia manera de curar. Uno los amasaba literalmente; la mujer bailaba y les gritaba «eh eh eh eh»; otro les aplicaba las dos manos sobre la cabeza, siempre bailando y al grito de «eh eh eh eh». Algunos enfermos se sentían aliviados, pese a la inferioridad del fenómeno y de las entidades que ocuparon los cuerpos de los médium.

* * *

Mi guía me dijo: —Ahora vas a asistir a una hecatombe colectiva. Mira ese avión que se precipita al mar.

—¿Están todos condenados a morir ahogados?

—En este caso, lo están, por la Ley de Causa y Efecto. Todos ellos han contribuido anteriormente para ahogar a otros seres, hundiendo barcos o actos parecidos. Tú me dirás que fueron obligados por la Ley de la Guerra, pero la Ley Universal está por encima de todas las leyes. ¿Que ellos obedecieron órdenes superiores? Sí, y quienes les ordenaron están entre ellos en el mismo avión. Anteriormente, ellos ya habían decretado su propia muerte.

—¿Irán todos al mismo plano?

—No. Cada uno despierta en el plano correspondiente a las mejores cualidades de su carácter y allí permanece durante su vida astral. El sacerdote que viaja con ellos, en lugar de predicar la paz, el amor y el Evangelio, optó por el amor maligno. Más adelante deberás visitar los diferentes planos y subplanos del mundo de deseos a donde las almas son atraídas de acuerdo con su aptitud para morar en ellos. Pero el avión ya está cayendo. Vamos a ayudar ... ya hay muchos que están esperando para asistirles... ¡Ya está...!

Un alma enloqueció, por su temor de dejar el mundo, arras-

trada por su apego a la tierra. Otra, la de un almirante de marina de guerra, muy entendido en estratagemas, que había tenido éxitos espectaculares en la masacre de sus enemigos, está siendo presa del espanto y, no obstante, su odio lo domina *corneo* en sus mejores campañas. Deseaba despedazar a los responsables del accidente; que se convirtieran en una flota naval, pero no tiene medios y sus enemigos son ya invencibles. Acuden a él algunos seres bondadosos y tratan de hacerle entender que él no está en guerra. El no quiere saber nada; quiere matar a sus enemigos, como cuando luchaba para ser declarado héroe y obtener la medalla de más alto grado que exista. Todo es inútil. En este momento ya nadie puede ayudarlo. Nuestro amigo el sacerdote se siente rodeado también de seres burlones que se mofan de su santidad patriótica. Quiere librarse de esa pesadilla, por medio de la oración. Llama a Jesús, a María y a todos los santos, sin que alguno de ellos le escuche. La frase «Amaos los unos a los otros» martilla su cabeza. Quiere taparse los oídos para no escuchar las voces que insisten: «Amaos los unos a los otros». Ahora acude al exorcismo, porque cree que son demonios que le atormentan, pero de nada le sirven sus palabras.

Al fin grita: «Perdón, perdón, perdón» y las voces se callan y desaparecen los fantasmas. En su lugar se presentan los actos de su vida... era un alma a la que, por un lado, le atraía la vida espiritual y, por otro, la terrena, habiendo prevalecido el segundo; ahora tiene que seguir el destino trazado por él mismo.

—Mira a este otro.

Se trataba de alguien que obedecía las órdenes, contra su voluntad y con desagrado. Es un ser que siente el amor, pero fue obligado a obedecer. No le atraen las cosas materiales; tiene una esposa y dos hijos. No sufre por ellos, porque están bien asegurados. Está conforme con lo sucedido, no tiene miedo y no espera recompensa o castigo alguno por sus actos.

—Aquí estás frente a un Superhombre— dijo mi compañera.

—¿Podríamos hacer algo por él?

—Ya llega su guía o lo que llaman Ángel de la Guarda.

Antes de terminar la frase, se presentó un ser de luz que se acercó al hombre, lo envolvió con sus rayos luminosos y los dos desaparecieron.

Capítulo Séptimo

séptimo Día

—¿A dónde fueron? —pregunté.

—A ninguna parte, a ningún lugar. Se hallan en un estado de existencia de vibración diferente al nuestro. Por lo tanto el alma nunca está sola. La acompañan los que están en simpatía y armonía de vibración con ella. Está libre de las no compatibles con su tónica. Aquí los infelices y desgraciados son los que permanecen aferrados y adheridos a la vida física de la tierra, que les ha proporcionado goce y placer carnal. Después del sueño, el alma despierta en un mundo de vida y nada más que vida.

Hoy amanecí mal. El médico cambió la fórmula de sus recetas. Nuevas inyecciones, más alimentación y completo reposo. La última prescripción me gustó. Yo quiero y necesito reposo y nada más, para continuar mi aprendizaje.

Tengo la impresión de que mi guía no vendrá durante el día, porque debe saber que va a ser interrumpida. ¡Cuándo llegará la noche, para poder quedarme a solas!

Al fin estoy solo. No tardé en entrar en aquel estado de lasitud y mi amiga guía se presentó. Esta noche la sentí cariñosa y me dijo:

—Escucha, amor. Estoy feliz por ti. Mis guías me elogiaron por haberme ocupado de enseñarte. Yo te debo mucho por nuestra vida anterior, en España, en aquella casa pequeña, a donde llegaste perseguido por defender a los moros y judíos que fueron víctimas de los cristianos que tomaron el poder. Aún hoy tus obras siguen siendo leídas. Cuando fuiste perseguido por orden del rey y la reina, huiste a Argelia, dejándome sola. Los esbirros del rey me torturaron hasta matarme. Siempre te he buscado, porque te quise y te amé como te amo hoy. En el mundo físico fuimos felices y ahora, en el espiritual, lo seremos más todavía. Como ves, basta un fuerte deseo mío o tuyo y estaremos juntos. Desde entonces, no volví a encontrarme contigo en el físico, supongo que fue porque cada uno tenía deberes que cumplir. No obstante, ¿recuerdas a tu Alia?

Me emocioné tanto, que desperté en el físico. Mi despertar me causó una tristeza indescriptible y comencé a invocar mentalmente a aquella mujer, ordenándole y rogándole que me esperase hasta que volviese a dormirme. Desgraciadamente, como nunca antes, el sueño se alejó más y más. Llegué inclusive a pensar en la absurda idea de tomar algún soporífero, pero obviamente, deseché esto de inmediato.

Serenándome, pude recordar las leyes ocultas: es torpe tratar de conseguir algo con precipitación y nerviosidad. Hice

entonces lo que debía. Me calmé y, mediante algunas respiraciones, ordené a la sangre que descendiera de la cabeza y poco a poco, entré en el mundo de Morfeo.

Mi compañera guía estaba esperándome cerca de la cabecera de la cama.

—Amor del alma, ¿Por qué no me revelaste esto desde el principio?

—Porque antes no te dabas cuenta de la magnitud de tus deberes. Ahora que ya estás más adelantado, pude revelártelo sin tener recelo. Ya podemos confundirnos el uno con el otro en la alegría del Amor y seguiremos nuestro trabajo.

—¿Puedes decirme cuándo he de venir definitivamente acá?

—Quien te oyera diría que eres un profano. ¿Qué significa el acá y el allá para el alma? Somos dioses eternos y paseamos a menudo en varios mundos, a veces unidos y otras separados. Ahora, vamos a trabajar para completar tus estudios y prácticas e ir a ayudar a Eva y a Ashtarouth.

—¿Es a mí a quien toca el deber de ayudarlas?

—Sí, amor. Ahora te explico otra ley. Aquí los seres que mucho aman son los que más aprenden y aprovechan, sobre todo si el guía es el mismo amante. Ahora, a trabajar.

* * *

—Las dimensiones aquí, como has visto, no son de espacio, sino de vibraciones. Son de tiempo, pero en una escala diferente a la terrenal. El movimiento en este mundo, por muy rápido que sea, tiene las características de absoluto reposo. En donde termina el más alto plano físico con sus vibraciones, allí comienza el más bajo subplano astral. El mundo físico se mide con dimensiones de espacio, mientras que en el astral se mide con niveles. Así, un viaje por el mundo físico se cuenta por kilómetros, en tanto que, en el mundo astral, se pasa de una tónica inferior a otra superior y viceversa. Este es el plano astral y en él hay innumerables subplanos que se pueden recorrer solamente por grados de vibraciones. De esta manera, el alma pasa de un estado de vibración a otro, lo que suele llamarse pasar de un plano a otro. Ya sabes que en el estado astral existen muchos estados o condiciones de existencia, que debes recorrer o, mejor dicho, experimentar uno por uno, para poder ayudar en todos los planos. Para estudiar medicina, se emplean siete años y, para trabajar perfectamente en el astral, tienes que aprender las siete tónicas y vibrar con

ellas. Cada etapa de vibración astral atrae a los seres o almas para que residan en ella. No hay casualidad en el m e c a n i s m o de la ley. Este opera con precisión y cada alma o ser, al abandonar el físico, queda en el grado de su evolución. Nadie puede pasar a un grado superior a aquél en que se encuentra, si no tiene los merecimientos apropiados. Aquí no hay soborno al profesor o al juez, para que sea promovido o se le perdone un delito. Los de arriba pueden descender; es decir, quienes tienen vibraciones superiores pueden atenuar la frecuencia y bajar; pero a los de abajo les es imposible subir.

—¿En qué plano estamos ahora nosotros?—pregunté.

—Apenas en el quinto —respondió.

—¿Podríamos tal vez vibrar con una frecuencia un poco mayor, para fisgonear en el sexto?

—Al dedicarte a la obra podrías vibrar con más afinidad y saborear el sexto. En el mundo físico existen categorías y aquí también se las necesita. Los de arriba pueden bajar, pero los de abajo no pueden subir, porque de otra manera, los planos superiores estarían expuestos a las perturbaciones e influencias de quienes moran en los niveles inferiores. También el plano astral tiene sus barrios bajos y rufianes, como las ciudades del plano físico. Voluntariamente se trasladan los seres de vibración superior a un plano inferior, para ayudar a sus seres queridos, como la madre, por ejemplo, y auxiliarles con sus consejos e instrucciones. Queda claro, entonces, que aquí, en el mundo de deseos o astral, hay muchos planos y subplanos; cada subplano está habitado por almas afines con su índole. Mira aquí, por ejemplo, en este subplano moran los seres sumidos en bestial materialidad. Es un infierno insufrible para las almas evolucionadas. Baja ahora y trata de aconsejarles a sus moradores y convénceles sobre su error.

Acto seguido, estuve con ellos. Muchos me miraban con desdén y otros con satisfacción. Me acerqué a uno que estaba triste y solitario y de inmediato oí las protestas y gritos de los demás, que decían: «Aléjate de ese renegado. No pierdas tiempo con él». Ignoré esas voces y me dirigí al sujeto que, con llanto y arrepentimiento, quiere pagar de una vez su culpa. Para no vivir aquella insoportable vida. Le pregunté:

—¿Estás tratando de pasar a un plano superior?

—No —respondió—. Quiero volver a la tierra para rarme y limpiar mi alma.

—Ven —le respondí— por ese camino ya estarás a salvo. Me sorprendió a mí mismo el que tan escuetas palabras me dieran la sensación de haber cumplido con la tarea encomendada y haber resuelto un problema que había angustiado a alguien por mucho tiempo. Tuve la impresión de que no necesitaba agregar una sílaba más. Corrió si hubiese mirado mi sentimiento, mi amiga intervino:

—Todo está bien. Ya viene el que se encargará de él.

En ese instante, acudió una mujer y se lo llevó. Con curiosidad, pregunté a mi guía:

—Dime, Alia, ¿todos los protectores aquí son mujeres?

—No, amor. Los hombres trabajan también, pero esta mujer fue su esposa y, a pesar de los maltratos que le daba, ella sigue amándolo. De esa manera, el amor de ella lo salvará. Son los protectores invisibles los que la escogieron para la tarea.

—¿Y por qué no la mandaron a ella directamente para salvarlo?

—Porque ella no sabe manejar sus vibraciones en el mundo astral y aquí podemos repetir las palabras del Cristo: «Las mieses son muchas y muy pocos sus segadores». No todos saben manejarse en este mundo. Ya lo sabes: de hoy en adelante tendrás que descender siempre al infierno, para auxiliar a algunas almas y así ganar el derecho de ascender al sexto plano y luego al séptimo, si tu trabajo físico y mental se mantienen desinteresados. No obstante, es bueno saber que existen algunos que prefieren seguir su evolución en el mismo estado, hasta pagar todas sus deudas durante su permanencia aquí. Mira a éstos que no quieren desprenderse de su naturaleza pasional y emocional. Esto es lo que se llama Limbo.

—Pero esto es una Babel, como decimos en el mundo físico.

—Efectivamente —respondió mi guía—, aquí se encuentran muchos tipos y formas de cosas vivientes; tan diferentes unas de otras, como se diferencian el perro del hombre. Este es el mundo del deseo. Muchos de los de aquí, por su naturaleza animal, no quieren desprenderse del cuerpo astral o de deseos y éste se desintegra en pedazos, como se dice vulgarmente.

—Y estos otros, ¿por qué tienen tanto miedo?

—Estudíalos por ti mismo.

—Ahora veo que están rodeados de demonios y por eso es que están aterrados.

Bien. Ellos han creído en la existencia de demonios verdaderos y su mente fabricó estas repugnantes formas durante siglos. Sus mismas criaturas ahora atormentan a sus creadores, a los que causarán un agudo sufrimiento, por largo tiempo. Aquí te toca trabajar mucho. ¿Quieres comenzar ahora?

—¿Qué debo hacer?

—Trata de eliminar sus visiones. Algunos de ellos se darán cuenta de la ilusión inexistente; luego, hazles comprender su error.

En aquel instante, sentí que estaba entre ellos. Comencé a emanar una energía luminosa, producto de la evocación. El lugar se puso claro e iluminado. Me miraron admirados y en cierta forma alegres. Entre otras cosas, les dije en voz alta, más o menos las siguientes palabras: —Quitad de vuestras mentes la idea del demonio y seréis salvados. Mirad que ya no existe aquí ninguno de ellos. Sois vosotros mismos los fabricantes de tan repugnantes ideas. Vuestro Padre en el Cielo os espera. Ningún demonio puede sobrevivir al pensamiento del Amor. El Padre Divino os ama demasiado tiernamente, como para que pueda desear vuestro sufrimiento. Amad al Padre y amaos los unos a los otros. Así, ningún demonio podrá entrar donde el Amor existe.

Me extrañaba sentir que expresiones tan sencillas y hasta conocidas, me parecieran de gran elocuencia, pero mi admiración fue mayor, cuando vi que muchos de ellos se habían aferrado a mis palabras. Los demás me miraron con malos ojos y desconfianza.

Desgraciadamente, en el plano astral como en el físico, los ignorantes, en vez de aprovechar el consejo, atacan a quien les da luces. Oí gritos infernales que me tachaban de hereje, apóstata, masón, renegado, etcétera. Ante tanta agresividad, tuve que huir, digámoslo así, y me dirigí a mi guía:

—Aquí también insultan con todas las palabras del vocabulario.

Ella rió y me dijo: —Siempre los jefes se creen con derecho a insultar a todo el mundo.

—¿Qué jefes son éstos?—le pregunté.

—No te hagas el ingenuo. Tú los conociste muy bien. a otra vibración.

—¿Cuánto tiempo dura la vida en este mundo o etapa astral?

—Depende de la cualidad del cuerpo astral que el hombre se fabrica. Las pasiones, las emociones, los deseos y sus pensamientos determinan la forma. Un cuerpo astral grosero es la fabricación exclusiva de su propio dueño, pero también queda atado al plano astral mucho tiempo, siguiendo el lento proceso de su desintegración. El esclavo de sus pasiones dará una larga vida al cuerpo de deseos y éste persistirá largo tiempo después de la muerte. Cuando un ser ha dominado durante la vida sus deseos inferiores, sometiéndose a la naturaleza superior, su cuerpo de deseos contará con poca energía y se desintegrará rápidamente. Mira esto.

Ví un hombre que se desprendió del cuerpo físico, luego, en seguida, del cuerpo anímico y, por fin, se detuvo un lapso y se desvistió del cuerpo astral y desapareció.

—Este es un discípulo adelantado. No sintió atracción alguna hacia estos planos, porque había subyugado sus pasiones terrenas durante la vida física. Queda poca energía de bajo deseo para gastar en el plano astral. Este es uno de los bienaventurados del Evangelio, que se dirige al Primer Cielo o Plano Mental.

—¿Cuándo llegaremos allá nosotros? —pregunté.

—En la casa de mi Padre hay muchos lugares —dijo mi guía.

—Supongo que no serán muchos los seres que permanecen aquí por mucho tiempo —dije.

—Al contrario. Muy pocos son los que salen rápidamente de aquí. Son aquéllos que progresaron por el sacrificio y el amor desinteresado hacia terceros. Los demás cuentan por años, muchos años, su permanencia. Aquí pueden todos quedarse a voluntad. Nadie les obliga a subir o a bajar. Mira a aquel hombre. Me han informado que vive aquí desde hace tres siglos terrestres y ha estado muy satisfecho. Mira su cuerpo astral tan remendado y agujereado y sin embargo, él continúa impertérrito. No obstante, algún descontento de su estado le ha sobrevenido últimamente y parece que ya está pensando en cambiar de residencia. Mientras el hombre no se dé cuenta de la necesidad de deshacerse de los malos

deseos y no haga el esfuerzo de regenerarse, no dará un paso hacia la perfección ni hacia el cambio de su estado. A esta clase de seres se los puede ayudar mucho, porque ellos ignoran su verdadera situación. Acércate a este viejo y ve lo que puedes hacer por él.

—Hola, amigo, ¿Qué haces aquí?

—Nada.

—¿Estás feliz?

—No sé.

—¿Recuerdas tu vida pasada? Entonces eras feliz.

—Al menos era mejor que ahora.

—Seguro. Aquello era la vida, la felicidad. ¿Por qué no tratas de volver a ella?

—Qué le sucede a usted. ¿Está burlándose de mí?

—No, hombre, no. Le estoy hablando de veras. Vamos a la Tierra, al paraíso.

—No puedo. Estoy amarrado aquí.

—Te digo que podemos irnos. Deja esa ropa vieja y dame la mano que yo te llevaré.

El anciano obedeció sumiso, pero miró a las formas de sus propios deseos con mucha ternura y cariño.

—Vamos. Allá vas a encontrar cosas mejores y algún día te haré una visita. Me tratarás bien, ¿no es así?

El viejo rió y emanó luces de felicidad. Poco después se hizo presente un ser que se encargó de él y los dos desaparecieron.

—Me parece que se fue muy agradecido.

Mi guía se rió a gusto y dijo:

—Hijo mío. Aquí es como allá. La ingratitud está en el mundo astral, tanto como en el físico. Ahora, ya se acerca el momento de despertarte. Debes trabajar únicamente en la noche venidera. Yo no podré verte antes. Tengo otros trabajos a mi cargo. No obstante, de hoy en adelante, cada vez que quieras verme, vibra en esta tonalidad, llámame mentalmente y estaremos juntos. Pero, si estoy ocupada tú deberás ayudarme... bésame con los ojos. Hasta pronto, como se dice en la Tierra

—Hasta pronto, mi bello amor —le respondí.

Al abrir los ojos, el reloj marcaba las cinco y media.

Capítulo Octavo

El Octavo Día

Pasé un día normal. Tenía unas décimas de temperatura, pero me sentía mejor. Al menos estaba más alegre que de costumbre. Ahora ya puedo trabajar en los dos mundos. Algunos parientes preguntaron por mí y se les dijo que pronto iría a verlos.

Estaba ansioso de que llegase la noche, para reanudar mis trabajos y mi aprendizaje.

Esta noche estaré solo. Voy a ver a mi madre, a mi amada madre, a mi padre, a mi hermano y a otros conocidos.

¡Cuan lentas pasan las horas para quien espera!

Por fin llegó la hora anhelada. Se cerró la puerta y yo me entregué a la lasitud que precede al sueño. Y...

—¡Mamá! ¡Amor mío!

—¡Hijo de mi alma!

Nuestras auras se confundieron la una con la otra.

—¿Cómo estás, mamá?

—Yo estoy muy feliz. Todos mis compañeros y compañeras me quieren mucho. Aquí estamos dedicados a la oración. Siempre visito a tus hermanas y a ti y me siento feliz al verlos a todos bien.

—Mamá, yo estoy físicamente enfermo y quién sabe si no vendré pronto acá.

—No, amor mío, no. No pienses en eso por ahora. Pero me preocupa el verte alejado de la religión y que no practiques los deberes religiosos como antes. Eso no está bien, querido mío. Aquí yo me confieso cada vez que lo necesito y busco al sacerdote, que siempre me está esperando.

—Pero mamá: ¿qué pecado puedes cometer aquí para que tengas algo que confesar? Ya tu hijo Jorge no te molesta como lo hacía cuando estabas en la Tierra. Mis hermanas Re y Ñas siempre rezan por ti; nuestra otra hermana no reza, porque el sufrimiento para ella es la mejor oración.

—¡Ay! No sabes cuánto me hacen sufrir tu padre y tu hermano. No quieren escuchar ningún consejo; viven lejos de mí. No tenemos esa... cómo se llama...

—Afinidad.
—Sí, sí. Afinidad.
—Aquí, amada mamá, todos somos hijos de Dios y no hay ni padre, ni madre, ni esposo. Cada cual trabaja para aliviar el dolor ajeno, para que se calmen sus propios dolores. Deja de estar pendiente de tus hijos y ocúpate de cambiar tu situación.
—Por qué, si así estoy muy bien.
—Ya sé. Pero estarás más feliz en otro lugar y con otro trabajo.
—Ya me han dicho varias veces esto, pero no les he creído. No me parece necesario.
—Debes creerlo, amor mío. Mira. Voy a llevarte a otro «lugar», donde aprenderás muchas cosas y verás cómo pasarás mejor tu tiempo.
—¿Podré volver acá?
—Naturalmente, cuando gustes.
Momentos después, nos encontramos ante un niño abandonado y agonizante. Yo me detuve ante el moribundo y mi mamá corrió a él diciendo:
—¡Pobrecito! Cómo te abandonaron.
En aquel instante, mi madre radiaba con luz de ternura por aquella criatura desvalida.
—Yo voy a ocuparme de él —dijo.
—Ya vendrán a recogerlo. Pero dime: ¿te gustaría trabajar así y ayudar a estos pobres niños abandonados?
—¡Qué madres tan desalmadas! ¿Cómo se les ocurre abandonar así al hijo de su corazón?
Yo reí y le dije:
—No, mamá. No es el hijo del corazón. Es el hijo de la pasión.
Ella me miró y dijo con aquella sencillez de los seres puros:
—¡A qué tiempos hemos llegado!
En aquel momento, se presentó una mujer que irradiaba luz, miró a mi madre con dulzura y le dijo:
—¿Quieres trabajar con nosotros?
—Sí —respondió mi madre, sin titubear.
—Vamos.
Mi madre se despidió de mí con un gesto alegre, lleno de ternura y desapareció junto con la recién llegada.
—Ahora, vamos a ver al viejo —me dije.

Mi viejo estaba rodeado de mucha gente y les contaba de su pericia en la cacería. Efectivamente, mi padre fue un afamado cazador. En ese instante, les narraba cómo mató al tigre, primero de un disparo de escopeta dirigido al centro entre los ojos y cómo después trató de cargar la escopeta con un pedazo de plomo, para darle el tiro final.

Lo que más me sorprendió fue que mi padre, al describir la escena, la reproducía en imagen ante los demás, con tal realismo, como si estuviera sucediendo en ese instante o si presenciáramos una película en tres dimensiones.

—¡Papá!

—El me miró y gritó:

—¡Jerges! (así solía llamarme él) ¡Has venido ya a reunirte con nosotros!

—No, papá. Sólo estoy de visita.

—¡Cómo! ¿Estás burlándote de mí? —

No, mi viejo lindo. Es la pura verdad.

—¿Es que han descubierto alguna manera de llegar acá antes de morir?

Yo simplemente me reí y le dije: —Más o menos, algo por el estilo. Pero dime: ¿Cómo estás? ¿Eres feliz?

—Más menos, también. Podría decirte que sólo tu hermano me molesta mucho y...

Quiso mi papá relatarme, como lo hacía en vida, los actos reprochables que tenía mi hermano para con él, pero yo corté el hilo de la conversación y le pregunté:

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Viviendo.

—Así que vives sin ninguna ocupación o actividad. Papá: tú eres un miembro de la humanidad y debes hacer algo para ayudar a los demás. Toda tu vida fuiste vigilante del orden y defensor del débil. ¿Qué te sucede ahora, que te has dedicado a contar tus proezas de cuando estabas vivo? ¿No has encontrado nada mejor en qué pensar?

Meditó por un instante y respondió:

—Tienes razón: «Ya, Jerges», voy a pensarlo.

—No hay nada en qué pensar. Vamos a trabajar ahora mismo.

—Quisiera llevar a Salim (mi hermano mayor) conmigo.

—¿Y dónde está Salim?

—No sé. A veces viene, a veces se va. No sé en qué esta metido.

-Debe tener algún trabajo y estará ocupado. Vamos ya. En esto se presentó un ser que me dijo: —Yo me encargaré de él, puesto que ya quiere trabajar. Y los dos desaparecieron.

* * *

Ahora, ¿A quién debo ver? Y ¿Por qué esta pregunta, si desde tiempo atrás tenía trazado el plan?

* * *

—Eva. ¡Mi querida Eva!

—Jerges, mi amado de siempre. Cuan feliz estoy de verte y sentirte.

Parece que ella sintió mi emoción y continuó:

—¡Cuántas veces estuve a tu lado! A veces me sentías y otras no. Siempre te busqué cuando dormías, pero últimamente ya no me has prestado atención como antes, no sé por qué. No, amor, yo sé. Tú estás trabajando mucho y el trabajo no te da tiempo para atender a tu amada Eva de otros tiempos.

—No seas ingrata. Tú estás grabada en cada célula de mi sangre.

—Gracias, mi amor. Yo te debo mucho. Cuantas veces quise volver atrás, tú me enviabas tu amor y me ordenabas seguir adelante. Sí. Ahora sé lo que significa tu actitud. Después de progresar en el viaje, me he dado cuenta de que el ser que viene acá, no debe dejar su corazón en la Tierra, si es que quiere adelantar en su tarea espiritual. Todos me detenían y retrasaban. Sólo tú me empujaste y sentí que debía obedecerte. En todas partes, el alma tiene su tarea y sólo puede tener un único amor.

—Yo he tenido tres amores, Eva.

—Sí, pero tu corazón es un manantial de entrega de amor, mientras que sólo has recibido sufrimiento.

—También sabías eso.

—Todo sé de lo que te atañe. Pero mi amor será siempre como te dije en vida: «Será como un lago profundo y quieto». Así ha sido y debió ser, como tu primer amor que fui.

—Yo le he contado esto a todo el mundo.

—Y yo lo he leído cuando lo escribiste. Cuan agradecida estoy, mi amor, por lo que has dicho y por lo que has hecho Por mí.

—¿En qué te ocupas aquí? —pregunté.
—En ayudar a los amantes que mueren antes de satisfacer sus anhelos y a aquéllos que abandonaron repentinamente a sus esposos y no pueden ni quieren consolarse.
—¡Qué grandioso es tu trabajo!
—Te lo debo a ti.
—¡Me haces tan feliz!
—Yo lo soy más todavía. Bien. Ahora debo marcharme a recibir órdenes. Piensa en mí e iré a tu lado para consolarte en tus sufrimientos.
—Yo no sufro, Eva.
—¡Ah, ah, ah! El mayor sufrimiento tuyo fui yo, si me permites la corrección.
—En una ocasión yo escribí unos versos que dicen así: «Aunque el tiempo pasó y somos viejos,/siempre al pasado echamos la mirada».
—Es la pura verdad; pero algún día haremos un futuro del pasado.
—Hasta otro momento, amor mío.
—Hasta cada minuto, hasta siempre.

—Ashtarouth, ¿Dónde estás? —Aquí estoy.
Estoy esperándote, amor mío.
—¿Cómo?
—Estoy más cerca de ti que tu sombra.
—¿Qué? ¿No estás ocupada en nada?
—No te preocupes. Mis amigos, los drusos, me dan tanto que hacer como no puedes imaginarte. Pero de cualquier manera, estoy siempre contigo.
—No comprendo muy bien. ¿En qué estás ocupada?
—Aristóteles me enseñó cómo debo recibir a los muertos y cómo debo tratarlos.
—Entonces estás bajo la dirección del Hierofante.
—¡Y cómo te quiere y te ayuda!
—Yo sé, yo sé.
—Es tan bondadoso que cada vez que tengo un pesar, él acude en mi ayuda. Yo le hablé de mi amor por ti y él se sonrió y dijo: «Amalo mucho y su amor te elevará». Por eso puedo decirte que cada átomo de mí ser vibra por tu amor. Trabajo por tu amor, amo por tu amor, vivo por tu amor...
Ashtarouth no ha cambiado: vive por el amor y muere por

el amor. Aquel amor de la joven atrajo la atención del gran Hierofante y él la ocupó en esa formidable y difícil tarea. «Qué grandiosa es Ashtarouth».

Ella me vio pensar y dijo.

—Eso te lo debo a ti, mi Dios.

—¡Volvemos a lo mismo de antes!

—Y hasta la eternidad. ¿Acaso Dios no está en ti y tú en El?

—¡Ah! Has sentido lo que dije en mi obra «Yo Soy».

—Todo lo que haces es mío, pero yo soy tuya.

—Tú perteneces a la Obra.

—Y tú también, pero yo soy tu obra y tú eres mi Dios.

—¿Qué diría el Hierofante, si te oyera decir eso?

—¿Acaso él no me oyó? El se ríe con bondad y ayer me dijo que «En recompensa de ese amor, iba a tener una larga entrevista amorosa contigo». Escucha, amor mío. En estos planos hablamos del amor con toda libertad y emoción, no como lo hacíamos en la Tierra. Aristóteles me dijo: «Tu amor te salva» y eres tú quien me enseñó a amar. En la Tierra quería ofrecerte mucho dinero, porque me amaste y me enseñaste a amar. Aquí no puedo ni debo ofrecerte sino el mismo amor.

—Seguramente tienes mucho trabajo en tus tareas.

—Efectivamente, pero soy feliz y es a ti a quien debo esta felicidad pasada, presente y futura.

—Cuéntame algo sobre tu trabajo aquí.

—Tú sabes bien que cada pueblo encuentra en este plano el cielo prometido por sus creencias religiosas. Hay unos que creen que el Cielo es una ciudad hermosa, con calles pavimentadas de oro y ríos de leche y miel y mujeres hermosísimas. Los míos tienen un concepto del Cielo, como lo tienen los cristianos, mahometanos, judíos, etc. El Cielo es una construcción de la mente humana. Ahora bien: si se le dice a cualquier ser, de cualquier religión, que el cielo es amor, no va a entender nada y, con certeza, va a creer que la palabra amor significa tener varias mujeres hermosas a su disposición. Todos, o mejor dicho, la mayoría de los hombres en la Tierra tienen el concepto del Cielo como lo tiene el salvaje, para quien el Cielo es el palacio de un rey *con* todos los adelantos y adornos de la civilización moderna; pero, como tú lo sabes bien, «Aquí las formas e imágenes mentales son las que dominan la mente humana». Cada alma lleva en sí su propio escenario en su

imaginación. Y por tanto, todas las almas de una religión tienen las mismas ideas, conceptos, gustos, creencias e ideales y es por tal motivo que habitan en un mismo plano o estado y tienen el mismo escenario y los rodea el mismo ambiente.

—Ashtarouth, ¡eres maravillosa! \

—Es mi amor por ti, Adonis, que abrió mis ojos.

—Bendita seas, por la felicidad que me proporcionas.

—Bendito eres tú. Además, como te consta, aquí la transmisión del pensamiento es el lenguaje universal; es más claro que el hablado. Las ondas mentales de cada ser afectan a los demás que vibran con la misma tonalidad y son comprendidas como resultado de la combinación de las imágenes mentales de quienes las piensan. Como sabes, todo lo que el hombre desea sólo existe en su imaginación. Ahora te pregunto: ¿Qué desean los cristianos, los mahometanos, los drusos? A decir verdad, todos tienen las mismas niñerías. Unos desean palacios en el cielo, con jardines y fuentes; otros, el rango de reyes y príncipes. Tienen una concepción del Cielo exactamente igual a la que les provee la enseñanza religiosa en la Tierra, es decir, en la vida física. En consecuencia, aquí soy drusa y tengo que presentarme así para poder inculcar en las mentes de los míos, el concepto de Cielo y el sentimiento del amor, que es el verdadero camino al Cielo, pero el Cielo verdadero, el del Amor. ¿Estás satisfecho, mi amor, con la explicación de mi trabajo?

«Dios mío» —pensé— «¿Esta es Ashtarouth?»

—Sí, amor de mi alma. Y todo te lo debo a ti y a tus libros.

—¿Cómo puedo agradecerte por la lección que acabas de darme?

—Ámame, para que pueda seguir más adelante.

Y al decir esto, se confundió conmigo y yo sentí tanta alegría que me desperté.

* * *

Miré el reloj fosforescente que estaba en el velador y recién eran las dos de la mañana. Me sentí feliz por la posibilidad de dormir un poco más y así continuar mis sueños. No tardé en dormirme. Nuevamente estuve en aquel estado.

—Quiero estar otra vez contigo.

—El poder de mi amor te atrajo de nuevo hacia mí.

—Quiero que me enseñes cómo trabajas.



—Ven, amor de mi vida. Yo puedo guiarte en mi sección. No sé si corresponde la palabra sección. Mira, por ejemplo, este individuo no tiene sino dos horas de haber llegado acá, según los relojes de allá, y cree que ya ha pasado aquí una eternidad, sufriendo hambre y sed. Era un glotón, como se lo llama allá.

—Sí. De hecho, la mente fabricó la condenación eterna, ya que aquí no se mide el tiempo.

—Varias veces intenté hablarle, pero jamás ha querido entender. Cuando vienen con un vicio, no pueden comprender el contenido de un consejo, sino después de sufrir mucho. Un hombre de poca fuerza de voluntad en cuanto al físico, es el mismo en el mundo astral, mientras que el decidido puede vivir su vida a pesar de las condiciones, porque por lo general, el hombre no se desprende de sus malas tendencias aquí, a no ser que trabaje para ello con mucho ahínco. Ese es el infierno de esta criatura: sufre a causa de su incapacidad para satisfacer las ansias que alimentó en su cuerpo físico. Con el tiempo, estos deseos se agotan, debido a la imposibilidad de satisfacerlos. Nadie le había enseñado en vida sobre las condiciones del alma después de la muerte. Ahora, muy poco se puede hacer por él. Sin embargo, lo intentaremos.

Entonces me presenté ante él y le lancé una onda de luz azul. El hombre se calmó y preguntó:

—¿Quién eres?

—Eso no importa ahora. En cambio, debes sacar de tu mente esa idea tonta. Aquí no hay arak (anisado oriental) y no lo podrás conseguir. Si no dejas ese vicio, vas a tener los sufrimientos que tu padre tuvo con el cáncer al estómago. ¿Te acuerdas?

—Sí, sí.

—Pues debes saberlo: tú vas a morir con cáncer.

El hombre se aterró y entre llantos y gritos, prometió:

—No, no. No tomaré más. No quiero morir con cáncer.

Mi compañera me dijo, sorprendida: —Amor mío: sé que para cada caso hay un remedio, pero ¿cómo supiste de la enfermedad del padre?

—Yo estaba oyéndole pensar y, por esta vez, dio resultado la amenaza.

—Todo hombre que entra aquí trae consigo sus temores de aquello que le asustaba en vida. Mira a aquél que está allá. Es el típico ser indolente e indiferente. Su cuerpo no tiene

color y encuentra su vida aquí, aburrida, sin interés alguno. Aquí hay seres que sufren horriblemente. Mira a éstos. Son los sensuales de baja índole. Ellos retienen sus ansias y deseos y los sienten más fuertes de lo que jamás antes los sintieron. Se hallan muy cerca del físico, a fin de excitar sus locos deseos, pero como carecen de un cuerpo, no tienen posibilidad de apagar el fuego sensual del infierno y su terrible sed. El gran consuelo que puede tener esta gente es que, en una vida futura, serán de los más puros. Aunque existe alguno que otro que se apodera de vehículos a su alcance y satisface sus bajos deseos, o, en ciertos casos, son presa de obsesiones. El alcohol, el tabaco, la morfina y demás fortalecen por un tiempo el cuerpo de deseo de esta gente.

—En lo que se refiere a los tuyos, tienes razón: los adelantados, entre los drusos, no fuman.

—Amor. Te agradezco por estas enseñanzas. Yo las emplearé con mi gente. Pero te aseguro que desde hoy en adelante, voy a seguir tu lema: «Mi religión es el Amor y la Verdad! Mi patria es el Universo. Piensa en mí...»

Capítulo Noveno

Noveno Día

Hoy estaba igual que ayer —según el concepto del médico— por lo cual, para fortalecerme aumentó una inyección de vitaminas. Se fue después de dar su consolador fallo: está fuera de peligro.

Vinieron a visitarme algunos parientes y amigos. El día no me pareció tan largo como los anteriores.

Al fin cayó la noche. Antes me quejaba de cuan larga era la noche. En estos momentos, me quejo por lo interminable de los días.

—Aquí estoy, querido. ¿Qué tal te fue?

—Muy bien.

—Entonces, a trabajar. Mira, éste es un ser que vive ambicionando muchas cosas; sus pensamientos formulan planes. pero cuando quiere disfrutar de sus beneficios, se alejan de él y lo que aumenta es su sed de dinero y de bienes materiales.

—Este es el caso de Sísifo, —dije— condenado a empujar una enorme piedra hacia la cumbre de la montaña mas, cuando se hallaba muy cerca de coronarla, la piedra rodaba hacia el valle.

—Es una buena comparación. Estos seres han tenido una vida disipada, llena de satisfacciones egoístas, trivialidad y murmuración. Ansian cosas que no pueden conseguir, porque aquí no hay negocios. El hombre, en vida, construye su propio infierno y su propio purgatorio. El infierno no existe sino en la imaginación de los teólogos y, ni el purgatorio ni el cielo pueden ser eternos. A veces la víctima persigue a su asesino, sin que éste pueda jamás escapar de tal persecución.

—No obstante, veo aquí mucha gente feliz.

—Sí, porque gozan de una deliciosa libertad. Nada les preocupa, pues el muerto es mucho más libre que quien vive dentro de su cuerpo físico.

—El mundo astral, ¿es tan poblado como el mundo físico?

—No. Puedo darte una idea diciéndote que los muertos visitantes son una tercera parte, más o menos. La gran mayoría

permanece cerca de los cuerpos, en la superficie de la Tierra. En este mundo no es necesario trabajar para comer, como tú comprenderás. El que quiere puede perfeccionarse en el arte que guste. El artista tiene a su disposición todas las bellezas. El hombre puede viajar con gran rapidez y contemplar las maravillas de la naturaleza, con más nitidez que con el cuerpo físico. ¿Quieres saber cómo el compositor crea su música? Mira.

Un joven se encontraba sentado al piano, con un lápiz en la mano y un papel delante de él. Escuchaba una armonía, la repetía en el piano y luego la escribía.

—Así es como se inspiran los artistas y los hombres de ciencia—continuó ella— y cualquiera aquí puede emprender un estudio y adquirir ideas completamente nuevas. En cuanto a ti, puedes reformar tus conocimientos sobre la vida después de la muerte, para llegar a la idea exacta.

—¿Y qué pueden hacer aquí los «sabelotodo» de allá?

—Tú, mi amor, no fuiste escogido por los de allá. Tú has venido para completar tus estudios y prácticas, con el fin de trabajar y enmendar ciertas ideas lanzadas probablemente sin mucha meditación. Aquí aprenderás con más rapidez que en el mundo físico. Durante varios años, tú has dedicado tus pensamientos y energía a actividades espirituales y adquiriste una mente con fuerza suficiente para captar una amplia posibilidad de una vida algo más elevada. Por eso tienes que progresar mucho, para servir en tiempos venideros. Ten en cuenta que la vida aquí es más activa que en el mundo físico. Hay muchos placeres y son más intensos, si bien las delicias de aquí no son peligrosas para el ser que percibió la superioridad de servir. Después de la muerte, el hombre adelantado será más activo en el astral que en el físico. Aquí también se crea mayor responsabilidad que en el mundo físico. Así, las acciones y pensamientos realizados pueden producir frutos o efectos también en la vida futura.

—Quisiera que me enseñaras, mi amor, cómo se pueden bajar o subir las vibraciones en este mundo, para poder actuar a voluntad.

—Yo pensaba dejar eso para el final, pero, ya que me lo pides, te lo voy a enseñar. Aquí trabaja, ante todo, la mente. ¿Recuerdas la casa donde naciste?

—Sí, la recuerdo.

—Pues piensa intensamente en ella.

—Ya, ya la veo. Ya estoy en ella.
—Bien. Ahora piensa intensamente en un ser querido.
—Ya. Ya lo estoy viendo.
—Piensa ahora en un ser querido, pero fallecido.
—Ya está.
—Mira el color del plano: mide sus vibraciones, mediante tu sensibilidad.
—Ahora entiendo. Para ver a un ser, hay que pensar y desear intensamente; y para saber en qué plano se halla, es necesario sentir sus vibraciones.
—Está bien: pero después tienes que visitar los subplanos inferiores. ¿Cómo debes efectuarlo? En el nivel físico, cuando sueñas en algo que te aterriza, tú te despiertas al momento; pero si te encontrases en el astral ¿qué harías?
Me quedé pensativo un rato, en silencio, sin saber qué responder.
—No sé —dije, finalmente.
—El amor. El amor es tu única salvación, tu única arma, tu único refugio. Tú has escrito «Yo Soy». Allí has dado todas las reglas; pero no has practicado suficientemente, ni en todo momento. Contra el amor no existe arma valedera o *capaz*. Con el amor puedes bajar, permanecer, salir y subir. (No sé si estas palabras son adecuadas para lo que pretendo decir). Con la vibración del amor y de la ayuda, el camino o el plano y todos los planos están expeditos y francos para el ser que ama.
—¿Puedo visitar los subplanos del mundo de los deseos?
—No sólo puedes hacerlo, sino que, por obligación, deberás trabajar en todos ellos, antes de tener la recompensa de visitar el cielo o el plano mental.
—¿Qué debo hacer?
—Amar.
—¿Cómo?
—Tú has escrito: «Hay que amar sin deseo y adorar sin profanación». ¿Voy yo, acaso, a enseñarte a amar? Pues, ¿cómo es que puedes escribir algo y no practicarlo? Perdóname, amor, pero tú sabes mucho de amor, aunque por el momento no te das cuenta de ello. ¿Recuerdas aquella vieja y sucia mujer a quien despertaste del letargo de la muerte? ¿Te acuerdas de cómo la abrazaste, a pesar de su fetidez, olvidándote de ti mismo y comenzaste a transmitirle e infundir en ella tu propia energía? Pues ése es el verdadero amor divino que se exige aquí:

exactamente «Amar sin deseo y adorar sin profanación». Ya ves que tú has practicado algo de este amor desinteresado y divino. Ahora bien, para llegar al séptimo plano sin recibir daño alguno, tienes que amar sin esperar recompensa de cualquier naturaleza que ella sea. ¿Me entiendes ahora?

—Más o menos. Ojalá tenga el amor suficiente para poder visitar aquella región.

—Estoy segura de ello. No tengas miedo: tú sabes amar y tú sabes sacrificarte. Yo te acompañaré cuando sea la hora.

Luego de permanecer en silencio un momento, prosiguió: —Aquí la gente de la misma raza y la misma religión se buscan, agrupan y viven juntos, formando así comunidades distintas y diferentes entre sí, exactamente como ocurre en la Tierra respecto del nacionalismo y los idiomas.

—¿Aquí también hay discriminación y separación religiosa? —pregunté.

—Y de las más fanáticos. ¿Podrías creer que, muchas veces, el padre o la madre visitan a los vivos, para que su hijo se case con tal o cual mujer e insisten para que se efectúe el matrimonio? Muchos se tornan en ángeles guardianes de los que viven y así es como los padres protegen a sus hijos, los esposos a sus esposas, etcétera. También de aquí brota la inspiración, como la llaman en la Tierra. Mira cómo ese escritor inculca sus ideas en el joven de allá, en el mundo físico. Ahora ya puedes saber que la mayoría de tus obras son y fueron inspiradas desde aquí. Tú, al principio, te negaste a firmar tus obras, porque sentiste intuitivamente que no eran tuyas y aquí están registrados, «físicamente», siete volúmenes tuyos que no firmaste por tu voluntad, pero debías obedecer las leyes que te obligaron a hacerlo, porque emergían de tu pluma. Aquí se percibió tu altruismo y numerosos autores te entregaron con agrado su producción. Así, pues, mucho de lo que has escrito se lo debes a los de aquí. También voy a describir para ti otro misterio de tu vida: las milagrosas curaciones que has hecho se deben a dos motivos: primero, a tu altruismo y tu amor a los enfermos, y segundo, a la ayuda de varios médicos que te sugerían desde este lado, los métodos que serían eficaces. Voy a enseñarte algo para combatir en la Tierra las ideas de aquéllos que se burlan de lo que no entienden. Míralo.

En aquel momento entramos en una iglesia en donde yacía un cadáver. Sus deudos lloraban a su alrededor, mientras el

sacerdote celebraba la misa de los difuntos. El alma del muerto quería acelerar su tránsito para llegar a las vibraciones elevadas, pero el llanto de los deudos lo retenía. Por fin llegó alguien y preguntó algo a los parientes. Ellos dejaron de llorar por un instante y se dedicaron a atender al recién llegado. En ese preciso instante, una entidad (o ángel) se acercó al fallecido y le llevó hacia una etapa más elevada; pero lo más sorprendente, fue que para llegar a esas vibraciones tuvieron que pasar por el cono formado por el sacerdote encima del altar, donde se celebraba la misa.

—La misa celebrada por el descanso del alma, —dijo mi guía— tiene la más pura intención de ayuda, porque la fuerza del pensamiento llama la atención hacia el alma y la atrae a la iglesia. El difunto se alegra en gran medida, porque la voluntad del sacerdote y el cariño de los deudos unidos en oración, le dan fuerzas que le ayudan de manera extraordinaria.

—Entonces, aquí en el astral están establecidas condiciones equitativas para satisfacer las necesidades de las almas, por distinta y variada que fuese su fe respecto de las otras en la vida física.

—Así es —contestó mi compañera— si no fuera así, ¡cuán grande sería la angustia de esa alma, si después de la muerte física se diera cuenta de que todas sus creencias religiosas eran falsas! Sería una crueldad terrible arrancar del alma las creencias que practicó en su vida terrena. Muchos creen equivocadamente que el alma, en esta situación, se transmuta automáticamente de ignorante a sabia. Ya has visto que no hay diferencia entre las condiciones intelectuales y morales del individuo, antes y después de la muerte. El progreso del alma es gradual; ella está envuelta en el ambiente religioso que profesó y vivió en la Tierra. ¿Quieres que te cuente algo que te divertirá y te hará reír como si estuvieras en el mundo físico? Pues mira: en mi pueblo había una mujer que escuchaba el sermón del sacerdote, quien hablaba sobre los ángeles rebeldes. Al llegar a hablar de Lucifer, al destacar la condición privilegiada que tuvo antes de la rebelión, dijo: «Lucifer, que significa Luz, era el jefe de los ángeles. Era la Luz del Trono; era el más poderoso de las huestes celestes». Cuando llegó a este punto, la mujer se durmió y no despertó, hasta tanto el sacerdote terminó el sermón y prosiguió con la misa. Desde entonces, la sencilla mujer rezaba: «Oh, mi querido San Lucifer, ayuda a mi hijo en su trabajo». Todo se

lo pedía a San Lucifer. En esas condiciones, durante las invocaciones de esta ingenua madre, se presentaba una entidad creada por la mente de ella. Era su Lucifer, un hombre fuerte, vestido ricamente, con joyas y piedras preciosas; de aspecto bondadoso y caritativo y que repartía dinero a diestro y siniestro.

—Esta mujer murió hace muchos años —dije.

—Sí, pero el hecho está grabada en los anales cósmicos. Mira que el hijo fue ayudado por el Lucifer fabricado por la mente de su cristiana madre. Te narré esto para que te des cuenta de la objetividad de las palabras del Cristo: «Tal como el hombre piensa en su corazón, así es él». Las formas mentales religiosas tienen aquí una apariencia muy real. Aquí está el plano del pensamiento y de las ideas y cada alma encuentra la realización de sus ideales. Aquí el cristiano tiene la única verdad; el mahometano la tiene y todos los demás fieles de otras religiones y sectas creen tener la única verdad y la verdadera religión. Sin embargo, muchos de los creyentes de una religión se adhieren a otra, al constatar que es más benéfica y entonces reencarnan con otra modalidad religiosa más elevada.

Capítulo Décimo

Décimo Día

Mi estado de salud sigue igual. Mi anfitriona quiere que me alimente mejor para que recobre fuerzas. Ha inventado toda clase de jugos, de sopas y acudió a cuanto el «recetario del médico en casa» aconseja, para ayudarme a recuperar mi «carne» y mis fuerzas.

Muchas personas quisieron visitarme, pero hubo que decir que yo no estaba, con el objeto de no fatigarme con la atención a los visitantes.

—Ser psíquico en el mundo físico, no adelanta nada en el mundo astral —me dijo mi amiga y guía—. La muerte repentina es algo perturbador, por eso las letanías católicas piden: «De la muerte repentina, líbranos, Señor». Estas personas murieron en un accidente de auto y, cuando despertaron, no se dieron cuenta de lo que había sucedido y creyeron que continuaban con vida. En cambio, mira a este anciano cómo sale de su cuerpo, después de una larga enfermedad: se ha desprendido de su físico, con la mayor naturalidad, como la luz pasa por un vidrio. Mira ahora a este suicida. El cuerpo de deseo del pobre ser permanece consciente de la propia vida de la que quería huir y del cuerpo de deseos o astral. Su unión con el cuerpo físico no se rompe fácilmente, porque está fuertemente adherido a él.

—¿Por qué tiembla tanto, como si estuviera aterrorizado?

—El espanto y la perturbación son efectos de las causas que obligan al hombre a entrar en etapas desconocidas y no esperadas por él. La cadena perpetua es mucho más conveniente a la humanidad que la condena a muerte, porque el condenado a muerte nunca perdona y actúa como si fuese instigado a asesinar. Cuando el instinto de conservación se violenta, se producen estados anormales, porque es deber del hombre aprovechar la vida física lo más que le sea posible y retenerla el mayor tiempo que pueda.

—Hay ciertos jefes de religiones que enseñan que los sol-

dados muertos en la batalla no sufren después de la muerte.

—¡Pobre humanidad la que sigue a esos jefes ciegos! No matarás, dice la Ley. Amaos los unos a los otros, dice otra ley. El mahometano cree que si el hombre muere luchando por su credo, va directamente al Cielo. Con palabras como Patria, Credo, Partido, Religión, etc., etc., se justifica ese atropello a la Ley Universal Divina. Como ves, aquí se necesitan muchos «guías», ángeles de la guarda, protectores invisibles y otros servidores, para ayudar en la obra del Absoluto. La tarea requiere de muchos trabajadores.

—A mi ver, se agrava el problema de la preparación para colaborar en la obra, porque es difícil y tal vez imposible, poder expresar por medio de la palabra, la pluma o el pincel, lo que se puede sentir aquí, en este mundo, en el interior del ser.

—Efectivamente, aquí el alma nota algo dentro de sí que no puede ser expresado perfectamente en el físico, como lo concibe en la mente. Son muy raros los que realizan en la vida algo de los ensueños del alma. Tú, por ejemplo, eres hambriento de arte y sediento de saber y sin embargo, no se te concedió más que una pequeña migaja. Los deseos de perfeccionamiento y evolución demuestran claramente la inconmensurable superación que espera al alma en su viaje hacia el infinito. «Las semillas del deseo florecerán y fructificarán algún día», dice el proverbio. En todo deseo existe la certeza de su cumplimiento. Aquí, en el mundo astral, están al alcance de todo el que quiera, las ciencias y las artes, a disposición de cuantos deseen aprovecharlas. Aquí está la biblioteca del Cosmos —si debiésemos darle un nombre— sin embargo, mira cuan poca gente está aprovechando estos tesoros, para ejercitar sus facultades. Cuando vuelvan a la Tierra estos estudiosos seres que acuden acá, irán con la inteligencia cargada de saber y la razón fortalecida. Allá, en la Tierra, atribuyen la inteligencia del niño a la salud de los padres, a la alimentación, al clima, etc., sin comprender que el alma lleva su saber de aquí, y los medios que existen en la Tierra sólo lo despiertan. Los inventores, los filósofos y los científicos, solamente manifiestan en el plano físico lo que adquirieron en el mundo del deseo como fruto de los anhelos de sabiduría. Todos nos cuentan que la idea de sus descubrimientos les vino como «bajada del cielo». Toma, por ejemplo, lo que estoy mostrándote ahora. Si mañana vas a relatar en un libro lo poco que ves aquí, ¿qué diría la gente? Unos dirán:

«Desvarios de un enfermo» y otros lo tomarán en serio; pero tú sí sabes que no fuiste más que un observador que no creó cosa alguna; al relatarlo en un libro, le pondrás tu nombre, como autor y creador.

—De lo que he visto, aquí existen el infierno, el purgatorio y el cielo. ¿Por qué es que los espiritualistas niegan los tres?

—Los espiritualistas no niegan nada, pero entienden las cosas de manera diferente a los demás. Vamos al hecho: Tú crees en el fuego del infierno; pero si alguien te dice que después de la muerte, el hombre se convierte en alma, ¿cómo puede quemarse el alma en un fuego material? Ya sé que responderías que muchas veces has soñado que te persigue un animal feroz, o que estás volando y que sentiste miedo o placer, según el caso, pero ahora te pregunto: ¿quién te obligó a soñar con el oso o con el ángel? Nadie, sino tus propios sentimientos, pensamientos y hechos que te causaron una pesadilla irreal y absurda. El oso, el infierno, el Cielo sólo están en tu mente y no tienen ninguna existencia real. ¿No es así?

—Efectivamente, pero cuando eso sucede, yo igualmente sufro.

—Seguro que es así. Cada ser tiene que pagar sus culpas con el castigo que él cree merecer, porque la conciencia es el más severo juez que existe. La conciencia desnuda al alma ante su vista espiritual, y el alma, después de escuchar la voz de la conciencia, acepta el fallo por merecido y justo y comienza a sufrir y gozar conforme con sus conceptos del bien y del mal. Esto es la Justicia de la Ley de Causa y Efecto.

—Esa ley, ¿castiga a todos por igual?

—Castiga en proporción a la intención y cultura de cada uno. El castigo y la recompensa estarán expresados por el concepto que el ser tuvo durante la vida, del Cielo y de la Tierra. Aquéllos que creían que el Infierno es un lago de azufre hirviendo, donde estaría sumergido el pecador, sentirán el dolor de las quemaduras del azufre si piensan que han delinquido para merecerlo. Aunque el individuo trate de eliminar estas ideas a través del uso de la razón, el subconsciente le devuelve a la mente esta siniestra educación de los días de su niñez y sufrirá los tormentos del Infierno tradicional, hasta que llegue algún ángel o protector que se dedique muy preocupadamente a salvarlo de sus propios pensamientos e ideas. Mira.

Se presentó delante de nosotros el Infierno descrito por

varios autores de todas las religiones. Era un lugar oscuro, iluminado por llamas de fuego eterno. Parecía un pozo muy hondo, con paredes inaccesibles. En aquel pozo sin límites se hallaban los seres condenados al fuego del Infierno. Los gritos y los lamentos infundirían horror y miedo al más valiente. Los diferentes métodos de tortura que atormentaban a sus habitantes eran —como se dice en Física— concebidos por mentes diabólicas (esto es, por la mente humana, inventora de toda clase de sufrimientos). Se veía gente colocada en enormes pailas o recipientes en los que hervía azufre líquido; en otros, el plomo derretido ocupaba el lugar del azufre. Los demonios, tal como fueron pintados en las iglesias y templos, tenían cuernos y rabo y, en las manos, llevaban tridentes, con los que removían a los condenados en las lagunas de azufre y fuego, como se remueve, en la cocina, la cebolla frita en la sartén. Los aullidos eran literalmente infernales. Así podríamos, ocupando volúmenes enteros, seguir describiendo los horrores que aparecían en ese Infierno creado e inventado por la mente de los hombres. Aquí podemos repetir: «Tal como el hombre piensa en el Infierno, así éste será para él».

—En este plano —dijo mi compañera— cada uno encuentra el Infierno en el que pensó durante su vida corporal. Y lo mismo cabe decir de la idea del Cielo. El alma goza de la dicha de los santos, según sus propios ideales y como premio de las buenas obras. Ahora vas a ver algo más curioso todavía. Aquí están los materialistas, los que durante la vida terrena creyeron que todo acababa con la muerte. Aquí sienten y se hallan en un estado de experiencia muy curioso. Están en un plano donde imaginan que han sido transportados vivos a otro mundo. Ellos sufren por lo que han hecho sufrir a los demás y gozan por el goce que hicieron sentir al prójimo. No son castigados por su incredulidad y poca fe o porque no profesaron una religión determinada, sino porque deben aprender la lección acerca de a qué corresponde el bien y el mal. Sin embargo, esta experiencia es totalmente mental y proviene de la pasada vida terrena. Su incredulidad en la existencia de otra vida no altera la acción de la ley de Causa y Efecto que purifica a todos en el mundo astral.

—Pero ahora me surge una pregunta: ¿Cuál es el sufrimiento del alma adelantada que no cree en Infiernos ni Cielos?

—Esas almas sufren por el conocimiento de los respectivos resultados de sus buenas obras. Mira a este médico, muy

consciente de su deber, que está atormentado por el recuerdo de un descuido que cometió en la curación del hijo único de una madre viuda. Sus pensamientos son su verdugo. Aunque ante sí mismo asumió la responsabilidad de cuidar a la mujer, sin embargo no puede dormir tranquilo.

—Sí. Esos médicos abundan entre nosotros.

—No seas sarcástico. Tú también fuiste egoísta en tu profesión con tus enfermos.

—No lo niego, por eso sufrí y sigo sufriendo las consecuencias.

—Pues bien. No te burles entonces de los que cometieron tus mismos pecados. Aquí no hay dicha ni desdicha eternos. Sólo se viene a constatar los errores y después se retorna a la escuela de la Tierra, para aprender nuevas lecciones.

—De hecho, el Cielo y el Infierno de cada alma están en su interior, como bien lo expresó Ornar Khayan, al escribir más o menos, lo siguiente: «Envié a mi alma en busca del Cielo y del Infierno y volvió para decirme que el Cielo y el Infierno están en mí».

—Así es. Cielo, Purgatorio e Infierno son creaciones propias e imágenes mentales del hombre. Tampoco son premio o castigo, sino medios naturales de desarrollar las virtudes y restringir los errores y vicios, para que el alma pueda avanzar hacia la perfección, porque el hombre es su propio juez; el alma pura vislumbra mayor felicidad. El mundo mental y el espiritual son más reales que el mundo material. Todas las obras materiales y espirituales del hombre, tales como edificios, puentes, sinfonías y poemas, estuvieron antes en la mente de su creador y realizador. Existió primero en forma mental y después pasó a la forma material. Entonces podemos preguntar: ¿Cuál es el verdadero y real creador? ¿El pensamiento o la mano? El pintor concibe el asunto antes de plasmarlo en el cuadro y lo trabaja hasta que se parezca, de la mejor manera, a lo que tiene en su mente y así acontece con todas las actividades creadoras del ser humano.

—Es muy difícil describir este mundo en lenguaje físico, de una manera clara y adecuada. Según mi manera de ver, yo estoy aquí contigo, veo hasta la evidencia y sin embargo, me es muy difícil trasladar correctamente el recuerdo del astral al físico, sobre todo por nuestro lenguaje, incapaz de describir lo que debe decirse.

—En efecto, porque este plano está lleno de formas que

cambian constantemente. Aquí se mezclan; las formas animadas de los pensamientos se presentan por un tiempo y luego desaparecen, para que otras ocupen su lugar. Constátalo por ti mismo.

Las corrientes de pensamiento agitaban continuamente la materia astral. Los pensamientos fuertes persistían por más tiempo: eran como entidades.

Mi guía explicó:

—Tú has aprendido que todo plano está compuesto de siete etapas y cada etapa tiene siete subdivisiones o siete subplanos. Aquí comienza la dificultad para comprender esto. Al decir etapas, la mente comprende que se hallan ubicadas unas sobre otras, en orden jerárquico, pero no es así. En el parque frente a tu cuarto, ves miles de seres y, sin embargo, algunos no se dan cuenta de la existencia de los otros grupos que están con ellos. Es ni más ni menos como la luz y el aire en un aposento: ambos existen independientemente el uno del otro. Ahora podemos decir también que en el cuarto se encuentran por igual: aire, luz, gravitación, magnetismo, electricidad, energía, etc., aunque la gravitación es más sutil que la luz y ésta es más sutil que el aire. Así como los líquidos interpenetran los sólidos, así como el agua se infiltra en el suelo, así como los gases interpenetran los líquidos, así también el agua está sobre la tierra y la mayor parte de la materia gaseosa está sobre la superficie del agua y, al mismo tiempo, se eleva en el aire y en el espacio, mucho más allá de los sólidos y los líquidos. Este ejemplo puede aclararte en algo lo que ocurre con la materia astral. Tu tendrás que visitar todos los planos y subplanos, porque es como una obligación para quienes quieren dedicarse a nuestro trabajo que, cuando se lo *realiza* durante el sueño, desarrolla poco a poco el cuerpo astral y, con el tiempo, puede utilizárselo como vehículo de conciencia en su propio plano, lo mismo que se utiliza el deseo en el físico. El mundo astral es el mundo de la pasión y de la emoción y en él se siente el ardor de esos sentimientos insatisfechos. Las Tinieblas Externas citadas por Jesús —según el Evangelio— son el Séptimo Subplano o el Infierno de las religiones. En Egipto se descubrió un papiro en el que el escriba Ani pregunta lo siguiente: «¿Qué clase de lugar es éste al que he venido? No tiene agua, ni aire; es profundo y sin fondo; es negro como la noche más oscura; los hombres vagan sin rumbo. En él, el hombre no puede vivir con el corazón tranquilo».

Capítulo Undécimo

Undécimo Día

Y llegó el undécimo día de un enfermo que anhelaba la muerte a fin de vivir mejor, para ser más útil a la Obra Universal. Mi guía vino, como siempre, deseosa de instruirme y ayudarme en mi superación. Y me dijo:

—Mira lo que puedas hacer para liberar a este pobre ser.

Vi entonces a un hombre, envuelto en un aura marrón, opaca y oscura. Contaba y recontaba dinero imaginario. Hacía años que no se ocupaba de otra cosa. Jamás se alejó de su dinero. Sus ojos ávidos y desconfiados decían de su miedo y de su preocupación. Su rostro macilento hablaba de su cansancio. En su vida física sólo quiso ganar dinero. Para él, el dinero lo era todo. Se olvidó de servir; se olvidó de hacer del dinero un vehículo de bienestar social. Nunca se interesó ni dio el debido valor a la vida espiritual. Después de su muerte, desconoció su nuevo estado de vida y permaneció atado a aquello que más le interesó en la Tierra.

Respiré hondo, muy hondo. Fui a lo más profundo de mí mismo y regresé para decirle al hombre, ya no en palabras sino en pensamientos y sentimientos:

—¡Amigo!, ¡descansa!

En esta palabra «amigo» inyecté todo el caudal de mi amor, enviando a este ser el máximo de ese noble sentimiento que yo podía dar. En esta palabra entregaba yo toda mi voluntad de unión al Principio Divino de este hombre. Esta palabra, salida de dentro de mi ser íntimo, penetró las carnadas espesas que lo envolvían; atravesó los obstáculos mentales y sentimentales de avaricia alojados en su ser y fue directamente a su Centro Interior. Vi, sentí, que esta palabra salió de mí envuelta en un color rosa, con matices lilas. Esperé un corto instante y, en seguida, percibí que el hombre sintió un impulso de dentro hacia afuera, que lo sacudió y estremeció; paró de contar el dinero, me miró con otros ojos y me dijo:

—Sí. ¡Estoy exhausto! Quisiera dormir. Te confío mi dinero. Supongo que lo cuidarás bien.

Se recostó en el espaldar de la silla y allí mismo se quedó

dormido, en estado receptivo.

Sentí compasión por este hombre tan rico y, al mismo tiempo, tan pobre...

En ese instante, surgió un ser de luz y liberó su alma.

Mi compañera dijo:

—Este nombre ha ascendido a otro subplano, para recibir ayuda y seguir adelante. ¿Sabes por qué?, porque tu amor hizo que confiara en ti, entregándote el dinero que lo esclavizaba.

Cambiando de tema, prosiguió:

—El iniciado tiene que bajar al mundo de los deseos inferiores, para iluminar a quienes allí habitan. El pensamiento puro y altruista es como un torrente de luz que rompe las tinieblas y las vibraciones bajas. Tanto a sus amigos como a sus enemigos, el iniciado envía igualmente su Luz. No es solamente a los amigos a quienes tenemos el deber de enviar los átomos divinos de amor y gratitud. El Nazareno dijo: «Yo no vine por los sanos. He venido por los enfermos». Los sanos están en él y él está en ellos. Los amigos están ya envueltos en el halo que generamos. Los enemigos, en cambio, precisan ser tocados interiormente por nuestro amor y comprensión. También dijo: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». Debes recordar siempre que cada palabra debe estar impregnada y bañada por los efluvios del Amor y por la Luz de la Verdad. El Amor despierta al Amor adormecido. Todos los seres —santos o no— tienen en sí el átomo divino del Amor Puro. Enviando efluvios de amor, el átomo divino del amor se despierta en el ser al que se lo dirige. El amor, en el centro de la vida de cada ser, tiene su fuerza y su impulso lleno de vida y sabiduría. Por eso, este hombre encadenado a su ambición desmedida, sintió el amor en tus palabras, despertó de su hipnosis y se tranquilizó.

—A veces he sentido y observado el poder milagroso —como se dice— de la palabra, porque ella es una energía dinámica invisible, que emana del ser humano, para cumplir su objetivo.

—La palabra encadena tanto como libera; tanto mata, cuanto resucita. Con todas las limitaciones que tiene frente al pensamiento, con las características que éste tiene en este mundo, es necesario meditar sobre esa dádiva, sobre esta fuerza que se halla a disposición de cada ser. Meditación, introspección y reflexión nos conducen a la Verdad y la Li-

beración, a la Felicidad, por el servicio a la Obra Universal.

—Existen diversas escuelas de ocultismo donde se enseñan varios métodos de meditación que, a veces, aparentemente, son antagónicos. ¿Cómo debe entenderse eso?

—Sí, es así en verdad, pero todas ellas tienen sus propias razones. Sin embargo, la meditación es algo individual. Muchos seres y estudiantes bien intencionados vacilan frente a este asunto. Presionan sus áreas interiores, se esfuerzan y nada consiguen, a pesar de seguir los métodos que les fueron enseñados.

—¿Por qué no consiguen llegar al Centro de Vida de sí mismos?

—La Ley, que es Fuerza Divina Propulsora, es única y una sola y no obstante, cada ser tiene sus propias condiciones para recibir la ley y transmitirla. Meditar no es forzar ni tampoco esforzarse, como en general se entiende. Meditar es enviar al Centro el pensamiento sincero, sin vacilaciones y hacer la pregunta correcta dirigida a lo Intimo o al Universo y, en seguida, esperar confiado y trabajando. Hay personas que reciben la respuesta durante el sueño; otras, en el acto de la meditación; otras en medio de una multitud, otras trabajando activamente en sus ocupaciones, otras, durante la oración. Hay que estar atento y tranquilo para escuchar, sintiendo, la Voz Silenciosa. La Voz Silenciosa recorre el mundo interior y el mundo exterior. En cuanto al plazo para recibir la respuesta, es algo muy individual: unos la reciben más temprano, otros más tarde. Todo depende de varios factores. Se debe dedicar diariamente por lo menos algunos minutos a la meditación, con el fin de ir descubriendo cómo ejecutarla de manera más perfecta cada día. La meditación es el alimento del espíritu. Meditar es también orar. Orar es «arar» el terreno interior, revolviéndolo y limpiándolo para el cultivo de la Simiente Divina. Un segundo de meditación correcta vale más que cien años de oración mecánica. En un segundo de meditación correcta se puede entrar en contacto con lo Intimo, cuya sabiduría y poder nos da la inspiración del camino cierto para que nos aproximemos al Maestro y recibamos sus instrucciones, si ése fuera el caso.

—Ahora comprendo y, por sobre todo, te agradezco. Me doy cuenta de que todos los tratados sobre meditación se dedican a enseñarnos que entremos con amor dentro de nosotros y

dentro de cada ser, para servir a la Obra Universal, sin buscar ninguna recompensa.

—Amor —respondió ella— tú estás en el camino. Yo te bendigo. Hay mucho que hacer en el mundo astral. Sólo el Amor Puro y desinteresado puede llevarnos a lo Intimo. Sólo el Amor Puro dedicado a servir puede afirmar nuestros pasos en el Camino. Sólo el Amor Puro puede alentar nuestro ánimo, afirmar y reafirmar nuestras fuerzas. Sólo el Amor Puro puede llevarnos hasta el Maestro. Sólo el Amor Puro puede hacernos verdaderos y fieles servidores, felices, sin cansancio ni decepciones. El Amor no se define. Sin embargo, él se desdobra en las infinitas virtudes y cualidades humanas; él es, desde la cohesión atómica, hasta el más elevado sentimiento. Es la fuerza indómita de la vida, desde el mineral al vegetal, al animal, al hombre, a lo divino. Ahora quiero recordarte un aspecto más, muy importante. Según los auténticos Maestros, no se debe forzar el desarrollo del cuerpo astral por medio de métodos artificiales. Ningún método debe intentarse antes de la purificación por el Amor Consciente. Sin embargo, es necesario anular completamente los deseos bajos y groseros, lo que no significa que deba matarse la fuerza pura del deseo o la fuerza del deseo puro, pero eso sí, deben eliminarse o disolverse todas las formas bajas y groseras del deseo. El estudiante o neófito ha de estar siempre unido a la Fuente de Vida, pues cada uno de nosotros es un rayo o emanación de Vida Única. El sentimiento y la idea de UNIDAD le da fuerzas para emprender la obra de su perfeccionamiento al servicio de los demás.

—Pero el hombre, en el camino, es tentado muchas veces y no siempre se consigue vencer la tentación.

—No sólo los hombres sino también los Maestros, los adeptos y los seres excelsos han sido y son tentados. Considera el ejemplo de Jesús en el desierto. ¿Cómo se podría progresar sin la tentación? Tenemos que aprender a usar la fuerza de la tentación, para superarla. La Fuerza Universal está en cada átomo de tentación. Sólo usamos bien la fuerza de la tentación para transformarla en Luz, cuando "décimos-sintiendo": «Padre íntimo: ilumínanos en el Camino del Amor y ayúdanos a triunfar sobre la tentación». Educar, desarrollar y perfeccionar el cuerpo de los deseos y de las emociones es un trabajo necesario.

—Pero ¿cómo se dominan los deseos y las emociones? — pregunté.

—Yo no he dicho dominarlos o controlarlos por medio de la voluntad. Yo dije «educar», porque educar es un acto superior. El cuerpo astral o de los deseos debe tornarse un vehículo de la Conciencia del Hombre Real. Podemos educarnos por medio de la meditación que nos conduce al Maestro. Amor, debo irme más temprano esta noche. Otro trabajo me espera. Hasta mañana.

Diciendo esto desapareció. Yo me desperté y no dormí más. Eran las cuatro de la madrugada.

Capítulo Duodécimo

El Duodécimo Día

Mi companera me dijo:

—¿Sabes qué significan las cuatro pruebas a las que están sometidos todos los neófitos de las órdenes secretas y cuál es su relación con nuestro plano?

—No —le contesté.

—Las cuatro pruebas que debe sufrir el neófito en la Masonería o en otras sociedades secretas tienen un misterio muy profundo, pero al mismo tiempo es muy sencillo para los que viven aquí. Tú, por ejemplo, en tus obras explicaste que estas pruebas significan que el hombre, al sufrir la prueba de la tierra, debe dominar el cuerpo físico; al sufrir la prueba del agua, debe dominar el cuerpo astral; la del aire representa el mental y la del fuego el emocional y deseas rechazar hasta el cielo, para poder trabajar en la Obra Divina. Todo esto contiene una parte de la verdad, pero no totalmente. La Iniciación Masónica en los cuatro elementos tiene por objeto familiarizar al neófito para librarse de los obstáculos que ellos representan; si no le fuera posible superarlos, verá obstaculizado su progreso. Una persona gorda, en el cuerpo astral, cree que no puede pasar por una ventana pequeña, aunque en este mundo no existe un obstáculo semejante. Pues bien, la verdadera iniciación enseña al discípulo que este impedimento no existe absolutamente, porque si él quisiera, podría pasar a través de una montaña. Esto es lo que se llama «Prueba de tierra» y así son las demás pruebas en los cuerpos de deseos mentales y emocionales. El neófito debe familiarizarse con ellos y en ellos, para así poder *avanzar* en los grados. Aquí no se tiene la sensación de saltar, sino simplemente de volar o flotar en el aire. ¿Has soñado alguna vez que estabas volando?

—No sólo una vez, sino muchas veces.

—Esa es la manera que se emplea aquí, en cuerpo astral, después de la muerte. Contempla ahora la luz en este plano. Ella no viene del Sol ni de ninguna otra fuente similar, ni de una dirección determinada. Ella proviene de toda materia

astral que sea luminosa y del fuego viviente. Aquí, jamás y en ningún sitio hay la oscuridad. Las tinieblas sólo existen en las creencias de los seres que están convencidos de que el Infierno se halle en las tinieblas. Aquí no hay noche ni sombras, porque los cuerpos astrales son transparentes. No existen estados que puedan llamarse condiciones atmosféricas o climáticas. Mira cómo las corrientes arrastran consigo a los hombres faltos de voluntad. Así mismo, aquí, el olvido de los acontecimientos y personas es muy fácil, porque hay más actividad.

—Yo conozco aquí a muchas personas a las que nunca he visto. ¿A qué se puede atribuir este fenómeno?

—A esas personas las has conocido durante el sueño o en otras vidas. Este mundo astral se llama también «el mundo de las ilusiones». ¿Sabes por qué?

—No tengo la menor idea.

—Pues bien. Piensa entonces en cuando eras joven y estabas enamorado.

—Ya está —dije.

—Ahora, mírate a ti mismo.

Me contemplé y percibí que, en verdad, era un joven de unos veinte años. Entonces exclamé:

—¡Esto es maravilloso! ¡He rejuvenecido!

—Si lo deseas, puedes permanecer así, porque aquí el tiempo no existe. Pero ahora debemos ir a otra cosa. Aquí vas a percibir que los objetos se ven por todos sus lados, al mismo tiempo.

—¡Es toda una revelación! Hasta ahora no acertaba a imaginar qué sucedía conmigo, atribuyéndolo a que mi visión era defectuosa o a que todas las cosas aquí eran transparentes como el vidrio. Muchos objetos míos me resultaban desconocidos.

—Sin embargo, la visión astral se acerca más que la visión física, a la verdadera percepción.

—Otra apreciación diferente. Veo en todas las cosas algo que circula a través de ellas e irradia en todas direcciones.

—Es la vida universal que todo lo penetra. Se puede constatar por la irradiación o aura que emana de las cosas.

—Hay algo más, de lo que he podido darme cuenta. El número de la puerta de casa, por ejemplo, se ve al revés, como si estuviera viéndolo en un espejo. ¿A qué se debe esto?

—Pues precisamente por eso. El mundo astral es la contraparte o espejo del físico. Desde el mundo astral se ve el físico en posición invertida. Tú escribes tu idioma de derecha a izquierda. En el mundo astral deberás leerlo de izquierda a derecha, exactamente como lo haces con la escritura de los idiomas latinos. Entre las tareas que tienen los servidores, está la de familiarizarse con el mundo astral, para que se sientan más cerca de la realidad de las cosas. Ya has visto y constatado que la comunicación de ideas se efectúa por medio del cuerpo mental.

—Una pregunta más: ¿acaso la mente debe trabajar siempre así, en sueños?

—Puedes trabajar en sueños y en vigilia; pero, para que tus trabajos en el último estado sean perfectos, es necesario que te familiarices con los efectos del mismo. Dichos efectos tienen su fuente y origen en el mundo astral. Para comprender todo esto, es menester que estudies el fenómeno del sueño. El sueño es el efecto del cansancio producido por el desgaste que sufrió el cuerpo físico, a causa de los trabajos, pensamientos y sentimientos. El cuerpo astral, cuyo objetivo es mover las partículas del cerebro físico, se cansa todavía más y también más pronto de su pesado trabajo, por lo que necesita estar separado del físico durante largo rato, a fin de recuperar las fuerzas perdidas. Por tal motivo, tú tuviste justa razón al decir que el cuerpo astral no se aleja del físico durante la vida material, pero después de la muerte, el astral, en su propio plano, es incapaz de sentir fatiga y puede trabajar varios años consecutivos, sin tener signos de agotamiento. Las emociones cansan al hombre y, un organismo cansado, afecta el trabajo del cuerpo astral. Para que un hombre pueda actuar, durante el sueño, con el cuerpo astral, debe tener una conciencia perfecta del mundo astral; para ello, es necesario llegar a la maestría del dominio de sus pasiones, deseos desenfrenados y actos incorrectos y actuar libre y útilmente, en este estado de sueño del cuerpo físico. De otra manera no podrá tener el menor recuerdo de su trabajo, ni tampoco éste será siempre eficiente. Para poder recordar la vida en el sueño y sus trabajos, es necesario desarrollar el centro pituitario, el cual capta las vibraciones astrales. De manera que, quien se dedica al trabajo espiritual, debe servir en el mundo físico y en el astral, indistintamente. Con el tiempo y el servicio impersonal, el ser avanzado abre la puerta que comunica el mundo astral con el físico. 92

—¿Y por qué el hombre no puede acordarse de su trabajo en el mundo astral y qué es lo que impide ese recuerdo?

—Porque son muy raros, más que raros, los seres que llegan a adquirir el dominio de la mente, es decir, que saben pensar y saben concentrarse a voluntad. Estos hombres son los únicos que pueden traer a su cerebro físico el recuerdo de su actividad. En esos casos, sus sueños serán vividos, sujetos al razonamiento y hasta proféticos e instructivos. El cerebro entrenado responde con mayor facilidad a las vibraciones mentales. «Antes de dormir, hay que rezar», es un decir y un buen consejo, porque el último pensamiento antes de dormir debe ser noble y elevado, para marcar una nota pura y atraer influencias y criaturas de la misma índole, que tienden a despertar altos pensamientos y deseos celestiales y puros. La persona que duerme con pensamientos elevados atrae a sí, durante el sueño, a elementales afines con sus pensamientos.

—Los seres psíquicos en la vida física, ¿tienen alguna ventaja en el mundo astral?

—Ser psíquico es poseer un cuerpo físico algo más sensitivo que los demás; pero una vez dejado el cuerpo, se volverá igual a los otros. Tener una facultad psíquica no significa un adelanto espiritual. Debes saber, de una vez por todas, que el único adelanto está en servir silenciosamente y de incógnito. Todo lo restante, aquí no tiene valor alguno.

—¡Y yo que trabajé tanto para desarrollar la clarividencia y demás facultades psíquicas!

—Ya ves. Aquí no hay clarividencia que valga. Aquí solamente valen las obras, que serán como guías en el mundo del deseo. La peor vida en este lugar es la del hombre común, aquél que tuvo una existencia inútil, vacía de todo interés elevado, como consecuencia de una conducta disipada en complacencias egoístas. Este ser jamás tendrá la satisfacción de un deseo. Su estado de conciencia es un horrible infierno. El, por causas creadas por sí mismo, estará sujeto a circunstancias similares a las del mito de Prometeo. Este símbolo del ser inmovilizado, al cual un águila devora el hígado, que crecerá permanentemente, muestra al hombre torturado a causa de sus pecados en la vida.

—Por lo que puedo concluir, la vida después de la muerte, para la mayoría, es mucho mejor que la que llevó antes en la Tierra.

—Las personas que están delante de nosotros viven felices, porque no tienen deberes que cumplir. De esta manera, los que están vivos en cuerpos físicos son y están menos libres y más limitados por la materia física, que quienes viven sin cuerpo.

—¿Y después? ¿Hasta cuándo se vive sin trabajar?

—En realidad, nadie aquí obliga a otra persona a trabajar; pero la desocupación es una parte de la tortura del Infierno. Mira.

En aquel momento se nos presentaron muchos seres sentados, como si estuvieran pegados a la tierra. No querían moverse. Ellos deseaban descansar toda una eternidad. Pero muchos ya se consideran infelices y desgraciados, por la inmovilidad. Tratan de abandonar su inercia y anhelan la vida terrenal, a pesar del trabajo y el cansancio que en ella detestaron. Envidian a los vivos y quieren ansiosamente volver a la vida física, aunque sea para tener que trabajar.

—¿Qué es en esencia lo que se aprende aquí, antes de nacer en el físico? —le pregunté.

—El ser humano, aquí, es libre de hacer lo que quiera. En este mundo se perfecciona lo que se aprende en la vida física. No se aprende nada. El aprendizaje se hace en el mundo físico y el perfeccionamiento acá. Aquellos seres que están interesados en música, ciencia, arte, literatura, etc., encontrarán la fuente de la inspiración; aquí encuentran a los verdaderos maestros de la creación artística y el saber. El artista tiene a su disposición todas las bellezas del mundo astral. Aquí, antes de nacer, se puede ir con el mental de un lado a otro y apreciar las bellezas de la naturaleza con más facilidad que en el cuerpo físico. Todo está a disposición de quien quiere aprender para servir. Desde aquí, el médico puede contemplar el efecto de su remedio en el organismo del paciente y cualquiera puede perfeccionarse en la especialidad que desee. En resumen, la vida entre nosotros es más activa que en el mundo físico y la satisfacción es mucho más profunda. Aquí cualquiera puede emprender un estudio y adquirir ideas completamente nuevas para él. El hombre que en la vida corporal ha dedicado su pensamiento y energía a cosas espirituales tiene el camino abierto para adaptarse a condiciones más ventajosas, pues su mente, completamente desarrollada, tiene el urgente poder de captar las más amplias posibilidades

¿e una vida más elevada. En cambio, un hombre poco interesado en cosas elevadas, no progresa ni se adapta a condiciones más ventajosas, porque su mente está atrofiada y carece de poder para captar algo superior.

—No obstante, —dije— veo que esta gente vive aquí muy feliz; tal vez son más felices que los que se inquietan por el adelanto espiritual.

—Efectivamente, porque los placeres astrales son mucho más intensos que los del mundo físico, por tal motivo, se corre el peligro de desviarse del sendero. Mas, tarde o temprano, estos placeres cansan al alma y comienza a sentir fastidio de tal estado. Semeja al hombre que se deleita con las primeras copas de alcohol, pero cuando excede cierto límite, siente náuseas y otros malestares. Las delicias del astral no ofrecen peligros al ser adelantado que no espera recompensas; al contrario, él procura pasar rápidamente al mundo del servicio y no claudica ante los placeres del mundo astral, más que ante los del físico.

—¿Hay, acaso, alguien que pueda resistirse a esos placeres?

—La mujer honrada no se entrega sino a su marido, aunque se le ofrezca todo el oro del mundo. Todas las religiones aconsejan no dar mucho placer al físico y ¿quiénes pueden dar holgura y placer a la carne? Son los ricos, los acaudalados y los que viven de una manera perezosa y acomodaticia. De éstos, dijo Jesús que era más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que el que entre un rico en el Reino de los Cielos; y, en otra ocasión dijo: «En donde está tu tesoro, allí está tu corazón». Después de la muerte, es beneficioso haber sido asceta, para no ceder a los refinados placeres y poder pasar pronto al mundo mental. El hombre, después de muerto, tiene el poder de acelerar o entorpecer su adelanto. Siempre está generando causa y efecto, porque siempre puede actuar y escoger a su arbitrio.

—Las almas que en la Tierra se querían, seguramente se encontrarán acá nuevamente —dije.

—Si no hubiera esta seguridad, el Cielo sería una farsa y no habría esperanza para las almas. Aquí se realizan todos los anhelos del corazón humano. Sin esa esperanza y seguridad, no tiene razón de ser la vida celestial. Con el estado celestial del alma, se fortalecen los lazos que nos ligan a los

parientes y amigos y hasta podemos trabar nuevas amistades con las almas con quienes simpatizaríamos en vida. Mira ahora a quien encontraste en vida por una sola vez.

Se presentó delante de nosotros una mujer que cabalgaba un caballo. Llevaba en la cabeza una especie de turbante; su ropa era de seda fina y el caballo de raza pura. Ella corría a la cabeza de un ejército o tropa, que la seguía al mismo paso. La mujer era hermosa e imponente. Su aspecto evidenciaba un adiestramiento en el arte de combatir y de guerrear. Era definitivamente elegante en todo aspecto. En ese momento, iba a defender una pequeña aldea que había sido asaltada y ocupada por una pandilla de salteadores. A su llegada, comenzaron los combates y los bandidos fueron aniquilados, al extremo de que muy pocos salvaron su vida.

Mi guía me dijo:

—Esta mujer, si no la reconoces, fue... Tac, tac, tac. Y la puerta del cuarto se abrió. Al despertarme, sin darme cuenta de lo que sucedía, pregunté:

—¿Quién fue esta mujer?

Mi amiga no oyó u oyó sin comprender lo que dije.

—El doctor está aquí.

—¡Benditos los médicos de todo el mundo! —refunfuñé, profundamente irritado. «¿Quién era esa mujer?», pensé para mis adentros.

A continuación, entró el médico.

Capítulo Decimotercero

El Decimotercer Día

Tampoco hoy el médico estaba satisfecho. Mi amiga estaba nerviosa. Yo, en cambio, feliz e indiferente.

Si esto era la muerte, ¿para qué aferrarse tanto a esta vida física? ¡Qué ignorantes somos en la Tierra y qué errados estamos en nuestros conceptos e ideas sobre el más allá o la otra vida!

Para mí, el hombre no debe pensar en la vida ni en la muerte, sino en la obra, en trabajar siempre para beneficio de los demás, y entonces sentir el cielo en su corazón, como debe ser en la vida y después de la muerte o, como ya citamos, dijo Ornar Khayan: «El Cielo y el Infierno están en ti».

Pasé el día con molestias, pero íntimamente estaba feliz. ¡La muerte! ¿Qué es la muerte? Bendita sea la muerte que me librerá de una carga pesada.

Pero debo dejarme de filosofar. La muerte siempre será la muerte y la vida será la vida, siempre diferentes en el concepto de la humanidad que atribuye a la existencia física todas las ventajas de la realidad.

Así pasé el día, felizmente, y llegó la noche...

Mi compañera comenzó la instrucción como si nunca hubiese sido interrumpida, diciendo:

—No sólo se reconocen aquí los seres queridos, sino que se fortalecen más los lazos del amor entre parientes y amigos y hasta se contraen aquí nuevas relaciones y simpatizamos con personas a las que no hemos conocido en la Tierra. Aquí se contraen amistades muy puras, después de que los afectos siniestros sean consumidos por el fuego del dolor. Te encontrarás con muchos que tienen tus mismos anhelos y aspiraciones, con los cuales cultivarás una amistad duradera. «Todo lo que pidieris en mi nombre, os será dado», dijo Jesús, «pues, por lo que suspiró el alma en la Tierra, lo encontrará aquí, fructificado». Recuerda, entonces, lo que habías pedido y lo que has recibido; te darás cuenta, entonces, de que el

divino Jesús nos legó una inmortal verdad. El amor puro de los cónyuges o de los novios continúa aquí en el Cielo, igual que en la Tierra, siempre que haya sido puro y sin mancha. Con esta regla se vuelven a unir padres, madres, hijos y hermanos. El amor desinteresado es tan poderoso como la voluntad del mismo Dios, porque Dios es Amor. Es el amor el que nos eleva a los niveles superiores del pensamiento y de la vida. Mira por ti mismo este plano:

(Es imposible describir con palabras terrenas la alegría celestial. ¡Cuánta felicidad! Me vi cercado y agasajado por todos los seres amados que conocí en la Tierra antes de que abandonaran sus cuerpos físicos. Mis parientes y amigos amados, que me manifestaron una profunda simpatía. No me es posible describir con palabras todo esto, porque son insuficientes para representar la verdad. Allí estaban todos los seres queridos, en espera, como cuando un viajero, después de varios años de ausencia, anuncia su regreso al hogar y encuentra en él a todos los seres amados aguardándolo. Tuve hasta el sentimiento terrenal de llorar de alegría. Pensé en ese instante que no debía volver atrás, es decir, al cuerpo físico).

Mi compañera continuó:

—¿Tienes idea de cómo y por qué tuviste la suerte de llegar hasta aquí?

—Estoy seguro de que no será por merecimientos.

—Es porque cultivaste, aunque fue por poco tiempo, la música, la pintura y la poesía, pues el amor a estas artes alza al hombre sobre el ambiente material que, de ordinario, le rodea.

—Lamento ahora haber sido tan perezoso. ¿Por qué no seguí ocupándome de las tres bellas artes, como lo deseé siempre?

—Lo hiciste para trabajar en otra profesión humanitaria que te condujo al estado en el cual te encuentras. Ahora puedes despedirte por un tiempo de los seres queridos, porque todavía tienes mucho que aprender aquí. Algún día se realizarán tus anhelos de amor y compañía en los planos superiores.

—Definitivamente, no es posible interpretar esta dicha con palabras.

—¿Es que no recuerdas lo que el apóstol Pablo dijo de este estado? «Ningún ojo humano vio, ni oído alguno oyó, lo que preparó Dios para sus elegidos». Sin embargo, te aclaro, hasta

ahora no has visto nada de este Cielo, preparado para los trabajadores de la Viña del Señor. Tus palabras serán incompletas y frías, si es que intentas describirlo.

—Ahora comprendo mejor algo que nos fue enseñado: «El Cielo no es un lugar. El Cielo es un estado de conciencia variable según el individuo».

—Efectivamente, estar en el Cielo con los seres amados, significa hallarse en el mismo nivel de conciencia que ellos. La armonía entre las almas las pone en un contacto tan cercano como no podrías imaginarlo. Recuerda la lección para trabajar en la obra: pensar detenidamente en un ser es llamarlo. Llamarlo con Amor, es atraerlo. Atraerlo para agradecerle o para aconsejarle y guiarlo, es ayudarlo. No son necesarias ni evocaciones ni medicinas. La mente resuelve todo. Con estas tres condiciones puedes salvar a muchos seres, como el Cristo nos salva diariamente. El Amor es la pauta, el Amor es la escala de ascenso. El Amor lo es todo.

—Entonces, dos amantes en la Tierra, dos verdaderos amantes, digo, ¿podrán estar en el Cielo en un amoroso arrobamiento?

—Sólo hay cuatro casos en un millón de cónyuges.

—¿Nada más?

—Sin embargo, son suficientes para impedir la destrucción de la humanidad actual, adoradora y profanadora del sexo, en su casi totalidad. ¿A cuántos de los seres que te rodean en la Tierra puedes reconocer entre los que acogen lo que tú mismo escribiste en tu libro «Poderes o el Libro que Diviniza»: «El hombre, al orar, invoca a Dios; pero, al unirse sexualmente a la mujer se convierte en Dios?». El fuego del sexo es el fuego de la santidad. El origen del sexo tiene su raíz en la misma Divinidad. La unión carnal es obra luminosa de la libertad. «Aquél que se une con otro no hace sino crear, porque el mal no se halla en el acto, sino en los pensamientos que preceden y acompañan al acto.» ¿No son, acaso, mucho más numerosos aquellos libertinos y fanáticos religiosos que no pueden concebir que «el sexo y la santidad son dos líneas paralelas que se encuentran en Dios»?

—Es en verdad tremendo. ¿Cómo podría inculcarse esto en el corazón de los hombres?

—Esto es lo más difícil de enseñar a quienes tienen el concepto de que el goce sexual es tan necesario como el comer

y dormir diariamente.

—Si alguien ama a una mujer que está más elevada que él en el plano, ¿cómo pueden comunicarse entre ellos, si están en diferentes subplanos?

—El alma siente la atracción del ser amado, desde su subplano inferior. Entonces establece con él un enlace telepático, de suerte que posibilita una relación mental y espiritual entre ambos, mucho más intensa que cualquier relación en la Tierra, aunque esté funcionando como lo haría un contacto telefónico que también permitiera ver la imagen del otro ser en el extremo opuesto de la línea. De igual modo, como ya lo sabes, el alma puede visitar a los seres queridos que se hallan en los subplanos inferiores al suyo y de esta y otras maneras se efectúa la asociación de las almas en el mundo celeste, pero para que te resulte más clara la imagen, debes siempre recordar que Amor es la palabra mágica que desvanece todo temor y otorga paz y felicidad.

Capítulo Decimocuarto

El Decimocuarto Día

Hoy vinieron a visitarme mi hermana y mi sobrina. Mi hermana Nazza es muy cariñosa conmigo y siempre fue así. Mi sobrina, estudiante de leyes, me admira y se siente orgullosa al hablar del tío Jorge. No sé el motivo ni el porqué.

Estuvieron conmigo casi todo el día y yo lo pasé bastante aliviado, gracias a su compañía. Como viven lejos, en la tarde regresaron a su casa, llevando el encargo de no avisar a nadie mi estado de salud y dónde me encontraba. No deseaba que alguien supiera de mi enfermedad, por dos motivos: uno, porque quería tranquilidad y soledad y, el otro, porque yo he escrito en mis obras que la enfermedad es un pecado vergonzoso, así como que el pecado es una enfermedad denigrante.

Pasé, pues, un día agradable con mi hermana y mi sobrina. La anfitriona, aquel día, estuvo a la altura de su noble hospitalidad.

Tan pronto me acosté, dormí y en seguida entré en el mundo donde había pasado tan gratos estados. Mi compañera me dijo:

—Por el momento, tu salud va a mejorar a partir de ahora.

—Y tú ¿vas a dejar de verme? Es decir, ¿ya no te veré más?

—Si tú aprovechas todas las enseñanzas que estás recibiendo y las pones en práctica, me verás cuando quieras, ahora y después. Yo estoy más cerca de ti que tu propio aliento.

—¡No sabes cuánto te agradezco por todo!

—Soy yo quien debe agradecer. Bueno. Ahora, ¡a trabajar!

—Explicame, amor. Yo he asistido a ciertas sesiones espiritistas y me ha sorprendido notablemente el ver, por ejemplo, que se mueven enormes pesos y se manifiestan fuerzas inconmensurables.

—Hay varias maneras de producir esos fenómenos y voy a enumerarte y describirte unas cuantas:

1.- La vibración precisa de la nota clave de un objeto puede reproducir sus vibraciones simpáticas. Ante la ejecución de la nota clave, no hay poder alguno capaz de resistir. ¿Recuerdas

la destrucción de la muralla de Jericó mediante el sonido y la música? Pues éste es uno de los varios que existen. La Palabra Hablada construyó el Universo, por las vibraciones establecidas. «Y la Palabra se hizo carne y habitó en nosotros», dijo San Juan. En el plano astral, la materia es mucho más sensible a las vibraciones simpáticas y así agrega su poder viviente al impulso general. Los resultados de su poder no tienen límites en las manos de los adeptos.

1°.- La energía que duerme en la materia puede ser liberada y, una parte de ella, utilizada, como el hombre utiliza una parte de su magnetismo para aliviar un dolor o influir en otras personas.

3.- Existe una energía vital que obedece al ocultista, quien la maneja con facilidad; mediante su aplicación, es posible producir y utilizar sin peligro esta formidable fuerza.

4.- Existen, en la superficie de la tierra, ciertas energías que son las más factibles de utilizar; ellas fluyen de polo a polo, como las que fluyen en el hombre, de la derecha a la izquierda y viceversa. Aquellas fuerzas son irresistibles como el huracán y la marejada. Los Maestros conocen el método para poder aplicarlas, conscientemente, sin peligro alguno.

5.- Ciertos seres vivientes conocen la manera de entregar una parte de la energía que está en ellos mismos, a otros que han abandonado su cuerpo; por medio de esta fuerza, casi instantáneamente traen objetos desde grandes distancias.

6.- Existen ciertas palabras mágicas que los adeptos saben pronunciar y que producen efectos enormes en el organismo humano y en la atmósfera.

7.- Existen ciertos seres y almas que, mediante la acción de sus vibraciones rápidas, se sobreponen a la fuerza de cohesión de las moléculas del objeto sobre el cual se opera. De manera que lo que los espiritistas llaman «aporte», es una vibración elevadísima que disgrega las moléculas del objeto en sus átomos constituyentes.

—Ahora ya entiendo —dije—. Un cuerpo reducido al estado etérico puede trasladarse de un lugar a otro con gran rapidez, y una vez que está en el sitio deseado, la fuerza aplicada en el trabajo se retira y el objeto volverá a la condición original, por la presión etérica.

—Efectivamente, es así, y para aclarar mejor esto, podemos compararlo con lo que sucede con el hielo que, por medio del

calor se transforma en agua y luego en vapor, pero también por enfriamiento se produce el fenómeno inverso. De esta manera, se efectúa lo que se llama «aporte» o el desplazamiento de objetos desde grandes distancias hasta el lugar de la sesión, porque, una vez desintegrados, pueden pasar con suma facilidad a través de cualquier sustancia sólida, tal como el muro de un edificio, o una caja fuerte cerrada, para luego materializarse en el lugar deseado.

—Entonces, ¿es de esta manera que se efectúan los fenómenos de la precipitación y la escritura en papel o *pizarra*.?

—No, en verdad. La precipitación de imágenes o letras se produce por el poder de la imagen mental del Mago, quien desea que aparezca en el papel, a su vez, la escritura en pizarras se efectúa por el mismo método o por medio de la materialización de manos para trazar la escritura.

—¿Y la levitación que se observa en las sesiones espiritistas?

—Para que lo comprendas mejor, presenciemos una sesión de levitación.

Al instante estábamos en un salón grande, donde había mucha gente que contemplaba un cuerpo humano flotando en el aire. Al fijarme en aquel médium, vi que su cuerpo era sostenido por «varias manos» de espíritus.

—La profunda meditación —me explicó la joven— elimina muchos átomos groseros del físico que, con el tiempo, serán reemplazados por átomos sutiles y espirituales. A la larga, se produce la levitación en ciertos seres sublimes como Santa Teresa y San Francisco de Asís. En este mundo ocurren cosas o fenómenos que son conceptuados como milagros en el mundo físico. Ocurre con frecuencia, por ejemplo, que entidades y objetos aparezcan o desaparezcan, o bien desaparezcan objetos que están en cajas cerradas, o también se produce el desplazamiento de objetos desde grandes distancias y en el acto. No hay espacio en este estado. Podrían invertirse o transformarse las cosas, por ejemplo, convertir una taza en plato. Todas las partes de un cuerpo son vistas simultáneamente y se puede leer toda la materia contenida en un libro cerrado. Pero estas instrucciones, aunque útiles, por el momento no son muy necesarias. Ahora tenemos que estudiar y enumerar, aunque sea someramente, las entidades astrales. Describir todos los habitantes del mundo astral o del alma es una tarea prácticamente imposible, como lo es la descripción de todas las

entidades físicas. Cuanto puedo hacer por ti, es llevarte y mostrarte, a grandes rasgos, las clases principales. Así, pues, empezaremos por penetrar y estudiar las clases humanas, constituidas por los vivos y los muertos. Principiemos por los que físicamente están vivos, cuyo físico duerme y flota por el mundo astral, en varios grados de conciencia. En esta condición está la gente común, con sus diversos estados de sueño. Ya te he explicado anteriormente la causa del sueño, que consiste en que el cuerpo astral y el físico se cansan uno del otro. El astral, por su pesado trabajo de mover las partículas del cerebro físico, necesita estar separado del cuerpo durante largo tiempo, a fin de recuperar fuerzas con las cuales reanudar su fatigante tarea. Así vemos que, mientras el físico está dormido y el astral o el alma descansa, el mental sigue trabajando y flotando en varios grados de conciencia. Sin embargo, el alma, en su propio plano —es decir, sin juntarse al cuerpo físico— es incapaz de sentir fatiga, como acontece después de la muerte del cuerpo físico o la separación definitiva de los dos. ¡Mira, por ejemplo, este cuerpo dormido!

Después de contemplarlo por un rato, le pregunté:

—¿Qué es aquello que penetra como un torrente en ese cuerpo dormido?

—Cuando el físico duerme y el alma (astral) descansa —explicó ella— la presión anímica que rodea el cuerpo hace que otra materia de la misma clase ocupe inmediatamente el espacio dejado vacío por la que se perdió. En otras palabras, por medio del sueño, el cuerpo recupera la energía que perdiera a causa del trabajo.

—Hemos hablado de algunos cuerpos astrales que trabajan conscientemente durante el sueño físico.

—Y durante la vigilia también —corrigió mi guía—. Pero ellos son Maestros con cerebros siempre activos, tanto en la vigilia, como durante el sueño. Estos seres están siempre conscientes y su cuerpo astral está claramente delineado y bien organizado. Es la imagen del hombre adelantado y, al mismo tiempo, su instrumento, que puede ser utilizado como vehículo mucho más cómodo que el cuerpo físico; en tanto que el alma o el astral del hombre vulgar está inactivo durante el sueño y es incapaz de recibir impresiones. El alma del hombre vulgar se asemeja al niño, porque no puede concebir ni desarrollar nada. La palabra neófito, en ciertas sociedades místicas, inter-

preta claramente el significado del niño en el mundo del alma o astral. Por eso vemos que el hombre, después de la muerte, se encuentra perturbado como si estuviera soñando y en estado de inconsciencia, con sensaciones placenteras o desagradables, confusas o grotescas. El ser evolucionado —el santo, según las religiones—, tiene la receptividad anímica muy desarrollada. Por eso recibe y puede responder a toda petición cuyas vibraciones son puras y finas. Una persona dotada de este don trabaja con mucho más poder y comprensión durante el sueño, que a través del vehículo físico. Puede moverse con rapidez y volar en sueños, sin perturbar al físico, que está durmiendo. Puede aprender muchas cosas, asistir a clases y cambiar ideas con amigos, ya sea que estén encamados o carezcan de cuerpo físico. Puede adherirse a personas más evolucionadas que él y recibir de ellas consejos e instrucciones y puede prestar servicios a muchos necesitados. ESTOS SON LOS LLAMADOS SANTOS, según ciertas religiones. Luego, solamente los adelantados, que son muy pocos, pueden trabajar en el mundo astral, mientras los demás seres humanos duermen y su astral descansa cerca de ellos, fatigado e inconsciente. De manera que son muy raros quienes trabajan conscientemente en el mundo anímico o astral, durante la vida física. Ahora vamos a estudiarlos detenidamente, para poder ayudarles después...

(Aquí el autor dejó un espacio en blanco, sin indicación alguna de qué intentaba decir). (Nota de HOA).

La iglesia ordena que, antes de dormir y al despertar del sueño, se rece. ¡Qué gran consejo y cuán sabio es! La oración nocturna eleva el alma al mundo de la paz, para penetrar en las regiones del más allá, siguiendo la orientación que se le da antes de dormir.

(Así termina la última página del cuaderno en que el Dr. Jorge Adoum (Mago JEFA) escribió la obra. Aparentemente, no alcanzó a concluir el libro o se extravió el siguiente cuaderno, porque también la primera edición en portugués, de 1978, concluye en esta frase). (Nota de HOA).